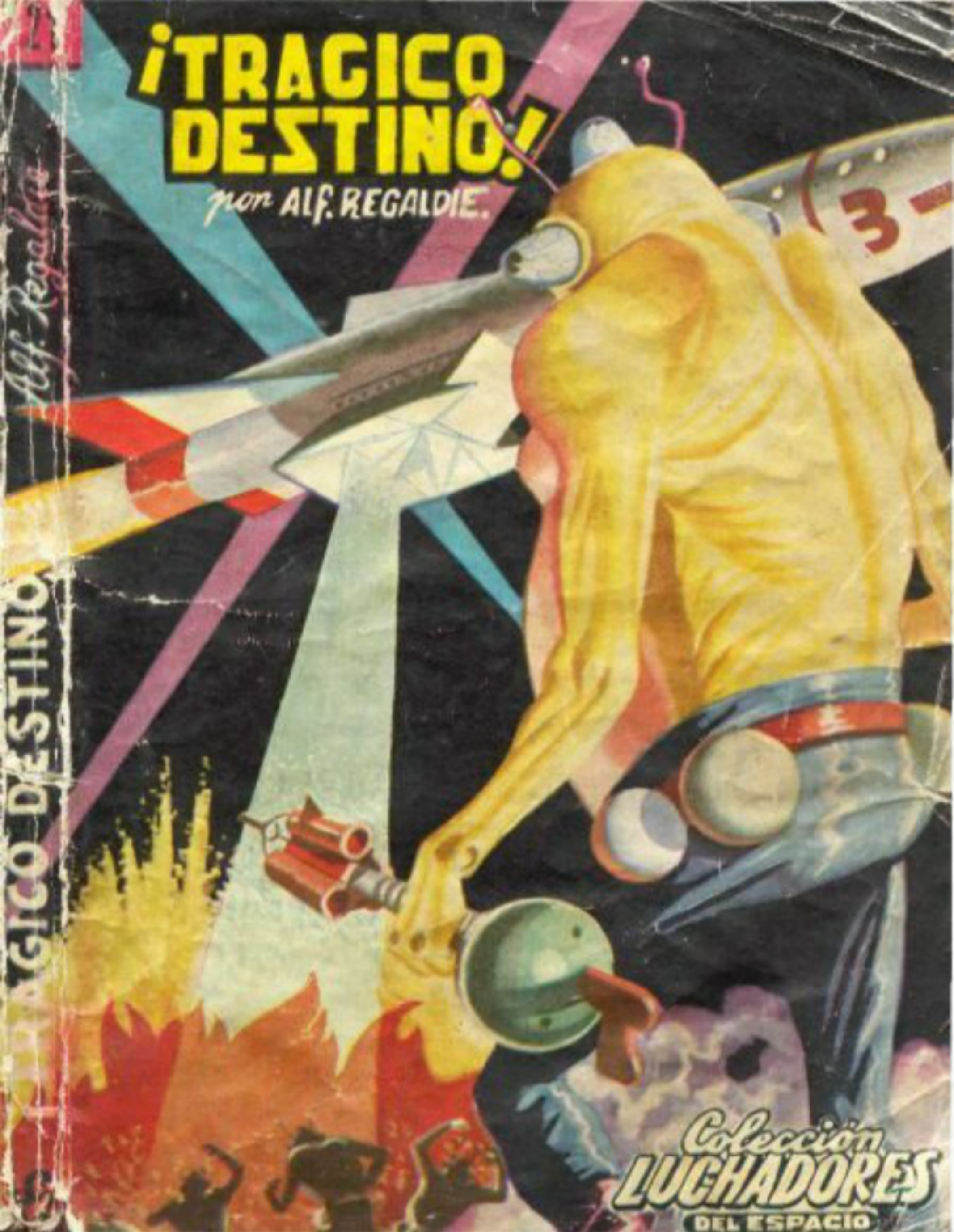


¡TRAGICO DESTINO!
por ALF. REGALDIE.
TRAGICO DESTINO
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

'Trágico destino' se publicó a principios de los 50 con el numero 21 en la emblemática serie 'Luchadores del Espacio' de Editorial Valenciana.

Su autor fué el recientemente fallecido Alf Regaldie. Durante la etapa inicial de la colección sus obras se alternaban con las de la mítica saga de los Aznar de Pascual Enguídanos (George H. White).

Alf Regaldie (Alfonso Arizmendi Regaldie) fué un autor muy prolífico de 'novelas de a duro' (o bolsilibros) con más de 600 obras publicadas, cubriendo prácticamente todos sus generos.

Alf Regaldie

¡Tragico destino!

Luchadores del Espacio, 21

Alf. Regaldie

TRAGICO DESTINO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Arana. —Comandante de la Policía Exterior de la Tierra.

Sarita Naranjo. —Prometida de Luis Arana

Don Damián Naranjo. —Padre de Sarita.

Doña Sara Lomas. —Madre de Sarita.

Teniente Joaquín Prast. —De la Policía Exterior.

Teniente Benito Oramas. —Idem

Teniente Luis Pradera. —Idem.

Alférez Sacristán, alférez Nuñez y *sargentos Santi, Roger* y *Daoiz.* —De la Policía Exterior.

Profesores Riveiro y *Hansen.* —Físico y botánico, respectivamente.

Doc-Lam. —Rey de los hombres acorazados.

Ras Hamura. —Rey de Bakaida.

Yio Pai. —Hermana de Ras Hamura.

May Roana. —Prometida del mismo.

Tod Dongo. —Ministro de la Guerra.

Murt Fang. —Jefe de las Legiones Bárbaras

Domo Range. —Jefe de las Legiones Especiales.

Sim Docto. —Científico bakaido de la raza «arúe».

General Lomas. —Jefe de la Policía Exterior.



CAPITULO PRIMERO

HAMURA, RAS DE BAKAIDA

A pesar de la espesa capa de neblina artificial, Hamura, ras de Bakaida, contemplaba con sus gemelos especiales aquella especie de zapatilla de grandes dimensiones que avanzaba velozmente por el espacio, a más de mil metros de la neblina. El podía hacer salir una, dos, las escuadrillas que quisiera, de sus veloces aviones de caza, pero eso era tanto como descubrirse ante los que él consideraba sus enemigos y tal cosa no entraba en sus cálculos.

A espaldas de Hamura, contemplándole con expresión de ansiedad, hallábanse las princesas Yio Pai y Mary Roana, hermana del Ras, la primera, su prometida, la segunda. La primera era rubia, de belleza un tanto infantil, de construcción delicada y armoniosas líneas y la segunda, pelirroja, exuberante de formas, de facciones graciosamente incorrectas, pero muy femeninas y en la que se adivinaba un carácter resuelto, impetuoso. Y ambas denotaban en sus expresiones una nobleza de carácter y una bondad innatas.

En cuanto a Hamura, ras del vasto territorio que se extendía en la zona templada y parte de la glaciar en el hemisferio sur del planeta «errante», era alto, con casi dos metros de estatura y físicamente bien constituido, dando en conjunto sensación de vigor y fuerza poco comunes. Su rostro no hubiese resultado feo a no ser por una terrible cicatriz que, partiendo de su ojo siniestro, el cual tenía vacío, llegaba, tras cruzar la mejilla, hasta la comisura de la boca del mismo lado, pero tal cicatriz y la expresión dura, casi salvaje de su rostro, exponente de violentas y bajas pasiones, hacían de él un personaje desagradable a la vista, de tintes un tanto siniestros.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a interrogar Yio Pai al ver que su hermano suspendía la observación y miraba para ellas con su único ojo, en el que, en aquellos momentos brillaba la malicia.

—Es uno de esos veloces aparatos que ya en otras ocasiones hemos observado en los confines de Bakaida. Pertenecen a esos seres que, según dicen, han venido de otro mundo... Ellos poseen magníficos aparatos que atraviesan el espacio a velocidades que nosotros no podemos imaginar siquiera y pueden saltar de un planeta a otro casi con la misma facilidad que nosotros nos desplazamos de aquí a Turasai o alguna otra parte de nuestro errante planeta.

—¿Cómo es posible eso? —interrogó May Roana.

—Porque disponen de energías y de metales que nosotros no hemos logrado aún, si bien estamos en camino de ello. Según me ha afirmado Sim Docto, el mundo de ellos es bastante más viejo que el nuestro y ello les ha permitido una mayor evolución… Es un mundo que está en la plenitud de su vida y que llaman Tierra. Allí no se producen los cataclismos que aquí sufrimos con tanta frecuencia, que hacen peligrar nuestras vidas y que tanto nos retrasan en el orden del progreso.

—¿Y está muy lejos esa Tierra? —interrogó Yio Pai.

—Según me explicaron Sim Docto, en nuestro errar por los espacios sin llegar a acomodarnos en ningún lugar, nos vamos acercando a ella, si bien pasaremos a una distancia no inferior a los diez millones de «tales», algo que no puede llegar a caber en nuestra imaginación. Pero mientras ella continuará su trayectoria en torno a esa brillante estrella que ahora nos presta su luz y que los hombres de la Tierra llaman Sol, nosotros continuaremos nuestro errar y tal vez no volvamos a encontrarnos cerca de ella ni de ningún otro mundo habitado por seres como nosotros.

—¿Y por qué no hemos de tener nuestro Sol fijo?

—Temo que eso ni el mismo Sim Docto, con toda su sabiduría, lo conoce a ciencia cierta. El dice que tal vez algún día la fuerza de atracción que ejerza uno de esos enormes soles pueda vencer nuestra velocidad de desplazamiento, llegando a que las dos fuerzas se equilibren y en ese caso quedaríamos fijos, girando en torno al sol que hubiera logrado tal cosa. Pero también me señaló que podríamos correr el peligro de que su fuerza de atracción venciera a nuestra velocidad y entonces seríamos absorbidos y quedaríamos reducidos a la nada, precipitados en la inmensa hoguera que son tales soles…

—¡Sería horroroso!

—¡Sí… Sería horroroso. Lo he pensado miles de veces y por eso acucio a los hombres de ciencia para que trabajen hasta lograr máquinas voladoras que nos permitan salir de aquí, saltar sobre otro planeta que no esté amenazado como el nuestro. Allí nuestra vida cambiaría forzosamente y se deslizaría por un plano más agradable.

—¿Y por qué no pides auxilio a esos seres de la Tierra? —interrogó Yio Pai.

Hamura fulminó a su hermana con la mirada de su único ojo y su gesto se tornó hosco, sombrío.

—¿Cómo una princesa de Bakaida puede pensar en tal cosa? Pedir auxilio a unos extranjeros que se nos han metido en nuestro planeta y que han exterminado a nuestros hermanos de raza, los turasai… Y que ahora vuelan sin autorización sobre nuestro territorio, tratando de espiarnos. Menos mal que con nuestra niebla artificial y con la emisión de nuestras ondas luminosas «R» hemos podido permanecer

ocultos a sus ojos.

—Pero según las noticias que tenemos, ellos no atacaron a los turasai. Fue un acto de legítima defensa. Además, nuestros hermanos, los turasai, nunca fueron tus amigos; ellos vivían totalmente aislados de todos y nunca los has querido y hasta en cierta ocasión pensaste atacarles. ¿Cómo ahora ese cambio con respecto a quienes sólo querían de los demás, prisioneros para ofrecérselos a sus horribles dioses?

—No existe cambio respecto a los turasai, pero no puedo aceptar una intromisión extranjera en los asuntos de nuestro planeta, al que hasta han tenido la desfachatez de variar de nombre. Seguramente se consideran aquí los amos...

—¿Y cómo puedes considerarlos nuestros enemigos si ni tan siquiera conocen nuestra existencia? —tornó a insistir Yio Pai.

—Pero nos buscan y harán con nosotros, si pueden, lo mismo que con los turasai.

—Sin embargo, a los hombres grises no les han hecho daño alguno y más bien les han ayudado.

—Porque Doc-Lam, su jefe, se ha vendido a los extranjeros facilitándoles los medios para llegar hasta Turasai. Los extranjeros han robado allí los secretos de nuestros hermanos turasai, sus últimos adelantos, sacan de allí cuantos materiales necesitan para construir los armamentos con los que piensan dominarnos y piensan que Doc-Lam les facilite la gente que necesiten para atacarnos. A cambio de todo ello le entregan Turasai... Este Doc-Lam es un verdadero traidor.

Yio Pai conocía sobradamente las cóleras de su hermano, cóleras que en ocasiones habían dejado señales en su cuerpo, las temía y no se atrevía a objetar nada más. Y en aquel momento, un nuevo personaje hizo su aparición en la pieza donde se hallaban los tres personajes reales.

El recién llegado, alto y enjuto, y el cual marchaba derecho como un huso, pese a su edad, se inclinó reverenciosamente ante Ras Hamura, y a continuación hizo un gracioso saludo a cada una de las princesas. Pese a que su arte de cortesano le había enseñado a disimular, Ras Hamura notó que algo preocupaba al anciano y se dirigió a las princesas,

—Os ruego que me excuséis, pero tengo necesidad de conversar con Sim Docto.

Las dos princesas se apresuraron a obedecer la indicación del ras y apenas si se había cerrado la puerta tras ellas cuando Hamura interrogó al anciano, dejando ver al hacerlo su temperamento apasionado.

—¿Qué hay de nuevo, Sim Docto? ¿Has logrado saber lo que tanto nos interesa?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—No puedo decir que nuestro futuro vaya a ser muy halagüeño.

—Vamos, habla. Sabes que estoy impaciente.

—Nuestro planeta no tardará en rebasar la órbita que describe la Tierra, pero como ya le anuncié, pasaremos bastante lejos de ella y más lejos aún de Venus, que es el que le sigue, pero la carrera continuará en dirección al Sol y el peligro más inmediato a que estamos abocados es el de una posible colisión con el planeta llamado Mercurio. Debemos pasar a una distancia de tal planeta no superior a los veinte «tales», acaso menos y si la fuerza de atracción de Mercurio y la del nuestro son capaces de vencer la velocidad que ambos llevan y la propia fuerza de atracción del Sol, puede producirse un verdadero desastre Pero si salvamos tal momento, no por ello habrá mejorado nuestra situación, ya que iremos acercándonos al Sol hasta llegar a una distancia ligeramente superior a los cuarenta y dos millones de «tales» y a tal distancia dudo mucho que podamos sufrir el calor del Sol, que convertirá nuestro planeta casi en una hoguera. Y aún logrando salvar esto, tenemos el peligro de que la fuerza de atracción del Sol pueda con la nuestra de impulsión y nos desvíe de nuestro camino para tragársenos materialmente, pasando a ser nuestro planeta un combustible más de aquella inmensa hoguera.

Ras Hamura permaneció unos instantes en silencio, dirigiendo la mirada hacia el lugar del espacio por donde no mucho antes viera deslizarse la «zapatilla voladora»; debatíase el hombre en un complejo mar de confusiones y al fin se dirigió al sabio:

—¿Y habremos de resignarnos a tan estúpido final?

—Temo que sí, señor. Nuestro progreso en aeronáutica no nos permiten abandonar nuestro planeta. Cabría la solución de lanzar a los habitantes de estos planetas del sistema solar una petición de auxilio. Ellos tienen aeronaves siderales capaces de sacarnos de aquí…

Pero el sabio se interrumpió al notar el ademán de impaciencia de Ras Hamura.

—¿Y qué les importa a ellos nuestra suerte, la suerte de nuestro mundo? Si acaso, para saquearnos y luego abandonarnos. Ahí tienes a ese grupo de hombres de la Tierra. Ya ves lo que han hecho con los turasai…

—Precisamente había pensado en ellos para que nos sirvieran de mediadores.

—¡Mediadores unos enemigos! Una gente que ha invadido nuestro planeta, que no hace más que explorar buscando riquezas, tratando de descubrirnos seguramente para aniquilarnos… ¡No quiero ni oír hablar de eso! ¿Qué concepto tenéis de nuestra independencia?

Sim Docto se inclinó excusándose.

—Lo siento, señor. Trataba de hallar una solución a nuestra grave situación y me he atrevido a exponérsela porque la creía digna...

—Es a mí a quien corresponde hallar soluciones y te prometo que la hallaré. Puedes retirarte, Sim Docto y encárgate de que Tod Dongo venga cuanto antes. Le necesito. Estoy seguro de que con él hallaré una rápida solución a la angustiosa situación que tenemos planteada...

Al oír pronunciar el nombre de Tod Dongo, ministro de la Guerra de Bakaida, favorito de Ras Hamura, intrigante y ambicioso, Sim Docto sintió verdadero miedo, pero se cuidó mucho de manifestarlo a su soberano, el cual quedó solo, paseando nerviosamente hasta que minutos después hizo su aparición Tod Dongo. El ministro de la Guerra era hombre de aspecto francote y un tanto brutal, primitivo, dando sensación, por su expresión, de lealtad y honradez; sin embargo, esto no era más que el escudo donde escondía una realidad de doblez y desaprensión por lo que era temido en la corte del Ras Hamura, que parecía era el único que no había notado las negativas facetas del carácter de su favorito, o que tal vez, por ellas mismas, lo había elevado hasta el rango que ocupaba.

En el rostro de Ras Hamura aparecía una expresión de desolación al ver aparecer a su ministro, al cual se dirigió en tono de lamentación.

—¡Estoy completamente solo! ¡Vivimos momentos difíciles, antesala de un futuro angustioso y los hombres que gozan de mi confianza me tienen completamente abandonado! ¡Estoy rodeado de despreocupados o de ineptos! ¡Pobre Bakaida!

Pero Tod Dongo, acostumbrado a aquellas escenas, apenas Ras Hamura había terminado, sin dejarse impresionar lo más mínimo, respondió con cierta rudeza:

—El puesto de tus hombres de confianza no está a tu lado prodigándote hipócritas alabanzas, sino laborando por el bien de Bakaida, que es tu propio bien. Deja aquello para los cortesanos hipócritas que sólo buscan recoger migajas del banquete real.

Casi sin transición, Ras Hamura pasó de su expresión desolada a reír estrepitosamente para expresarse luego con el desenfado habitual en él.

—¡Muy bien observado! Y tú dejas las migajas para ellos porque tú te llevas los bocados sustanciosos. Sé que eres tan rico como yo y acaso más.

—¿Y eso te desagrada? Yo no tengo la culpa de que mis empresas, al servicio todas ellas de los intereses y el progreso del Estado, salgan bien. Y además, tiene para ti la ventaja de que en un momento dado, puedes disponer de ello.

—Gracias por tu magnificencia, Tod Dongo —respondió Hamura con un leve dejo de inquietante ironía—. Pero vamos a lo que

importa. ¿Cómo va nuestra empresa?

—Muy atrasada todavía, a pesar de que es mi preocupación constante, pero nuestros científicos no son capaces de vencer ciertas dificultades. Últimamente se ha enviado un cohete a cuarenta «tales» de altura e inmediatamente se logró que otro llegara hasta los sesenta, a punto de lograr vencer la gravedad del planeta, pero no se logró. Necesitamos aplicar la energía nuclear a los motores, pero para ello necesitamos metales más resistentes al calor y a la reacción atómica. Se han conseguido últimamente buenas experiencias, pero imagino que hasta dentro de ocho o diez años no habremos conseguido vencer los problemas que tenernos planteados.

—¡Bonita solución! ¿Y para eso tanto trabajar? No dentro de ocho o diez años. Antes de ocho meses habremos quedado reducidos a cenizas si no salimos de este infierno. Los últimos informes de Sim Docto son aterradores.

Y Ras Hamura refirió a su favorito cuanto el astrónomo le había participado. Añadiendo después:

—Así es que diles a tus sabios que pueden tomarse unas vacaciones y que luego los haré ejecutar porque no sirven para nada...

—Nada de eso, por favor. Además de que, si los ejecutaras en esas condiciones, te lo agradecerían, ya que los habrías librado del, desastroso final colectivo. Ellos son capaces y trabajan, pero su mayor enemigo es el tiempo. Tengo la firme convicción de que a los científicos de ese planeta que llaman Tierra les debió suceder lo mismo y posiblemente tardaron más de lo que puedan tardar los nuestros. Según dice Sim Docto es un planeta miles de años más viejo que el nuestro y en el progreso científico e industrial apenas si nos llevan cuatrocientos años de ventaja...

—¡Está bien! —interrumpió Hamura con enojada expresión—. No es necesario que los justifiques. Lo único tangible es que si no logran sus objetivos antes de cuatro meses, todo será inútil...

—¿Y no puede haberse equivocado Sim Docto?

—Ya sabes que Sim Docto no se equivoca jamás. Tantas cosas, tantos fenómenos como ha ido anunciando, tantos se han producido...

Tod Dongo dio la sensación de que meditaba como deseando aportar una solución, pero Hamura sabía perfectamente que la solución que su ministro iba a apuntar como cosa del momento, la tenía bien estudiada; sin embargo, abstúvose de manifestarlo, cuando Tod Dongo habló con alegre expresión:

—¿Y eso es todo lo que nos preocupa teniendo la solución al alcance de nuestra mano? ¿No hay unos seres en el universo que han resuelto ya tales problemas? ¿No tenemos un grupo de tales seres con sus aeronaves en nuestro propio planeta? ¡Pues vamos a por ellos! Allí tenemos, de forma práctica, las soluciones que necesitamos.

—¿Y crees que nos las darán?

—¿Y qué importa que nos las den o no? Las tomamos nosotros. ¿Acaso no han hollado nuestro planeta sin pedirnos autorización? ¿No han destrozado a nuestros hermanos de raza, los turasai? ¿No constituyen un peligro para nuestra independencia y la integridad do nuestro territorio? Creo que son motivos más que suficientes para atacarles y arrebatarles sus grandes máquinas siderales.

—¡Eso que me propones, Tod Dongo, es una guerra y yo soy amigo de la paz. Piensa que ellos estarán apoyados por los hombres grises que habitaban en las cuevas, al pie de la montaña sagrada y que hoy habitan Turasai. —A esos seres salvajes, primitivos, los aplastaremos tan pronto queramos. No resistirán: una embestida de nuestras legiones especiales y ni tan siquiera de nuestras legiones bárbaras.

—¿Y si después de luchar, de derramar sangre, de gastar parte de nuestros tesoros, nuestros científicos no son capaces de penetrar los secretos que encierran tales máquinas?

—Entonces tendrás más motivos para ejecutarlos, y por mucho que hayamos perdido, siempre quedaremos en condiciones de salvar algo de la destrucción final.

—Explícate por favor, Tod Dongo. No te entiendo.

El sagaz ministro de la Guerra dábase cuenta de que el ras estaba jugando con él. Comprendía que Hamura había pensado en lo mismo que él le estaba exponiendo; pero comprendía que deseaba tener ante sí mismo y ante los demás una justificación para si el día de mañana llegaba a fracasar la empresa. De triunfar, la gloria sería para Hamura, pero si fracasaba, el responsable sería él, autor de la audaz idea. Sin embargo, ante la situación a que se hallaban abocados, era su única postura posible y ya procuraría sacar el máximo partido de ella si triunfaban. Y si perdían… Lo que no podía admitir era que, si no cargaba él con la responsabilidad, el ras, con su habilidad habitual, «inspiraría» la idea a cualquiera de los muchos que estaban tratando de desplazarle de su ministerio y de su posición de favorito; y el que fuera, habría logrado así su objetivo de desplazarle. La suerte de Tod Dongo, en tal caso, no sería nada envidiable.

Con cínica expresión, el ministro respondió a su soberano.

—Es fácil de comprender. Con las aeronaves siderales en nuestro poder, nos podremos salvar de la catástrofe un numeroso grupo de tus elegidos y nuestros tesoros personales. Con ellos, en cualquier lugar donde podamos llegar triunfaremos, podremos incluso conquistar un imperio. Por experiencia sabes lo que puede la codicia y nuestros tesoros serían capaz de tentar a cualquiera.

—¿Y qué sabemos nosotros de esos mundos? ¿De cómo son las gentes de ellos?

—No creo que difieran gran cosa de nosotros. Serán esclavos de las diversas facetas del instinto de conservación que nos dominan. Observa a cualquiera de nosotros, de tus cortesanos, y verás que apenas se nos rasca un poco, aparecen nuestros instintos primitivos pujantes, tratando de dominar a los demás...

—Eres un cínico, Tod Dongo.

—No. Soy sincero conmigo mismo y así estoy en condiciones de poder serlo con los demás...

—Eres cínico. Tod Dongo, pero prefiero tu cinismo y tu buen servicio a las hipócritas adulaciones de otros. Pero vamos a lo nuestro. No creo que será fácil sorprender a los hombres de la Tierra.

—Hace tiempo que los mejores hombres de nuestro servicio G-3 vigilan sus movimientos y tengo ya bastantes informes, pero no los suficientes. Necesitaría que alguno de los nuestros pudiese penetrar entre ellos para conocer sus defensas e inutilizarlas en el momento adecuado. Ese alguien debiera ser muy capaz para lograr sorprender los secretos que indudablemente poseen y podérnoslos comunicar. Además de una preparación sólida en este sentido debe ser hábil y simpático para ganar la confianza de ellos, y más difícil luego es lograr meterlo entre ellos.

—No he logrado dar aún con el hombre capaz de desempeñar tal comisión, a pesar de que he pensado desde que expusiste la idea, pero, sin embargo, veo una manera fácil de penetrar allí. El hombre elegido puede fingirse un perseguido nuestro y llegar pidiendo asilo —manifestó el Ras Hamura.

—Es una buena idea, pero descarta la sorpresa en el ataque. Ellos ignoran nuestra existencia y así la conocerían y quienquiera que fuera no tendría más remedio que dar algunos detalles sobre nosotros. Area que ocupa el país, grado de cultura y civilización, población...

—Ya lo he pensado. Pero también he pensado que los informes que les lleve pueden ser todo lo abundantes que aquellos deseen y suficientes para mantenerles engañados con respecto a nuestro verdadero valor y situación. A ellos les será más fácil creer en unos seres primitivos del tipo de los hombres grises que en una civilización que no tiene nada de despreciable.

—Habrá de ir una persona de toda nuestra confianza y que además sea un buen actor —manifestó Tod Dongo comprendiendo que, una vez lanzada la idea por él, Hamura volvía a dirigir, a disponer las cosas según los planes que previamente se habían trazado.

—Sí, Puedes proponerme unos cuantos nombres y yo también pensaré. Y mientras llegan más informes de los hombres de la sección G-3, deberás disponer unas maniobras en las que tome parte lo mejor de nuestras legiones. El supuesto táctico deberá ser lo más parecido

posible a lo que vamos a acometer.

—Pero desconocemos los medios de defensa de que ellos disponen.

—La persona que enviemos nos irá remitiendo sus informes. Mientras tanto, dispondrás el supuesto disponiendo todos los medios de defensa de que nosotros disponemos: El ataque deberá estar a cargo exclusivamente de la aviación, aunque las fuerzas de artillería y carros de asalto deberán estar dispuestas para forzar una ruptura y lograr la ocupación con el mínimo de destrozos del objetivo asaltado. Y en cuanto a las legiones bárbaras, efectuarán un movimiento adecuado para evitar que los hombres grises, cerrados en Turasai, puedan acudir en ayuda de los hombres de la Tierra. Quiero que este supuesto táctico se lleve a efecto antes de quince días. Debes pensar que los hombres de la Tierra conocerán tan bien como nosotros el peligra que corre el planeta y que pueden escapar antes de que nosotros ataquemos y sería un verdadero desastre.

—Descuida, señor. Tal cosa no se podrá dar.

—Al menos, debes procurarlo. Y ya tengo a la persona que debemos enviar a los hombres de la Tierra. Será Murt Fang. Es un actor excelente y un hombre capaz y persuasivo...

—¿Murt Fang? ¿Vas a enviar a un príncipe de sangre que es además el prometido de la princesa real Yio Pai y jefe de las legiones bárbaras?

—Sí. ¿Quién mejor que él? Cubriremos así objetivos que nos interesan a ambos —respondió el Ras Hamura con malicioso gesto.

—Me parece maravilloso, pero es un arma de dos filos. Si sale con bien de la empresa, su prestigio habrá aumentado.

—Ya lo sé. Pero tú eres lo bastante listo para que no pueda salir bien de ella. Cualquiera de los nuestros que caiga prisionero debidamente aleccionado, podrá revelar a los extranjeros en un momento dado quién es Murt Fang y cuál ha sido su papel y no creo que lo perdonen. Al menos, yo no lo perdonaría —añadió el ras procurando dar a su expresión un tono de amable ingenuidad.

—Tienes razón. Y luego el delator será ejecutado rápidamente de forma ejemplar. Pero dime: Si después de todo eso logro ganar el corazón de la princesa Yio Pai, ¿no intentarás hacer algo de ese tipo conmigo?

—Naturalmente que no. Tú serás siempre un buen servidor y sabrás neutralizar la creciente influencia de ella sobre las gentes ingenuas. Naturalmente, tú no serás excesivamente ambicioso y tu poder no rebasará los límites de lo justo...

Y al hablar así, el único ojo del Ras Hamura chispeaba siniestramente mientras su boca se curvaba en una mueca que pretendía ser sonrisa.

CAPITULO II

CAMINO DE LA MUERTE

EL alférez Sacristán, tan pronto como la veloz «zapatilla volante» hubo tomado contacto con la pulida superficie de la pista de aterrizaje de la isla interplanetaria «S», frenó rápidamente y levantando el techo de la carlinga, saltó sin aguardar a que los servicios le pusieran la escalerilla.

Apenas puesta la planta sobre el piso firme de la isla, dirigiose al alférez hacia la amplia cabina que dominaba la superficie de la isla y en la que se hallaba establecido el puesto de mando y solicitó autorización para entrar.

El comandante Luis Arana, que se hallaba en tal momento en el puesto, dio la autorización y Sacristán penetró, colocándose ante su superior.

—Descanse, alférez y tome asiento. Imagino que debe tener algo importante que decirme cuando ni siquiera se ha quitado usted la escafandra.

—¡Oh! Sí, señor. Perdón. He llegado a habituarme a ella y lo que me parece anormal es no llevarla —respondió el alférez despojándose de la escafandra de zirconio transparente, capaz de resistir el impacto de un proyectil atómico. Y añadiendo luego—: Ha acertado usted al imaginar que traigo algo importante. En el vuelo de exploración que acabo de terminar a unos veinticinco mil kilómetros suroeste de nuestra posición, los aparatos de detección ultrasónicos y de radar han tropezado con unas difíciles condiciones de trabajo que me han hecho pensar que estábamos volando sobre una formación de ondas luminosas o de otro tipo similar, que desviaban la acción de los rayos luminosos del sol, entorpeciendo por completo la visión. He descendido entonces, pero inmediatamente he visto que comenzaba a formarse una especie de neblina por debajo del aparato, neblina que lo hacía todo impenetrable, llegando a confundir entonces y ya de una manera total, la detección del radar y las ondas ultrasónicas. He descendido entonces más tratando de atravesar la barrera neblinosa, llegando a verme totalmente envuelto por la espesa capa que impedía la visión normal a más de cinco metros, teniendo que confiarme por completo al altímetro, el cual, sin embargo, oscilaba terriblemente, tal que si el paisaje que tuviésemos debajo ofreciese enormes y desiguales grietas. Llegamos a descender hasta los cuatrocientos metros sin lograr

perforar la neblina, pero no me atreví a más al percibir que el aparato sufría unas extrañas vibraciones y aún me costó bastante trabajo levantarlo de proa y arrancarlo de allí. Naturalmente, recordando la experiencia de nuestro primer raid sobre Turasai, antes de descender para atacar la espesa capa de neblina, lancé una capa de los rayos «G-Z», y en vista de los inexplicables fenómenos he llegado a pensar que tal precaución puede habernos librado de un verdadero desastre.

—¿Ha fotografiado las ondas que entorpecieron su labor?

—Sí, señor. Creo que hemos realizado un concienzudo trabajo, levantando, gracias al radar y las ultrasónicas combinados, mapas de todo el terreno nuevo que hemos recorrido. He señalado el lugar exacto donde hemos comenzado a sentir los extraños fenómenos para que se tenga en cuenta, ya que en lo realizado a partir de tal momento no se puede tener la mínima confianza.

—¿Y cuál es su opinión personal de todo eso? —Pienso en habitantes, señor, pero en habitantes con una cultura y una civilización superior incluso a la de los turasai. Sin embargo, pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos logrado ver un terreno cultivado, una obra de ingeniería como las que ofrecía Turasai a la vista aérea, ni una ciudad tan siquiera. Las zonas de campo que hemos visto son yermas y tal vez sin posible cultivo a excepción de algunos prados verdes, pero sin que se pudiera ver en ellos un solo animal... Sin embargo, hemos visto grandes extensiones de hielo y algunos lagos bordeados de cierta vegetación. Hemos visto también terrenos grises donde la piedra dominaba y un volcán en acción brotando en una montaña totalmente cubierta de nieve. Resultaba algo fascinante, de una grandiosidad extraordinaria; Este planeta es la tierra de los grandes contrastes. Páramos junto a lugares de lujuriosa vegetación. La civilización más avanzada junto al primitivismo más absoluto. Bestias de era primaria cerca del hombre más evolucionado. Fanática adoración de ídolos junto al desprecio más absoluto o la indiferencia religiosa.

—¿Y le extraña eso? Este es un planeta joven, revoltoso, que lucha por ser y que se ve frenado por su misma juventud, por su falta de asiento dentro de un sistema planetario, por que no sólo no ha encontrado su sitio, sino que ni siquiera las piezas de que está constituido están debidamente encajadas y de ahí los cataclismos que con tanta frecuencia se producen. En cuanto a los contrastes que señala, no hace mucho más de cuatro siglos, en la Tierra ocurría también algo de eso. Próxima a la supercivilizada Europa, se hallaba África, donde grupos étnicos enteros vivían en absoluto primitivismo e incluso dentro de países civilizados se daban zonas que se hallaban poco menos que olvidadas de todos. Luego en África, la tierra que más violentos contrastes ofrecía, junto a la selva, se levantaron grandes

ciudades y en América, no lejos de populosas ciudades, se extendían vastas extensiones inexploradas con seres que vivían también en estado primitivo. Y en materia religiosa, Asia era un verdadero mosaico en donde se hermanaban lo absurdo y lo sublime corriendo junto a lo normal, Y en materia zoológica, Australia y la propia Asia, nos ofrecían las cosas más extraordinarias que se podían imaginar. ¿Y no oyó usted hablar de la Atlántida, el continente desaparecido?

—Sí, señor.

—Pues aún hoy, cada grupo de investigadores posee su verdad que se empeñan en hacer absoluta y mientras unos señalan la Atlántida en el mar del Norte, otros han hallado huellas de ella en el Báltico, otros en el Atlántico, próxima a la costa euro-africana y no falta quienes la sitúan en mitad del camino entre Europa y América. Como verá, el progreso surge de las tinieblas y, por tanto, vive rodeado de contrastes... En fin. Puede retirarse a descansar, si bien quisiera que antes entregara los films y todo el material logrado, a los laboratorios. Me interesa grandemente ver cuanto antes los positivos. Serán unos films dignos de estudio... Y hágame también un informe detallado de cuanto hayan observado.

—Sí, señor. A la orden.

Retiróse el alférez y el comandante Arana hizo funcionar el aparato de visotelefonía que se había hecho instalar en el puesto de mando de la isla, aparecido en la pantalla del mismo el rostro del profesor Riveiro, el cual expresaba el cómico disgusto que le producía verse interrumpido en su trabajo. Pero al ver que quien le llamaba era Arana, su expresión primera se cambió por otra de satisfacción.

—¡Buenas, comandante! ¿En qué puedo servirle?

—¿Ha terminado ya los cálculos sobre nuestra situación en el espacio y la trayectoria que seguimos?

—Sí, señor. En este momento los terminaba y estoy dispuesto a ir a verle en seguida. Sólo unos segundos.

—Está bien. Le aguardo.

El rostro del profesor fue sustituido por el de una linda muchacha morena que apareció por un ángulo de la pantalla, asomando su faz sonriente mientras desplazaba con una de sus manos al profesor para que le dejara el espacio libre.

—¡Hola, Luis! Me tienes completamente olvidada. Y si esto ocurre antes de casarnos, no sé lo que va a pasar después de nuestro matrimonio. Vives más despistado que un sabio.

—¿Qué haces ahí? No sé cómo el profesor Riveiro te aguanta...

—¿Te crees que todo el mundo son ogros como tú? Estoy aquí ayudándole...

—¿Ayudándole? ¡Pobre profesor! ¡Lástima le tengo!

El gesto de Sarita Naranjo se tornó francamente agresivo y su

boca se abrió dispuesta a lanzar un ex abrupto; pero Arana se apresuró a cortar la comunicación, borrándose la figura de la pantalla y quebrándose la voz en el aire. Instantes después, el profesor Riveiro penetraba en el puesto de mando y en su rostro pudo apreciar Arana un gesto de confusión.

—Adelante, profesor. ¿Qué le ocurre?

—La señorita Naranjo me ha propuesto que me case con ella —respondió confuso—, y no me he atrevido a decirle que no. Estaba furiosa.

—No le haga demasiado caso, profesor. Se enfada con demasiada frecuencia y en sus rabietas es capaz de cualquier locura y voy a tener que terminar por mantenerla bajo vigilancia. Sus imprudencias me han causado ya demasiados sobresaltos y lo que es peor, la pérdida de un tiempo que, en la situación que vivimos, tiene un valor inapreciable. Ella no comprende que yo no puedo estar pegado a su falda, que tengo demasiadas preocupaciones. No sé qué les ocurre a muchas mujeres que les agrada que el elegido de su corazón sobresalga sobre los demás hombres, sin embargo, parece que deben lograr esto por arte de birlibirloque, sin emplear en ello tiempo alguno; para poder dedicarles a ellas las veinticuatro horas del día. En fin. Procure mantenerla a su lado entretenida en cosas de poca monta, pero que no intervenga en nada de importancia porque se lo mareará todo. Y ahora, dígame. ¿Cuál es nuestra situación y nuestro futuro?

—No ha sido fácil determinarlo con exactitud, ya que aquí carecemos de los elementos de medición que nos sobran en la Tierra y, pese a nuestros esfuerzos, los resultados que le entrego están sujetos a error… —respondió el sabio.

—Está bien. Lo comprendo perfectamente. Adelante.

—Llegamos a los momentos en que estaremos más próximos a la Tierra y es una verdadera lástima que no estemos dispuestos ya para salir. Con escasa cantidad de energía podríamos llegar a ella.

—Está bien. Pero no podemos pensar en lo que podría ser o haber sido, sino en lo que es. Debemos tener en cuenta que, de no haber hallado en nuestro camino a este errante planeta hubiéramos tenido que continuar nuestra marcha alejándonos cada vez más de la Tierra hasta llegar a Urano, caso de que tal planeta hubiese podido brindarnos protección y las soluciones que vamos arrancando de éste.

—Es cierto, comandante. El hecho es que dentro de ciento diecisiete días, del 6 al 7 de octubre, pasaremos a poco más de dieciocho kilómetros de Mercurio.

—¿Hay peligro de una colisión con él?

—Existe el peligro, aunque no creo que llegue a producirse. Mercurio, aunque más pequeño, pesa casi tanto como este planeta, ya que Mercurio es bastante más viejo y las fuerzas de ambos están tan

niveladas que a esa distancia no lograrán vencer la una a la otra, manteniéndose el equilibrio. No obstante deberemos estar preparados a tal eventualidad para salir de aquí, aunque luego hubiéramos de volver a permanecer errantes en el espacio.

—Si aprovechamos bien él tiempo, en esa fecha estaremos dispuestos para poder elevarnos.

—De no ser así, el planeta continuaría acercándose al Sol hasta llegar a unos cuarenta millones de kilómetros de él, proximidad muy peligrosa para nuestra integridad por el excesivo calor que difícilmente podríamos salvar ni aun escondiéndonos en las entrañas de la tierra.

—¿Quiere decir que los habitantes de Buitrago están condenados a una muerte cierta?

—Sí. Eso, en el mejor de los casos, sin contar con que puede llegar a producirse una colisión con Mercurio o que podemos ser absorbidos por el mismo Sol, en cuyo caso moriremos completamente asados. Y cuente, comandante, que no es broma...

—Ya lo comprendo, profesor. Es todo un porvenir. Por nuestra parte espero que antes de esa fecha fijada para nuestro encuentro con la zona de atracción de Mercurio, hayamos podido levantar el vuelo, pero ¿qué va a ser de estos pobres seres? ¿De los hombres acorazados? No podemos llevarlos con nosotros. Si acaso, a un mínimo de ellos..., pero ¿y el resto? ¿Cómo los abandonamos? Y es posible que surja la complicación de que hallemos nuevos habitantes, nuevas poblaciones.

—¿Y qué podemos hacer? Los milagros sólo están al alcance de Dios.

La mirada de Luis Arana brilló por unos instantes tal que si se hallase animado de un fuego interior.

—Efectivamente, los milagros sólo están en manos de Dios, pero los hombres, si luchamos con fe, podemos llegar a realizar imposibles.

Con febril ademán, el comandante español puso en funcionamiento el visófono y en la pantalla del mismo apareció la imagen de don Damián Naranjo. Hallábase el industrial incorporado sobre su mesa de trabajo y al percibir la llamada alzó la vista, encontrándose con la de Luis Arana. .

—¿Qué sucede, comandante?

—Me agradaría tener un breve cambio de impresiones con usted. ¿Puede acudir aquí? .

—Voy inmediatamente

Frente a frente los dos hombres, Arana hizo exposición a don Damián Naranjo de lo que el profesor Riveiro le había manifestado y el industrial se apresuró a tranquilizar al comandante.

—Aunque las averías producidas son más graves de lo que habíamos sospechado al principio, tengo suficiente tiempo para que

antes de esa fecha, a mediados de septiembre, quizá antes, hayamos podido levantar el vuelo. Gracias a su descubrimiento en las montañas de Turasai, pronto habré logrado producir energía atómica suficiente del nuevo tipo.

—¿No será un inconveniente al tropezar con una naturaleza diferente a la de este planeta?

—No hay temor alguno. Una vez lograda la fisión del átomo, la energía que éste produce puede aplicarse en cualquier lugar. En cuanto a los mecanismos de dirección, tanto de la isla como del *Escorpión Azul*, estarán reparados para esa fecha. . —Estoy satisfecho de su actuación, señor Naranjo, pero tenemos planteado un problema de conciencia que me ayudarán a resolverlo. Se trata de los hombres acorazados. Si no logramos sacarlos de aquí, según lo que ha manifestado el profesor Riveiro, perecerán irremediablemente.

Por unos instantes se hizo un silencio tenso que finalmente rompió don Damián Naranjo.

—¿Y qué podemos hacer? No estoy en condiciones de producir navíos siderales que puedan transportarlos y apenas si, a costa de grandes esfuerzos, llagaríamos a realizar la construcción de un par de «zapatillas volantes», pero de calidad inferior y esto no resolvería nada. La industria que tenían montada los hombres de Turasai tal vez nos hubiera podido resolver este problema, adaptándola. Pero los hombres bestia, hartos de la esclavitud que para ellos había significado tal industria, la destrozaron y el ponerla ahora en pie requiere tiempo, manos especializadas y elementos de los que carecemos. Temo que esos pobres seres no tienen salvación.

—Y, sin embargo, han de tenerla. Hemos de hacer lo imposible —afirmó Arana con rotundidad—. Veamos otra solución, ya que aquí no podemos construir las aeronaves necesarias. ¿No podríamos reparar rápidamente una de nuestras emisoras de radio y pedir con ella ayuda a la Tierra, a Madrid? Pronto pasaremos a una distancia no excesivamente larga y podrían venir varias aeronaves del tipo del *Escorpión Azul* y las islas planetarias números 1, 2 y 3. Conque quedase la número 4 para las necesidades de la Policía Exterior para un breve período sería suficiente.

—Así es, comandante. E incluso los Estados Europeos y los propios Estados Unidos de América podrían ayudar en tal labor, pero...

—¿Pero qué? —interrumpió Arana con ansiedad.

—He estado trabajando días y días sobre el asunto, pues me hubiera agradado darle una sorpresa, pero por ahora he fracasado y temo que mi fracaso en ese sentido va a ser definitivo. No obstante, insistiré. Sus propósitos son tan dignos de los que no regatearé esfuerzos, si bien no debe confiar usted demasiado. ¿Nada más?

—Nada más, señor Naranjo. Gracias de todo.

—No las merece, comandante. Es una obligación de cada cual...

Arana rebulló en su sillón giratorio. Era de los que no admitía la derrota y por unos instantes se concentró en sí mismo. Tras escuchar la alusión que don Damián Naranjo había hecho a la destrozada industria de los turasai, su imaginación voló a las informes recibidos, no hacía mucho, del alférez Sacristán. Si sus observaciones resultaban ciertas, si existía una civilización capaz de producir los elementos de defensa que había encontrado en su excursión es porque existía una industria pujante. Y si existía tal industria tal vez se pudiese producir lo necesario para arrancar de allí, no sólo a los hombres acorazados, sino a los mismos dueños de la industria.

Con su acostumbrada energía, dio Arana un salto en su silla y se dirigió a los dos hombres que se disponían a salir, pero que se detuvieron sorprendidos ante la acción del comandante.

—¡Creo que tengo la solución! Tal vez no tarde usted mucho en tener una potente industria, señor Naranjo. Una industria potente y hombres especializados.

—Supongo que no pensará usted ir a otro planeta por ellos.

—¡Naturalmente que no! Pero tampoco creerán que los tengo dentro de la manga y ni siquiera están muy cerca. Los tenemos a unos veinte mil kilómetros, aunque nadie los ha visto, ni se han visto sus ciudades, ni sus campos cultivados, ni nada de ellos. Sólo una espesa neblina defensiva, unas ondas luminosas que desvirtúan la visión y posiblemente unas emisiones de ondas ultrasonoras producidas en gran escala. ¿No creen que es suficiente?

—¿Y quién ha descubierto todo eso?

—Lo ha experimentado el alférez Sacristán en su último vuelo de exploración.

—¿Y será fácil llegar hasta ellos y persuadirles para que nos dejen trabajar?

—Eso es lo que ignoro y lo que voy a intentar inmediatamente.

—Supongo que no pensará usted ir personalmente.

—En eso se equivocan. Iré personalmente.

—¿Cree usted que su conducta es juiciosa, comandante? ¿Sabe lo que puede ocurrir si cae usted?

—No ocurrirá nada. Los momentos más difíciles se han salvado ya y detrás de mí están todos ustedes, una serie de hombres capaces y muchos, con energía suficiente para empuñar el timón de dirección. Pero además ¿por qué habría de ocurrirme algo? No pienso ir solo e iré bien defendido. Todos los tripulantes llevaremos trajes invisibles e iremos armados hasta los dientes. Y ahora me perdonarán...

Salieron los dos hombres comprendiendo que Arana deseaba trabajar solo y éste, tan pronto hubieron salido maniobró en el

visófono, apareciendo a poco en la pantalla una silla vacía ante una mesa de trabajo. Pero la silla no tardó en ser ocupada por el teniente Luis Pradera, jefe de los laboratorios.

—A la orden, señor.

—¡Hola, teniente! ¿Cómo va el trabajo en lo que se refiere al viaje de exploración del alférez Sacristán?

—Estamos terminando con él. Antes de un cuarto de hora lo tendrá usted en su poder con los informes complementarios.

—Está bien. Piense que eso es urgente —recomendó Arana.

A requerimiento del comandante, no tardó en aparecer en el puesto de mando el teniente Benito Oramas, comandante de la isla interplanetaria y amigo de Luis Arana.

—A la orden, señor.

—Oramas. Me parece que el alférez Sacristán ha realizado un descubrimiento de la máxima importancia y voy a salir a comprobarlo.

—Ya lo conozco. He hablado con él antes de que se retirase a descansar y vengo ahora del laboratorio. Resulta un poco inquietante todo eso. Esa gente, igual que los turasai, pueden considerarnos como enemigos y lo que menos necesitamos, dado el escaso tiempo de que disponemos, es enzarzarnos en una lucha.

—Precisamente quiero explorar más que la región, el ánimo de esas gentes. ¿Conoce el informe del profesor Riveiro sobre el triste e inmediato destino que le aguarda a este desgraciado planeta?

—Sí, lo conozco y también que no podemos hacer nada por evitarlo.

—Pero, sin embargo, quiero salvar a sus habitantes del desastre. Tal idea es la que me impele hacia ese oculto pueblo descubierto por el alférez. Para evitar riesgos innecesarios a la expedición que voy a dirigir, por medio de nuestros helicópteros haremos un escalonamiento a lo largo de la ruta a seguir por la expedición. Estos helicópteros irán equipados de emisoras receptoras y servirán como estaciones intermedias que nos permitirán mantener contacto continuo con esta base. Así iremos un pequeño número de aparatos y los restantes quedarán aquí dispuestos para salir caso de que necesitemos auxilio.

—Es una buena idea. ¿Cuántos aparatos van a ir en la expedición?

—Cinco. Y los cinco hombres que descenderemos sobre el territorio a explorar, iremos uno en cada aparato. Usted se encargará de disponer la expedición y revisar pieza por pieza, en particular nuestro armamento, los cinco trajes invisibles y los motores personales, uno de ellos por cada uno. En esta ocasión quedan desechados los paracaídas por razones que no se le ocultarán. Otra de las cosas que debe revisar concienzudamente son los aparatos

emisores de rayos «G-Z» de cada «zapatilla volante». Quiero ir prevenido contra posibles sorpresas.

—¿Cuándo desea partir?

—Dentro de noventa minutos. Puede ir a disponerlo todo.

—Sí, señor. A la orden.

—De paso avise al alférez Nuñez y a los sargentos Santi, Roger y Daoiz. Serán ellos los que descenderán conmigo a ese extraño país.

Apenas si había salido el teniente Oramas del puesto de mando cuando Sarita Naranjo, mostrando aún cierto enojo en su rostro, penetró en el departamento sin pedir permiso, encarándose con su prometido:

—¿Qué especie de locura pretendes ahora? —interrogó la muchacha a guisa de saludo.

—Ninguna locura, Sarita. ¿A qué te refieres?

—A esa descabellada salida que vas a hacer.

—¿Quién te ha informado?

—Nadie. Lo he adivinado yo, aunque no lo creas.

—¿Por qué no he de creerlo? Tú eres una chica inteligente —respondió Arana con leve ironía.

—¡No te burles, Luis. Me exasperas. Y ahora trato de evitar que cometas una locura que puede costarte la vida. Por lo que he podido colegir, esos vastos territorios poblados que ha descubierto el alférez Sacristán, ofrecen bastante más cuidado que Turasai. En un territorio así es difícil localizar a un prisionero y antes de que pueda llegar la ayuda pedida, si hay ocasión de pedirla, se puede encontrar la muerte mil veces.

—Eso es muy sensato, Sarita. Pero debo ir sin que el peligro a correr pueda retenerme. He corrido ya otros peligros.

—Pero entonces los has corrido por nosotros, por los nuestros, pero ¿ahora? Vas a exponernos a todos por salvar a unos seres extraños que ni siquiera son de nuestro mundo.

—¿Y qué importa eso? Son seres vivos, que tienen un alma y yo no puedo abandonarlos a una muerte cierta. No podemos ser egoístas.

—Pero la misión que te encargó mi tío al salir de Madrid fue la de descubrir a los piratas de los espacios siderales y de ser posible, rescatar a los que habían sido secuestrados. Descubriste a los piratas y los has destruido, rescataste a una serie de personas y ahora tu obligación, tu única obligación es llevarnos a Madrid, a nuestro mundo. Todo lo demás es salirte del cumplimiento de tu deber.

—¿Y eres precisamente tú la que me lo recuerdas? ¿La persona que más veces me ha hecho salirme de la línea estricta de mi deber por salvarla? No eres demasiado consecuente, Sarita. De todas formas, como el único jefe soy yo y por estar, desgraciadamente, desligado de Madrid, quien debe decidir, he decidido ya y no pienso retroceder.

Cuando llegue al final, ya rendiré cuentas de mis actos ante quien debo hacerlo. ¿Algo más?

—¡Sí! ¡Decirte que eres un ser odioso y que hemos terminado!

—Está bien. Ya sé que has hecho proposiciones matrimoniales al profesor Riveiro. ¿Qué daño te ha hecho ese hombre? Sé que me odias y comprendo que para saciar ese odio quieras casarte conmigo, que, por mi modo de ser, merezco tal castigo, pero ese bendito profesor Riveiro…

Ante la salida de su prometido y el tono mordaz empleado por éste, quedóse envarada por unos instantes dando la sensación de que le iba a dar un ataque para, finalmente, salir del departamento cerrando la puerta tras ella con violencia.

—¡Está bien! Si tú haces lo que quieres, yo haré lo que me plazca. Desde ahora me considero totalmente desligada de ti y quedas relevado de toda obligación para conmigo y, por tanto, quedo fuera de tu disciplina. ¡Y si alguna vez estoy en peligro, no es necesario que corras a salvarme ni que expongas a nadie, que ya sabré valerme por mí!

Arana quedóse mirando para la puerta que había experimentado la violencia y movió la cabeza en compasivo ademán.

—¡Pobre fierecilla! ¡Y pensar que yo la creía ya domada! Encargaré a Oramas que no la pierda de vista no sea que haga una de las suyas…

CAPITULO III

EL EXTRAÑO PAIS SUBTERRANEO

UNo tras otro, separados por distancias no superiores a los cinco mil kilómetros, alcance máximo de las pequeñas emisoras receptoras, los helicópteros establecieron la cadena de comunicación ordenada por el comandante Arana, posándose cada cual en la zona determinada de antemano, pero manteniéndose las tripulaciones sin salir de los aparatos, en constante vigilancia, sabiéndose rodeados de una naturaleza hostil, recibiendo en cada lugar la sensación de que eran asaetados por brillantes ojos, ocultos unos entre espesa vegetación, otros entre las grises piedras, confundidos sus poseedores con el medio en que se hallaban por un fenómeno de mimetismo.

Situada la cadena y comprobada su eficacia desde las bases, lanzáronse al espacio las cinco veloces «zapatillas volantes» ¡y en breve tiempo ganaron una altura de 20.000 metros, dispuesto Luis Arana a escapar, en la medida de lo posible, a la detección que pudiesen poseer los habitantes de la extensa región a explorar; y apenas llegados a la zona señalada por su descubridor como dudosa, los haces exploradores de rayos «G-Z» se tendieron, tanteando el espacio, buscando los lugares de penetración más convenientes. No halló la silenciosa flota aérea oposición alguna y continuó la penetración, pero descendiendo lentamente hasta los quince mil metros. A tal altura, los aparatos de observación óptica comenzaban a tener efectividad y Arana temió ser víctima de un engaño, exclamando al dirigirse a su piloto:

—¡No es posible! Según las observaciones recogidas por el alférez Sacristán y registradas en los detectores fotográficos, en esta región le salió al encuentro la primera barrera de niebla artificial. Y, sin embargo, no se observa vestigio alguno de vida, de civilización ni de nada que se le parezca. ¡Piedras y sólo piedras! ¿Qué dicen los detectores? —interrogó dirigiéndose al copiloto.

—Normalidad, señor. No registran onda alguna. Únicamente el detector ultrasónico registra sonoridades propias de lugares huecos...

Arana meditó durante unos instantes, respondiendo luego lentamente a las interrogantes que él mismo se había planteado:

—¿Nos hallaremos ante un pueblo troglodita? ¿Y si es así, por qué causa?

—Supongo que las causas normales, según lo que se ha ido

produciendo en nuestros mundos conocidos, pueden ser dos, señor. Una, que los habitantes de este país vivan los principios de una civilización, en lucha aún con las alimañas y las fieras, con un armamento inferior y que, por tanto, se hayan de refugiar en las cavernas. Otra, que su progreso sea tal que, habiendo llegado a la desintegración del átomo con todas las consecuencias de destrucción que dimanan de ello, hayan tenido que construir sus ciudades a muchos metros bajo la superficie.

—Eso sería lo normal, pero, aunque hayan construido ciudades atómicas, ¿de qué viven? En los vastos territorios que llevamos explorados no hemos visto un solo terreno de cultivo ni una conducción de aguas que valga la pena A lo sumo, pequeños regatos de agua de cauce natural, corriendo entre piedras. Y si no hay campos, si la vegetación, salvo en pequeñas zonas, no existe, no pueden vivir animales y por tanto, no pueden alimentarse de la caza.

—Es cierto, señor, pero no sé qué responderle. Este planeta ofrece tan desconcertantes facetas que resulta aventurado forjar una sola teoría valiéndonos de nuestra experiencia o de lo que hemos aprendido en nuestras universidades.

Bajo las «zapatillas volantes» yacía una vasta zona totalmente cubierta de hielo, la cual había sucedido a la monótona de piedra y aisladamente podían apreciarse lagos no excesivamente extensos, los cuales, en su mayoría, comunicaban entre sí por amplios canales de trazado natural y el comandante Arana, rebasada en mucho la zona descubierta por el alférez Sacristán, dio la orden de regreso, haciendo describir al grupo de aviones un amplio arco sobre la helada extensión hacia la cual señaló con amplio ademán.

—¿Y qué alimentos pueden sacar de aquí? Tal vez animales semejantes a los que habitan nuestras regiones árticas, pero que resultarán insuficientes para un pueblo numeroso. Pero además de todo esto, no se observa tampoco aquí vestigio alguno de vida humana como el que ofrecen nuestros esquimales.

En la zona que iban recorriendo apareció entre el hielo de un canal de bastante mayor amplitud que los observadores hasta entonces y circulando por él, pese a la altura llegó a verse una forma ahusada.

—¡Atención! ¡Aquello puede ser un animal! ¡Desciendan en picado hasta los tres mil metros, pero no olviden la protección de los «G-Z»!

La voz de Arana, que había sido el primero en observar el fenómeno, aparecía excitada y su excitación se comunicó a las tripulaciones del resto de las «zapatillas volantes» que, picando de proa, iniciaron el descenso a vertiginosa velocidad.

El copiloto, con la vista fija en el altímetro, iba dando las alturas rápidamente:

¡Doce mil!... ¡Diez mil! ¡Ocho mil! ¡Siete mil! ¡Cuatro mil!

¡Alto!

Era la voz de Arana, quien había dado la orden al observar que el canal y sus alrededores se cubrían rápidamente de una espesa neblina, la cual les ocultaba la visión totalmente, hurtando a su observación el ser que tanto les había llamado la atención.

Las cinco «zapatillas volantes», apenas había dado Arana la voz de alto, habían experimentado una fuerte sacudida, seguida de una constante vibración, algo semejante a 1o referido en el informe del alférez Sacristán y Arana, temiendo que pudiera ser una emisión de ondas capaz de atravesar la barrera de rayos «G-Z», dio inmediatamente la orden de elevarse nuevamente:

—¡Rápido, a cinco mil!

Las cinco «zapatillas volantes», al tratar de elevarse de proa para ascender, percibieron la sensación de que eran apresadas en el aire por una mano gigantesca e invisible, mientras las vibraciones aumentaban, amenazando con destrozar los aparatos, pero una emisión de rayos «G-Z» a máxima presión y un enérgico tirón de los motores, las arrancaron, elevándose entonces velozmente hasta la altura ordenada por Arana, altura a la que reanudaron el vuelo en línea recta, observando entonces que la capa de niebla iba ascendiendo, extendiéndose y haciéndose más compacta cada vez, hasta borrar totalmente todo vestigio de lo que podía esconder el terreno.

Experimentáronse entonces violentas sacudidas qué hicieron cabecear a las aeronaves, formándose a un par de centenares de metros de ellas nubes de humo que se expandían con violencia y el comandante Arana hubo de dar nuevas órdenes:

—¡A diez mil metros! Nos están disparando con antiaéreos de extraordinaria potencia y, aunque los proyectiles son detenidos por los rayos «G-Z», la fuerte compresión del aire podría darnos un disgusto.

—Iniciaba la maniobra por la nave comandante, las restantes «zapatillas» la siguieron y, aunque las explosiones de los proyectiles antiaéreos continuaron produciéndose, persiguiéndoles durante unos kilómetros, quedaban cortas, y al quedar conjurado el peligro pensó Arana en emplear alguna estratagema que les permitiera una observación eficaz, descendiendo a tierra o, al menos, a una altura que les resultase conveniente.

Señalando para las explosiones que iban quedando rezagadas, observó dirigiéndose al piloto de la aeronave:

—Como verá, no se trata de un pueblo primitivo o en un principio de civilización, sino de algo bastante más evolucionado, tanto, por lo menos, como los turasai. Lo que no comprendo es cómo poseen artillería antiaérea. Sabemos que los turasai, que hubieran podido ser

sus enemigos, no poseían aviación y tampoco éstos deben poseerla, pues de 1o contrario, hubiese salido a nuestro encuentro. Y si no conocen la aviación, no es concebible la artillería contra las aeronaves. La industria avanza según las necesidades que los pueblos sienten y no parece probable que este pueblo haya sentido la necesidad de defenderse por el aire...

—Así es, señor. Sin embargo, en un planeta donde tantas cosas asombrosas hemos visto, no le extrañe que en algún rincón de la tierra, exista algún pueblo más avanzado aún que éste, con el que hayan tenido que luchar y el cual posea una aviación.

—No podemos descartar tal idea. Y después de lo que hemos experimentado ahora, he llegado a pensar que lo que atrajo nuestra atención en el canal y que primeramente pensé que podía ser algo semejante a nuestras ballenas, acaso sea una nave submarina...

Visto que allá por donde avanzaba quedaban aislados por la capa de niebla que se iba extendiendo por debajo de ellos a tanta o más velocidad de la que las «zapatillas volantes» desarrollaban, tornó Arana a ordenar una nueva ascensión, llegando hasta los 18.000 metros, saliéndose así hasta los confines del territorio bakaido, disponiéndose entonces a abandonar la aeronave, y mientras vestía el traje negro, de un negro tan puro que no reflejaba en absoluto la luz, haciendo por tanto invisible a aquel que lo llevaba puesto, se dirigió por el radioteléfono a los que debían ser sus compañeras de expedición:

—¡Atención, alférez Nuñez! ¡Atención, sargentos Santi, Roger y Daoiz!

Las respuestas de los interpelados fueron llegando y Arana tornó a hablar:

—Dispónganse a abandonar la aeronave. Y recuerden bien las instrucciones recibidas. El armamento deberá ir bien escondido dentro del traje invisible hasta que la necesidad nos obligue a emplearlo. Llevarán todos ustedes colocadas las gafas especiales para ver con luz negra. Nadie se dirigirá a otro de los componentes del grupo por medio de la palabra, a menos que una situación excepcional obligue a ello. Cada cual llevará en uso la linterna de mano de luz negra, para conocer en todo momento la situación del resto del grupo. ¿Dispuestos?

—¡Alférez Nuñez, dispuesto, señor!

A continuación llegó la conformidad de los tres sargentos y Arana, tras comprobar que el último punto de la cadena de transmisión hallábase en su sitio y que comunicaba normalmente con el se ajustó el motor personal y ordenando una debida maniobra a las «zapatillas volantes», saltó al espacio a tiempo que daba la orden a sus hombres.

Los motores personales, de no gran volumen, habían sido cuidadosamente forrados, en los puntos que su funcionamiento lo permitía, con el fino tejido negro puro, y resultaba también invisible, dejando apenas visible en el espacio una estela, tan fugaz, que se desvanecía tan rápidamente que, a no ser unos ojos avisados, era punto menos que imposible que llegara a verse.

Los cinco hombres fueron proyectados al espacio a una velocidad de vértigo y los motores, puestos inmediatamente en marcha, fueron normalizando la progresión hasta marchar casi unidos a una altura superior a los quince mil metros y Arana, antes de dar la orden de descenso, hizo aún una última advertencia.

—A excepción de Daoiz, los demás han sufrido ya conmigo el ataque de las ondas ultrasónicas. Si esto llegase a producirse de nuevo, no vacilen ni un momento, láncense lo más rápidamente posible, sin aguardar mis órdenes, a ganar altura, colocándose por encima de los tres mil metros. Es inútil que traten de resistirlas, porque no estamos preparados para ello, y nuestras armaduras de zirconio todo lo más que pueden lograr es amortiguar sus efectos. Y en tal caso, ayúdense también con las emisiones de los rayos «G-Z», pero tengan en cuenta que estos emisores personales son de poca potencia y no les servirán más que para detener el primer golpe y elevarse…

El fuerte sol que iluminaba el planeta errante, cargado en aquellos momentos de rayos infrarrojos, invisibles para el ojo humano, pero que reflejaban ligeramente el negro puro, hizo sentir a Arana cierta inquietud que luego desechó comprendiendo que, a menos que los bakaidos dispusiesen de gafas especiales para la luz negra, no les verían. Uno tras otro, los cinco hombres, de ser vistos, hubieran parecido monstruos fabulosos, no a seres en principio de civilización como los hombres acorazados, sino aun a seres como los de Turasai e incluso a la mayoría de los habitantes de la Tierra, el planeta que con Marte marchaba en cabeza del progreso.

Los motores personales, ligeros, de poco peso, iban montados en una especie de silla sobre la que los hombres, durante el vuelo, iban cómodamente sentados, y tal artefacto disponía de un ingenioso mecanismo para que, sin necesidad de desprenderse del motor, una vez los hombres llegados a tierra, quedara el motor sujeto a la espalda, sin impedirles los movimientos y en disposición de lanzarse a vuelo inmediatamente, volviendo entonces a ocupar automáticamente la posición correcta de vuelo. El mecanismo de maniobra, basado en la dirección de salida de los gases era sencillísimo y permitía maniobrar rápidamente, gozando el motor por la carga acumulada y el escaso consumo de la misma, de una autonomía de acción bastante apreciable.

Aunque las escafandras que llevaban los cinco hombres poseían

filtros especiales que les permitían aprovechar el aire atmosférico del planeta errante, eliminando la toxicidad del mismo, llevaban también depósitos supletorios de oxígeno comprimido adosados a la espalda, pero que, por la ligereza del material de que estaban construidos, zirconio «G», apenas si pesaban y resistían, en cambio, los ataques de las ondas ultrasonoras y los rayos desintegradores, sin que tampoco un exceso de calor pudiese provocar explosión alguna. Tal depósito de reserva les permitía, en caso de necesidad, cerrando una válvula de la escafandra, desenvolverse por dentro del agua e incluso luchar dentro de ella valiéndose de un proyector submarino de rayos eléctricos, pequeña pistola que apenas si ocupaba un pequeño espacio del traje invisible.

A una velocidad media fueron descendiendo los cinco hombres, marchando siempre Arana en cabeza, adentrándose en el territorio de Bakaida a medida que, descendían. De tanto en cuanto exploraba el valeroso comandante el espacio con una, ligera emisión de rayos «G-Z» y de habérsele podido ver el rostro se hubiera podido apreciar en el un gesto de satisfacción al no tropezar con fuerza contraria alguna, señal de que no habían sido descubiertos,

Y a medida que se iban acercando a la superficie del planeta descendiendo sobre el desolador paisaje de piedras grises, de extensiones inmensas de lava enfriada y petrificada y la cual adoptaba en muchos lugares caprichosas formas, fue creciendo el asombro de los cinco expedicionarios, cuyo ánimo hallábase un tanto en suspenso por el impresionante panorama que se extendía ante ellos.

Arana consultó por breves instantes una carta de las que habían sido realizadas con los datos logrados por el alférez Sacristán y pudo comprobar que se hallaban sobre una de las zonas que aquel había señalado corno las más difíciles y en la cual se había visto obligado a elevarse para lograr salir de un fenómeno similar al que sus aparatos habían sufrido. Al contemplar el terreno que pasaba bajo sus pies observó en él extrañas peculiaridades y pudo observar también que algunos de los arroyos que discurrían entre piedras, desaparecían misteriosamente sin volver a surgir a superficie. Aseguróse entonces Arana de que ninguno de sus hombres le perdían de vista y les hizo seña para que descendieran y pronto la distancia de vuelo quedó reducida a los diez metros y la velocidad casi a cero.

Con enérgico ademán, el alférez Nuñez, que marchaba casi junto a Arana, señaló hacia una formación un tanto extravagante y en la que la piedra, en algunos lugares, daba la sensación de ser transparente.

Con movimientos estudiados de antemano, dio a entender Arana a los sargentos que debían permanecer vigilantes en el aire y él, con el alférez Nuñez, descendió hasta tomar contacto con la tierra.

Mientras Nuñez pasaba su enguantada mano por la superficie que

resultaba pulida, Arana se sorprendió a sí mismo expresando sus pensamientos casi en voz alta:

—Es transparente, si bien por la disposición de las luces no podemos ver nada en el interior.

Nuñez mostrábase perplejo y Arana adivinó la pregunta escrita en sus ojos.

—Esto ha de tener necesariamente una entrada, pero ¿dónde?

El rumor producido por el batir del agua contra la piedra llamó entonces la atención de los dos hombres y a una indicación de Arana se pusieron en marcha hacia el lugar de donde procedía el ruido. Sus pasos eran totalmente silenciosos y, sin embargo, en aquella inmensidad desierta parecían despertar dormidos ecos y por unos instantes, los hombres tuvieron la sensación de que se iban a levantar gigantes de piedra para evitar la profanación de tales lugares, pero prontamente desecharon tales ideas, recordando las extrañas experiencias vividas no mucho antes y llegaron hasta el curso de un arroyo bastante caudaloso, el cual siguieron.

Prontamente la trayectoria de la corriente de agua quedaba cortada y el agua, cuya fuerza era notable, salía proyectada con cierta violencia por el espacio, yendo a chocar a un par de metros contra una pétrea pared que se le oponía. Era el choque con la piedra lo que producía el ruido que había llamado la atención de los dos hombres y Arana, haciendo una seña a Nuñez para que aguardara, se acercó a la pequeña cascada, viendo que el agua se precipitaba por una especie de tubo hecho en la piedra y el cual tenía un diámetro no inferior a los dos metros. El ruido producido por el agua en su choque contra la piedra impedía oír el producido por el líquido elemento en su caída, pero Arana calculó que debía caer a una profundidad no inferior a los cincuenta metros.

Resultaba aquello un tanto impresionante y llegó a juzgarlo propio de la industria del hombre y no una cosa natural y se afirmó más en su idea al observar que debajo del arco formado por el agua al saltar, aparecía una rampa de pulida superficie y que a la vista daba la sensación de ser metálica, si bien esta sensación podía quedar desvirtuada por la capa de polvo que la cubría

No obstante observó también Arana que el nacimiento de la rampa permanecía completamente seco pese a las partículas de agua que se desprendían en el salto y que el corte producido en la piedra, en la parte donde el agua iniciaba su salto estaba medido y concebido para que se produjese tal efecto.

—No cabe la menor duda de que aquí anda la mano del hombre, aunque tal hombre pueda no parecerse a nosotros.

Ayudado por Nuñez se deslizó entonces Arana hacia la rampa, situándose debajo del arco que producía el agua, pero apenas sus pies

hubieron tocado con la superficie, se produjeron una serie de violentos chispazos y Arana hubo de saltar a toda prisa, recibiendo en la cabeza el choque del agua que estuvo a punto de derribarlo. Afortunadamente, Nuñez no lo había soltado totalmente y con su ayuda pudo recobrar el equilibrio en el aire saliendo junto al alférez, en cuyos ojos leyó la interrogante.

—Está cargado de electricidad —respondió Arana en voz natural, perdido el miedo de ser oído, seguro de que su voz quedaría ahogada por el estruendo del agua—. Apenas si he llegado a ver nada, pero tengo la convicción de que esa es la entrada a un mundo extraño o tal vez una de las entradas. Disimulada de esta forma resulta imposible poder apreciarla desde el aire y aun desde aquí, a no ser por lo que conocemos, tal vez no pensásemos en ello. Y ahora ponga de nuevo el motor en marcha, alférez. Vamos a efectuar una exploración, pero entraremos por el aire, procurando no tocar en lugar alguno. Los sargentos deben quedarse de momento, fuera. Si hay posibilidades de entrada volveremos por ellos.

Por señas hizo comprender Arana a los tres hombres que se mantenían en el aire lo que se esperaba de ellos y poniendo luego el motor en marcha, hizo señas a Nuñez para que le siguiera. La rampa túnel tenía en su iniciación dos metros de anchura y altura más que suficiente para que un hombre pudiera permanecer en ella de pie y los dos seres de la Tierra pudieron penetrar volando uno tras otro, viéndose rodeados de una casi impenetrable oscuridad en la cual pudieron maniobrar gracias a sus linternas de luz negra y a las adecuadas gafas de que iban provistos Y tal cosa les privó de chocar con una red metálica punto menos que invisible, que apareció de improviso ante ellos cerrándoles el paso.

—Ya tenemos un obstáculo —manifestó Arana señalando para ella—. Y no me atrevo a tocarla por temor a que esté electrificada y se pueda producir la alarma entre los bakaidos. Vamos a tener que retroceder a buscar otra entrada.

—Lo malo —respondió Nuñez—, va a ser que todas las entradas estarán guardadas de una forma similar.

Dirigió entonces Arana su haz de luz invisible a través de la red metálica, pero apenas si lo hubo hecho cuando se produjo un ruido sordo y mantenido como el que podría producir un zumbador eléctrico y de las sombras a la otra parte de la red protectora surgieron varias figuras a tiempo que se iluminaba profusamente una vasta sala semicircular, cuya puerta era precisamente la red ante la que los dos hombres de la Tierra habían quedado detenidos.

Dos reflectores eléctricos fueron enfocados hacia el lugar en que Arana y Nuñez se hallaban, haciendo que ambos quedasen deslumhrados instantáneamente por la potente luz y que retrocedieran

instintivamente, hasta recordar que aquella luz no podía descubrirlos y que, por tanto, de momento, no corrían peligro alguno

Y Arana musitó al oído de Nuñez.

—No sé qué va a ocurrir ahora, pero es conveniente que se traiga a los tres sargentos inmediatamente.

Desapareció Nuñez a cumplir la orden y Arana, convenientemente situado se dedicó a la observación de los seres que tenía ante la vista, los cuales, moviéndose casi en silencio, como autómatas, fueron surgiendo de las sombras, situándose ante las armas que también quedaron iluminadas.

Pudo apreciar Arana varias máquinas que le resultaron bastante extrañas por su forma, y otras, una de las cuales quedó inmediatamente apuntada hacia el lugar donde él se hallaba, se parecían bastante a una de las antiguas piezas antitanque que habíanse usado en la Tierra cuatro siglos antes y que Arana recordaba por haber visto alguna en un museo madrileño.

Los seres que tenía ante la vista Arana, se parecían bastante a los hombres acorazados [1], si bien las escamas de los que tenía ante sí relucían con un tono metálico más acusado, siendo de un color bastante más claro que las de aquéllos. Y la constitución de éstos era más recia, siendo su cabeza, sin embargo, bastante más extraña que la de aquéllos, ya que los tres ojos tenían la misma forma y sobresalían de la superficie del rostro en forma de media esfera.

Arana se acordó inmediatamente, comparándolos con los de las moscas, con los que ofrecían, salvando la diferencia del tamaño, gran similitud. Difería también bastante la colocación de los ojos, ya que los seres que tenía ante su vista tenían los dos ojos laterales casi en las sienes y el ojo central en la cúspide de la cabeza, de forma oval también como las de los hombres acorazados. Con la forma y disposición de tales ojos, aquellos seres, sin mover la cabeza, podían ver todo cuanto sucedía en derredor a ellos y Arana, después de lo que había visto en los hombres de piedra, comprendió que tal disposición y forma de ojos debía haber sido lograda a fuerza de años, probaturas e injertos y no pudo menos de admirar a los que habían llegado a tal resultado.

No se apreciaban los oídos de los extraños seres a simple vista desde la distancia a que se hallaba Arana, aunque supuso que los tendrían situados en forma parecida a los hombres acorazados y las narices, en cambio, las tenían situadas en la cara y consistían exteriormente en dos simples agujeros situados un par de dedos por encima de la boca.

Realizó Arana sus observaciones rápidamente, sin dejar de abarcar las posiciones que los extraños seres iban ocupando y a poco, tras ellos, vio surgir otros hombres, pero éstos, de tipo completamente

normal y en los que se adivinaba su procedencia del mismo tronco que los turasai. Como aquéllos eran de noble aspecto y se les adivinaba inteligentes, fuertes y decididos. Puestos a comparar, halló Arana una mayor perfección en los que tenía ante la vista.

Vestían tales hombres centelleantes y ceñidos trajes de malla metálica, detrás de la que se dejaba adivinar el caucho o una materia de idéntico valor y pronto tomaron el mando de la tropa, llevando al convencimiento de Arana que la espina dorsal del ejército que tenía ante la vista estaba formada precisamente por la raza superior.

Un leve contacto, ya que por el momento no se decidieron a encender las lámparas de luz negra, le dio a entender que el alférez Nuñez hallábase ya de regreso con los tres sargentos y Arana, escondiendo su voz entre los murmullos que los guerreros producían, murmuró al oído de Nuñez.

—Corra la voz para que nadie encienda la luz negra…

—Ya les he advertido.

—Si se abre la red, penetraremos. Que se cojan unos de otros para marchar unidos sin que nadie se despiste.

Observó Arana cómo uno de los jefes, el de más edad, se dirigía a uno de los extraños hombres, habiéndole en un idioma que resultó familiar para Arana por el gran parecido que tenía con el turasai, y que el hombre respondía en el mismo idioma, aunque expresándose de forma más tosca, siendo fácil comprender su respuesta en el sentido de que ignoraban las causas que habían motivado la alarma.

Dirigióse el jefe entonces a otro hombre, tomando en sus manos una especie de periscopio, que desaparecía por el techo abovedado, y por unos momentos lo hizo girar, mirando por él en todas direcciones y al final lo volvió a dejar en manos de quien lo había tomado a tiempo que se encogía de hombros dando grandes muestras de perplejidad.

Pero no tardó en reaccionar dando una orden y un grupo de los extraños habitantes de Bakaida se agrupó ante la red metálica, disponiéndose a salir, tomando la dirección del grupo un oficial joven, de belicoso mirar, y que lucía en el centro de su malla metálica una brillante insignia que representaba un sol.

CAPITULO IV

EXPEDICIÓN A LOS ANTÍPODAS

A una orden telefónica del jefe, transmitida a uno de los departamentos interiores, la red metálica se fue alzando lentamente y el grupo de bakaidos, a cuyo frente se había colocado el joven oficial, avanzó hacia el pasadizo y Arana observó entonces que no se producía manifestación eléctrica alguna como la que le había obligado a saltar anteriormente.

Pero no tenían tiempo que perder y se puso en movimiento, obligando a Nuñez a que le siguiera y arrastrando tras ellos al resto del grupo. Y apenas hubieron cruzado la red, por el aire, al mismo tiempo que los soldados bakaidos salían, aquella se cerró de nuevo y los hombres de la Tierra buscaron un lugar adecuado donde situarse para estudiar los caminos que se abrían ante ellos y decidirse por uno u otro.

Pero algo anormal se produjo entonces, algo que debía truncar la pacífica e ignorada penetración que habían iniciado. Uno de los bakaidos dio muestras de hallarse intranquilo y por unos instantes pareció olfatear, venteando el espacio como podría hacerlo un perro.

Comprendió inmediatamente Arana lo que sucedía y con una leve presión para indicar a Nuñez que debían seguir, se puso en movimiento, pero fue otro de los bakaidos el que adoptó en tal momento una actitud parecida a la de su compañero, removiéndose inquieto y dirigiéndose al jefe, hablándose de la tosca forma en que se expresaban a tiempo que abarcaba una parte de espacio, precisamente aquella que habían acabado de abandonar los hombres de la Tierra, con el ademán.

Rió el jefe al escuchar las palabras de sus subordinados, pero la inquietud había prendido en otros que habían adoptado parecida actitud, venteando también el espacio y llegando algunos de ellos a bostezar y a producir pequeños aullidos a tiempo que sus ojos se movían en todas direcciones tal que si deseasen descubrir lo que producía el olor que les había excitado.

Arana se dio cuenta de que se avecinaba una situación peligrosa si no daban rápida solución y tornó a tirar de Nuñez, dirigiéndose hacia una de las salidas que daban a la rotonda semicircular a tiempo que pensaba:

—¡Estos tipos nos presienten por el olfato! ¡Parecen perros

venteando su presa! Además de trogloditas deben ser antropófagos...

Para salir de la rotonda hubieron de pasar los cinco expedicionarios por encima de un grupo de bakaidos y también en ellos prendió la excitación, aullando algunos con verdadera fiereza y el jefe, alarmado ante tales síntomas se dirigió al teléfono interior, del cual ya había hecho uso anteriormente. Arana, que se había instruido suficientemente en el idioma de los turasai, alcanzó a comprender lo que el jefe decía:

—Los bárbaros se hallan bastante excitados y aseguran que perciben un olor extraño, de ser humano, aunque bastante diferente del nuestro. Tal olor ha despertado sus instintos de antropófagos y no estoy seguro de contenerlos mucho tiempo. Una voz respondió entonces desde la otra parte, Arana no pudo entender nada de lo que decía, pese a percibir su eco, y el jefe respondió luego:

—No. Yo no he visto nada ni siento nada. Ha salido una patrulla de reconocimiento y yo mismo be utilizado el girovisor... Envíeme un grupo de «dragos» para contener a esta gente si se desmanda y para que traten de descubrir lo que pueda haber. Y también sería conveniente que cubriese de dragos todas las afluencias de esta entrada. Tampoco hemos podido saber cuál ha sido la causa de la alarma. Corto.

Dejó el jefe el aparato telefónico y al notar que los bárbaros, según los había llamado, continuaban aullando y algunos de ellos se desplazaban tratando de seguir el para ellos apetitoso olor, empuñó con mano firme una pistola de extraña forma y se opuso a los inquietos seres.

—¡Vamos, atrás! ¡Cada uno a su puesto! Si alguno desobedece es posible que sus compañeros tengan cena extraordinaria esta noche.

Pese al peligro que corrían, sentíanse los cinco hombres de la Tierra corno fascinados por la extraña escena, tratando de adivinar lo que podía haber detrás de todo aquello. Entre los bárbaros se produjo un movimiento de retroceso al ver la pequeña pistola que les encañonaba, pero pronto el ansia pudo más en ellos y algunos avanzaron con lentitud hacia el lugar donde se hallaban los hombres de la Tierra. Marchaban en actitud felina sin prestar atención a las órdenes recibidas del resuelto jefe, en torno al cual se habían agrupado algunos oficiales más, empuñando todos ellos pequeñas armas semejantes a la esgrimida por aquél.

Uno de los bárbaros lanzó un espeluznante aullido y cargó en dirección adonde se hallaba Arana y los suyos, atropellando a uno de los oficiales, al cual apartó de un manotazo, pero aún no había avanzado dos pasos después de su acción, cuando se oyó una especie de trallazo y el bárbaro, experimentando una violenta sacudida, tal que si hubiera recibido una descarga, cayó fulminado, arrojando

abundante cantidad de un líquido gris verdoso, que los hombres de la Tierra imaginaron debía ser sangre, por las partes laterales del cuello, en los lugares que suponían situados los órganos de audición.

Mas, lejos de acobardarse, tal cosa envalentonó a los demás bárbaros que siguieron al compañero caído y mientras unos se lanzaban sobre él disponiéndose a despedazarlo, otros atacaban en dirección a los hombres de la Tierra tratando de forzar la barrera que formara la oficialidad. Escucháronse varios trallazos más y cuatro bárbaros siguieron a su compañero, pero el resto logró destrozar la barrera, saliendo violentamente despedidos los oficiales que la formaban, impulsados por la fuerza primitiva de los excitados seres, auténticas bestias en aquel momento.

Ordenó Arana, por medio de presiones, que se elevaran sus hombres hasta lo que podía dar de sí el techo del lugar en que se hallaban y los atacantes pasaron por debajo de ellos como un alud, venteando el aire, pero apenas si los habían rebasado unos metros cuando se detuvieron desconcertados, tornaron a ventear y retrocediendo, pero esta vez lentamente, hasta situarse debajo de los expedicionarios, lanzando poderosos aullidos y saltando tal que si se hallasen poseídos por algún maleficio.

La oficialidad, mientras tanto, se había rehecho del brusco ataque y se disponían a atacar a los excitados seres cuando el jefe, más observador, les ordenó con la voz y el ademán que se detuvieran.

—¡Quietos! ¡No disparen! No creo en cosas sobrenaturales, pero sin embargo, aquí está ocurriendo algo extraño y temo que estos bárbaros tengan razón. ¿No han observado sus maniobras?

Pese a hallarse acostumbrados a los espectáculos fuertes, Arana y sus compañeros observaron con horror que bastantes bárbaros habíanse lanzado sobre los cuerpos aún palpitantes de sus congéneres, y que los destrozaban con dientes y uñas, devorando ansiosamente sus despojos y por unos momentos se sintieron tentados por atacarles para dar fin al horrendo espectáculo.

Mas un aullido escalofriante, seguido de otros que le hicieron coro, llegó desde el interior de la serie de grutas y al escucharlos, los bárbaros, tanto los que se hallaban tratando de cazar a los seres invisibles como los que destrozaban a sus congéneres, se detuvieron casi en seco, prestando atención y dando muestras de viva inquietud.

Reprodújose el coreado aullido, percibiéndose a continuación fuerte ruido de pisadas y los bárbaros, vueltos inmediatamente a la razón, se replegaron rápidamente, corriendo a ocupar sus puestos, abandonando cada cual sus primitivas ideas o el bocado que tenían entre mandíbulas, A no resultar trágica la escena, los cinco hombres de la Tierra hubieran reído de buen grado al contemplar las empavorecidas expresiones de los bárbaros, las cuales se rieron

plenamente justificadas al aparecer por uno de los túneles que desembocaban en la rotonda un grupo de cinco bestias extraordinariamente corpulentas y las cuales se movían velozmente sobre unas patas excesivamente cortas que contrastaban con su cuello largo al extremo del cual aparecía una cabeza bastante semejante a la de las serpientes; el cuerpo de estos seres aparecía totalmente cubierto de duras escamas, cuerpo rematado por una cola no excesivamente larga, pero sí vigorosa, al estilo de las de los cocodrilos, pero cubierta de aceradas púas y la cual debía constituir una terrible arma defensiva. Eran los dragos.

Al aparecer las cinco bestias, se lanzaron sobre los restos de los bárbaros caídos, y los que se hallaban en pie permanecieron inmóviles sin osar casi respirar, contemplando cómo el banquete que habían iniciado se les iba de las manos, pero tampoco las Bestias aparecían muy tranquilas y no tardaron, sin dejar de engullir, en dar vivas muestras de desasosiego y Arana dio la orden de partida, satisfecha a medias su curiosidad, pero temeroso de que, al permanecer allí pudieran producirse hechos de desagradables consecuencias para ellos.

Silenciosa y velozmente atravesaron un túnel que, a medida que avanzaba se hallaba mejor iluminado y al final del cual, antes de desembocar en una amplia plazoleta de abovedado techo, divisaron un drago que permanecía en actitud vigilante. Arana advirtió a sus hombres.

—¡Pasar rápidamente y soltar gases para desvirtuar nuestro olor! De lo contrario el bicho este va a dar la alarma...

El drago pareció inquieto y excitado por unos momentos, pero el paso de los hombres de la Tierra por sobre él, fue tan rápido y el olor de los gases expulsados desvirtuó de tal forma el olor a ser humano, que el bicho, tras ventear unos instantes y dar la sensación de que estornudaba ante algo desagradable e incomprensible para él, tornó a su actitud de vigilancia, pero sin manifestar alarma alguna.

Hallábase la plazoleta donde habían desembocado los hombres de la Tierra totalmente circundada de toscas habitaciones excavadas en la misma piedra y seguramente debían de carecer de comunicación interior, ya que todas ellas tenían, labrada en la misma piedra, escalerillas de acceso, pese a que el total de plantas era de cuatro y la última quedaba a considerable altura.

El centro de la plaza hallábase iluminado por una especie de «sol» artificial, potente luz eléctrica situada en el centro del abovedamiento y cuyos rayos llegaban hasta las entradas de las viviendas, prestando a éstas una luz bastante difusa.

En el momento en que los expedicionarios llegaron a la plazuela no se veía ser alguno por ella y tal cosa no dejó de causar extrañeza.

—¡Es extraño! Estas cuevas deben ser viviendas y, sin embargo, no se ve a nadie en ellas, ni siquiera en la plaza —comentó Nuñez

—Tengo la impresión de que éstas deben ser las viviendas correspondientes a los bárbaros y pueden suceder dos cosas. Que no vivan agrupados en familias o que éstas, mientras ellos prestan servicios de defensa, vigilancia, etc., estén trabajando, produciendo, los mayores e instruyéndose los menores. Pero vamos...

A medida que avanzaban los expedicionarios, iban profundizando, descubriendo una organización subterránea más amplia y más perfecta cada vez, así como un mejoramiento en las viviendas que iban teniendo apariencia de tales, apreciándose una mejor iluminación, así como una más perfecta distribución; y por las calles subterráneas, todas ellas de pulida calzada metálica, no se veía tampoco un solo transeúnte a pie, discurriendo, sin embargo, por ellas algunos vehículos que marchaban veloces sobre un juego de esferas metálicas que, de tanto en cuanto, arrancaban chispeantes fulgores a la metálica calzada. Los vehículos iban ocupados por bárbaros o por los hermanos de raza de los turasai, pero raramente iban de las dos clases en un mismo vehículo. Tales observaciones iban realizando los expedicionarios cuando al sargento Santi se le ocurrió interrogar.

—¿Y cómo podrán respirar bien estos tipos aquí dentro?

—No puedo responderle exactamente en este momento, pero, o bien producen oxígeno sintético o lo absorben de la superficie del planeta, conduciéndole por medio de tuberías. Es cosa que me interesa aclarar...

—¿Y esas pistolas que dispararon contra los bárbaros? No eran de proyectil, ni desintegradoras y mucho menos de rayos eléctricos. ¿No se dieron cuenta del extraño efecto que produjeron?

—Naturalmente que sí. Me dio la sensación de que los afectados cayeron reventados. Y si tenemos en cuenta que la parte más afectada no fue la que recibió el impacto, sino aquella donde tienen loe oídos, he pensado que debía ser energía ultrasónica la que dispararon. Esos hombres dominan esa energía posiblemente mejor que ninguna otra y las muestras que voy viendo de su civilización me demuestran que, pese a vivir totalmente separados de sus hermanos de raza, los turasai, aquélla marcha pareja con la civilización de éstos, si bien la que tenemos ante nosotros está más desarrollada...

Posteriormente, siguiendo la trayectoria de un amplio canal a cuyas márgenes corrían sendas pistas metálicas, desembocaron los expedicionarios en un amplísimo campo do cultivo, cruzado por pequeños canales e iluminado por poderosos soles artificiales que calentaban el espacio, manteniendo una temperatura uniforme que en la Tierra se hubiera considerado primaveral. En el campo se veía trabajando un buen número de mujeres bárbaras, manejando la

maquinaria agrícola con la cual se realizaban la mayoría de labores y por unos instantes los expedicionarios se detuvieron maravillados.

—¡Es un auténtico invernadero! —exclamó Arana.

—¿Y el oxígeno para las plantas? —interrogó Daoiz.

—Debe dárselo el abundante agua con que son regadas. Esta civilización tiene más probabilidades de subsistir sobre este planeta que ninguna otra, al menos mientras el planeta viva errante, y los dirigentes me demuestran que saben más de lo que podríamos imaginar. Con esta organización interior pueden salvar esos grandes trayectos porque atraviesan el espacio, lejos de sol alguno que les pueda dar su calor. Y en los momentos, como los que se avecinan, en que pasarán excesivamente cerca de nuestro Sol, a estas profundidades posiblemente no sentirán la menor molestia. Es probable que hayan vivido ya experiencias de este tipo y que hayan aprendido de ellas tales cosas.

—¿Y de dónde sacarán la energía para todo esto?

—Del agua. Los glaciares vierten mucha agua hacia aquí, sin contar con la que se filtra. Y tienen asegurado el suministro de agua por las cantidades enormes de hielo que posee el planeta y que dudo pueda fundir el sol totalmente, aun pasando lo cerca que se va a pasar de él...

Pero Arana se interrumpió al notar que las mujeres de los bárbaros comenzaron a dar muestras de excitación y que una de ellas lanzaba al aire el agudo aullido de la fiera hambrienta al ventear su presa.

—¡Vamos! ¡Nos han venteado! ¡Soltad gases!

Deslizáronse veloces por el aire los cinco expedicionarios, cruzando sobre otros extensos invernaderos donde trabajaban ordenadamente las mujeres, guardadas en una ocasión por dragos y finalizados los campos hubieron de sobrevolar por una extensa red de canales por los que discurrían veloces embarcaciones conduciendo hombres y mercancías y al final se vieron detenidos en su marcha por una red metálica, semejante a la que obstruía la entrada subterránea.

—Habremos de detenernos aquí hasta que se presente una ocasión de entrar —expuso Arana señalando hacia la parte contraria de la red que dejaba a su vista una amplia zona cuyas habitaciones y trazado de calzadas, así como iluminación y detalles ornamentales, diferían en mucho de lo visto hasta entonces; resultando lo que tenían ante la vista lujoso hasta el exceso, en contraste con lo conocido—. Seguramente a partir de aquí vive la élite, los escogidos, y para no verse sorprendidos se aíslan por medio de estas redes. No querrán que les ocurra lo que les sucedió a los turasai con los hombres de piedra cuando se les rebelaron...

La red que tenían ante la vista comenzó a alzarse lentamente en

aquel momento y los expedicionarios divisaron uno de los vehículos eléctricos, potente y bastante lujoso, en el que se adivinaba más la calidad que en los vistos hasta entonces. Iba el vehículo ocupado por tres hombres, cuyo brillante aspecto parecía indicar que pertenecían al ejército, luciendo todos ellos en el centro del pecho la brillante insignia del sol y conduciéndolo iba otro hombre de la misma raza, pero que, sin embargo, denotaba una más humilde condición.

Al hallarse la red totalmente alzada, Arana, sin aguardar a que el vehículo hubiese salido, dio la orden de avanzar y fue el primero en lanzarse, pero apenas si habían penetrado una decena de metros en la nueva zona ciudadana sonó primero un zumbador dando la señal de alarma y a continuación unas sirenas a tiempo que la red caía rápidamente, volviendo a cerrar la entrada.

Quedóse el vehículo sin poder salir, detenido por la red y sus ocupantes saltaron prestamente a tierra mientras la potente iluminación se apagaba y el grupo de expedicionarios, al quedar rodeado de una impenetrable oscuridad, hubo de detenerse también, ordenando Arana:

—Enciendan las linternas de luz negra y aminoren velocidad no sea que nos estrellemos!

La penetración de los expedicionarios, en los breves segundos transcurridos, les había alejado bastante de la red de entrada cuando, de la misma forma que se habían visto rodeados de oscuridad, una oscuridad absoluta, viéronse entonces rodeados de luz, pero no una luz corriente como la que había existido hasta entonces, sino una luz que se reflejaba en sus trajes, haciéndolos perfectamente visibles y llevándoles a sentir la sensación de que se hallaban desnudos, desvalidos Arana, como de costumbre, con aquella rapidez que le caracterizaba, fue el primero en reaccionar.

—¡Rayos infrarrojos! ¡Estamos descubiertos!

Los ocupantes del vehículo, que habían permanecido inmóviles desde el momento en que sonara la primera señal de alarma, al hacer su aparición los rayos infrarrojos, se colocaron rápidamente gafas especiales, de tipo parecido a las que llevaban los expedicionarios y saltaron del vehículo, corriendo en dirección a una especie de trapa que se abrió en el suelo, y Arana, dándose cuenta de lo que podía ocurrir, comprendiendo que las precauciones estaban de más, ordenó, uniendo la acción a la palabra :

—¡A los rayos desintegradores! ¡Todos contra la red! ¡Rápido!

Los fogonazos surgieron dirigidos contra la red, pero ésta resistió y los expedicionarios contemplaron por unos instantes con desaliento el obstáculo.

—¡Hay que vencer esto o nos van a destrozar con ondas ultrasonoras! —rugió Arana sintiendo clavados sobre sí los ojos de sus

cuatro subordinados como si esperasen que únicamente él fuese capaz de resolver el difícil momento.

Escuchóse el silbido peculiar con que se iniciaban las emisiones de las fatídicas ondas y Nuñez, con impotente rabia lanzó nuevas descargas de rayos desintegradores sobre la red, pero con idénticos resultados y los cinco hombres se miraron entre sí con expresión que reflejaba la angustia que les poseía.

—¡Cazarnos como ratones! —murmuró Arana con rabia infinita.

Pero de improviso cambió la expresión de su rostro y enfocó el subfusil de rayos desintegradores contra la piedra en que la red iba empotrada, exclamando con salvaje expresión:

—¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? El metal que constituye la red podrá resistir a la desintegración como resiste nuestro zirconio «G», pero no creo que a la roca le ocurra otro tanto…

Prontamente quedó un amplio hueco practicable en la pared de roca, hueco que fue ampliado por el resto de los componentes del grupo y a una orden del jefe se lanzaron por él, pegándose luego a la pared al continuar la huida.

—¡Síganme por aquí! Las ondas se propagan en línea recta y las que nos lleguen aquí, al no "llegarnos directamente, apenas si nos pueden afectar…

Pero no tardaron en verse perseguidos por nuevas emisiones de las fatídicas ondas, surgidas en diversos sitios, ondas que comenzaron a afectarles, pese a la rapidez de desplazamiento, dando la sensación de que un invisible enemigo les perseguía.

Conducidos por un canal, desembocaron en una especie de pequeño puerto observando los expedicionarios a su llegada que los trabajadores del mismo, en su mayoría mujeres de la raza de los bárbaros, avisados por la alarma, desaparecía en una especie de refugios similares a los que habían visto anteriormente.

—¡No tenemos más solución que abandonar los motores y arrojarnos al agua! ¡El agua hervirá en la superficie y hasta la profundidad de un metro o algo más, pero nosotros profundizaremos lo suficiente para que el exceso de calor no nos afecte demasiado!…

Los refugios para librarse de la emisión de las ondas ultrasónicas comenzaban a cerrarse herméticamente después de recoger al personal del puerto y los expedicionarios comprendieron que no tardaría en producirse en aquel lugar la emisión de las peligrosas ondas por lo que, siguiendo las indicaciones de Arana, se apresuraron a librarse de los motores personales, escondiéndolos rápidamente en una altura para lograr lo cual hubieron de formar una especie de escalera humana, pero quedando, después de realizado el trabajo, suficientemente satisfechos, ya que no era probable que a los bakaidos se les ocurriese trepar hasta el escondite.

El silbido indicador de que la emisión de ondas se iniciaba, se produjo, y los cinco expedicionarios descendieron por una escalerilla hasta el agua, sumergiéndose en ella cuidadosamente para no producir chapoteo alguno y evitar ser descubiertos.

No tardó el agua en comenzar a hervir en la superficie a consecuencia de la emisión de ondas y, aunque los hombres de la Tierra habían profundizado hasta los tres metros y disfrutaban de la protección de la escafandra, percibieron el calor agobiante, abrumador, que les hacía sudar y que encerrados dentro del traje, les hacía sentir la sensación de que iban a estallar.

Afortunadamente, el equipo que llevaban no era excesivamente pesado y les dejaba suficiente libertad de movimientos y los cinco hombres eran buenos nadadores, por lo que, buceando diestramente, procurando no perder el contacto, se dirigieron hacía la salida del puerto, penetrando en un amplio canal. En la primera parte de éste, el calor producido en el agua por las ondas ultrasónicas les fue persiguiendo y al fin, cuando comenzaban a sentir el agotamiento que el duro ejercicio les producía, se apercibieron que el hervor del agua iba cediendo, hasta cesar por completo, permitiéndoles salir a la superficie y abandonar el canal tras asegurarse de que no había nadie a la vista.

—Tendremos que regresar por los motores tan pronto como hayamos descansado —apuntó Arana—. No podemos dejar semejantes cosas expuestas a que la casualidad se las descubra…

Por un estrecho lugar al margen de las pistas metálicas, electrificadas para los vehículos, regresaron los expedicionarios hacia el puerto y al llegar a él, ya las salidas de los refugios se hallaban abiertas y los trabajadores del puerto emergían por ellas, mostrando sus rostros cierto gesto de prevención, pese a las tranquilizadoras expresiones que les llegaban por medio de altavoces ubicados en lugares estratégicos.

—«¡Ha desaparecido el peligro! ¡Vuelvan al trabajo! ¡Ha desaparecido el peligro! ¡Vuelva cada cual a su tarea, pero no olvide que debe permanecer vigilante! El enemigo puede estar aún entre nosotros…»

Reinaba calor en el ambiente, un calor molesto aún, y los cinco hombres da la Tierra se apercibieron de la entrada de fuertes corrientes de aire que iban refrigerando el ambiente, haciendo el aire más respirable y Arana señaló para una do las entradas del elemento.

—Por ahí tienen una entrada de oxígeno: Lo que me agradaría saber es si lo producen sintéticamente o si lo hacen descender de la superficie de la tierra, después de filtrado para limpiarlo de impurezas…

La luz normal había sido dada de nuevo y el pequeño puerto

quedó profusamente iluminado, reanudándose la actividad en él y los expedicionarios pudieron observar que algunas de las embarcaciones que se hallaban atracadas eran de tipo submarino, relacionándolas inmediatamente con la forma ahusada que habían percibido en el canal exterior desde el aire.

Arana iba señalando a sus compañeros los interesantes descubrimientos, mostrando el asombro que tales adelantos le producían.

—Naves submarinas… Radio… No me extrañaría que incluso llegasen a tener aviones y esto explicaría la existencia de los cañones antiaéreos con que nos atacaron antes…

Sorteando habilidosamente a la multitud trabajadora, en la que no sólo habían seres de la raza bárbara, sino de la raza dominante, llegaron los expedicionarios hasta el lugar donde habían dejado los motores, colocándoselos y el jefe del grupo dio la orden de partida.

—Por el momento, hemos visto suficiente para formarnos una idea de lo que existe aquí. Me agradaría recorrer la ciudad de los elegidos, estudiarla, ver los adelantos de que disponen en ella; resultaría también de sumo interés ver sus instalaciones industriales, estudiarlas de cerca, conocer los fuertes de su producción, pero considero que es excesivamente arriesgado. Desharemos ahora el camino andado y procuraremos hallar una salida que tiene que ofrecernos el final de este canal, que indudablemente emplean para el transporte… y ya volveremos en otra ocasión, pero habremos de venir mejor preparados si queremos hacer una exploración más a fondo y no dejarnos la piel aquí…

CAPITULO V

EL HOMBRE DE BAKAIDA

EN la amplia cabina que servía de puesto de mando en la isla interplanetaria, hallábanse reunidos en torno al comandante Luis Arana los tenientes Prast y Oramas, los profesores Riveiro y Hansen y don Damián Naranjo, jefe de producción de la pequeña industria montada en la isla, escuchando todos ellos con muestras de viva atención la exposición que el comandante Luis Arana les hacía de lo observado en la exploración realizada tres días antes a Bakaida, el país subterráneo, donde los civilizados «arúes», nombre de los hermanos de raza de los turasai, convivían con la monstruosa raza de los bárbaros, fieros antropófagos y caníbales.

—Es indudable, por todo lo que les he expuesto que, pese a vivir totalmente aislados de sus hermanos de raza los turasai, estos arúes han ido desarrollando una civilización que ha corrido paralela a la de aquellos, pero a la cual han logrado dar más pureza, más solidez. Débese esto indudablemente a que ambas civilizaciones parten de un mismo tronco, de unos mismos principios; pero mientras unos vivían una existencia más cómoda dentro de su aislamiento, comodidad que les restó energías, los arúes, obligados a vivir en un ambiente más duro, casi completamente hostil, en un derroche de energías, han sido capaces de construir con mayor solidez y llegar más lejos en el orden de las conquistas científicas y mecánicas. Los turasai daban la impresión de un pueblo envejecido, cansado, seguramente por efecto de la molicie; los arúes dan la sensación de un pueblo joven, ansioso de situarse, de dominar; su forma de vivir parece más natural, más normal... Me agradaría entrar en contacto con ellos, pero temo que nos va a resultar difícil porque, como todos los pueblos jóvenes, se observa en ellos un espíritu belicoso, casi agresivo. Ignoro si conocen el fin que puede aguardar al planeta y, por si lo conocen, debemos vivir prevenidos, pues podría llegar a producirse un asalto a nuestros dos vehículos siderales: la isla y el *Escorpión Azul*, ya que con ellos, el grupo dirigente de los arúes lograría salvarse.

Hizo Arana una breve pausa que aprovechó para observar los rostros que le rodeaban, notando en sus expresiones que se hallaban de acuerdo con sus ideas y continuó:

—Debemos, pues, redoblar la vigilancia por una parte, montando una cadena de puestos, pudiendo usar para ello los helicópteros que

ya establecieron la cadena para mantenernos en comunicación durante la expedición; esto, corno primera providencia. Y luego, tratar de entrar en contacto con ellos, cosa que no resultará fácil, para demostrarles que si se unen lealmente a nosotros, es muy posible que nos podamos salvar todos de la catástrofe. Ellos poseen emisoras de radio, aunque ignoro la potencia de las mismas, el alcance que tendrán; pudiera ser que con ellas no lográsemos alcanzar la Tierra, planeta del que en la actualidad nos hallamos más cerca, o Venus, del que en breve pasaremos más cerca aún. Pero con nuestros conocimientos técnicos y la industria de ellos, tal laguna podría ser salvada y antes de dos meses habríamos logrado hacernos oír de nuestro planeta. Con ello tendríamos suficiente tiempo para que acudieran en nuestro auxilio y pudiéramos transportar estos seres condenados a perecer irremisiblemente, a otro lugar, por ejemplo al planeta Venus, donde existen aún grandes extensiones por colonizar y donde podrían hallar una vida libre de las preocupaciones que lleva consigo la cualidad de errante de este planeta.

—Eso es magnífico, comandante —expresó el profesor Riveiro—, y yo estoy dispuesto a ser el hombre que trate con ellos, que les convenza…

—Lo siento, profesor, pero usted es imprescindible aquí y no me puedo arriesgar a perderlo…

—¿Y cree usted que me perdería? Esos antropófagos suelen ser buenos conocedores y se darán cuenta inmediatamente de que mi carne les resultaría excesivamente dura y harto escasa. Y cuente que a ellos no les gustan los huesos.

La salida del profesor provocó la hilaridad de los reunidos, rompiendo por unos instantes la tensión que el conocimiento de la delicada situación había puesto en sus ánimos y el profesor Hansen se ofreció a su vez a sustituir a Riveiro,

—Tiene usted razón, comandante, pero, sin embargo, no habrá razones para rechazarme a mí. Yo ocuparé ese puesto. De todos los reunidos soy el único que puede salir, sin quebranto para nuestras realizaciones urgentes, ya que ustedes, los militares, son necesarios para la defensa, pues por mi parte, tampoco considero improbable un ataque de esas gentes. Es muy posible que se hallen desesperados y la desesperación es una mala consejera. Supongo que resultaré lo suficiente elocuente para convencerles y, como el profesor Riveiro, tampoco constituyo un bocado apetitoso… Y me agradaría por conocer, por estudiar esa flora subterránea, por saber cómo se las arreglan para cultivarla, para infundirle vida en un ambiente tan poco propicio.

—Nada de poco propicio, profesor. Tenga en cuenta que aquello son verdaderos invernaderos y que no carecen de los elementos útiles

del sol, ni de oxígeno...

Vióse Arana interrumpido en aquel momento por el zumbador del visófono y las miradas de todos los reunidos convergieron en la pantalla del mismo, que se había iluminado, apareciendo en ella la imagen del alférez Sacristán.

—¡Dígame, alférez! ¿Qué ocurre? ,

—Señor. Uno de nuestros grupos de vigilancia ha llegado en este momento con uno de esos arúes. Lo han hallado cuando se dirigía a pie hacia aquí después que la pequeña canoa en que viajaba se había estrellado contra una roca, en el Gran Lago. Dice que viene a pedir asilo entre nosotros...

Los reunidos contempláronse, mostrando cada cual, a su manera, el asombro de que se hallaban poseídos, asombro que fue en aumento al ser sustituida en la pantalla la imagen del alférez Sacristán por la del hombre de Bakaida. Observábase que era éste de elevada estatura, casi dos metros, y fornida complexión, y que sus facciones, pese a mostrar las huellas del accidente sufrido y del cansancio, aunque toscas, no resultaban desagradables, dimanando de todo el conjunto una extraordinaria personalidad.

—¡Está bien, alférez. Desposéanle de las armas que lleve y envíelo para aquí bien custodiado...

El profesor Riveiro se alzó de su asiento frotándose las manos de puro contento.

—¡Magnífico! ¡Ya nos buscan! ¡Este hombre podrá ilustrarnos de una serie de cosas, facilitando la labor del mediador! Esto quiere decir que no son inasequibles...

Pero Arana cortó su entusiasmo.

—No confíe demasiado, profesor... Esto puede ser un ardid de guerra, no lo olvide y es muy posible que este hombre, en vez de ilustrarnos, trate de confundirnos. Piense que las secciones especiales de los ejércitos recurren a trucos muy diversos e ingeniosos... y este hombre tiene un aspecto demasiado marcial. Señores, agradecería que me dejasen solo con él... Menos usted, teniente Gramas, usted quédese. Usted, teniente Prast, regrese al *Escorpión Azul* y extreme las precauciones...

—Sí señor. A la orden...

El profesor Riveiro, contrariado, se dirigió a Arana:

—Pues por mi parte, comandante, no puedo creer que un hombre que viene de cara a nosotros pueda resultar un enemigo.

—No es necesario que lo sea, profesor, pero puede serlo. Tenga en cuenta que antes de atacar se procura conocer bien los puntos flacos del enemigo para golpear en ellos y no creo que conozcan demasiadas cosas de nosotros; por tanto, necesitarán conocerlas. Pero no tema porque si el hombre viene con sanas intenciones, lo vamos a conocer

en seguida y será tratado con todo afecto. Pero si no es así, lo sentiré por él...

—¿Lo ejecutarán?

—No, pero lo retendremos y nos servirá de rehenes por si nuestro enviado allí no es bien tratado Y si duda de nosotros, profesor, le autorizo para que se quede, pero con la condición de que oiga lo que oiga, no intervendrá en nada a menos que yo le autorice de forma expresa...

—Gracias, comandante. Tiene toda mi confianza y comprendo que esto lo debe resolver usted sin injerencias. Discúlpeme...

Fue el profesor Riveiro el último en salir y apenas lo hubo hecho apareció enmarcado en la abierta puerta el sargento Daoiz y junto a él, destacando por su notable estatura, el arúe. Detrás de ambos marchaba un soldado, quien también se detuvo al llegar a la altura de los dos primeros, descansando en el suelo el arma desintegradora de que era portador y la cual contempló por unos instantes el arúe con expresión de curiosidad.

No pasó desapercibido el detalle para Aran quien avanzó al encuentro del extranjero, al cual se dirigió:

—¿Conoce usted ese modelo de arma?

Arana se había expresado en la lengua de los turasai y el arúe le contempló por unos instantes con asombro un tanto aparatoso para ser real, pero no respondió a la pregunta, interrogando a su vez:

—¿Hablas el idioma de nuestros fenecidos hermanos turasai? Al venir aquí temí que no íbamos entendernos bien y que tendríamos que recurrir a los hombres grises y lo sentía, porque no me agradan los intermediarios y menos ellos.

—¿Quiénes son los hombres grises y por qué no te agradan?

—Los hombres grises son los que vivían en las estribaciones de la llamada montaña sagrada y que hoy ocupan lo que era Turasai, la hermosa hija del fuego. Y no me agradan porque según nuestras tradiciones fueron sus antepasados los que nos arrojaron de estos hermosos lugares, obligándonos a refugiarnos en las entrañas de la tierra, donde vivimos. Además, ellos son bárbaros, carecen de inteligencia y, aunque ya no son tan revoltosos como antaño, no resultan unos vecinos agradables.

—¿Son ellos vecinos tuyos?

—No. Yo vengo de muy lejos. De un lugar donde sólo hay piedras y hielo y la vida es dura. Y por ello, los hombres son poco amables y violento debo reconocerlo.

—Sin embargo me han dicho que has venido en una canoa, una canoa con motor.

—Mi canoa no tiene nada que se llame motor.

—¿Y has venido en ella desde tu lejano país?

—No. Para eso se necesitaría fuerzas de gigante y yo soy un pigmeo… Y además, hubiese envejecido en el camino.

Arana pareció darse cuenta entonces de que el forastero se hallaba de pie y se hizo a un lado franqueándoles el paso.

—Pero dispensa. Te tengo ahí de pie sin pensar que estarás cansado y hambriento. Pasa y descansarás.

Indicó Arana un asiento al recién llegado, hizo seña al soldado para que se retirase y se dirigió al sargento:

—Usted pase, sargento, y póngase de guardia ahí en la puerta para que nadie nos interrumpa.

Volvió entonces Arana al recién llegado e hizo un gesto al teniente Oramas para que se acercase.

—Te presento al teniente Benito Oramas, comandante de este aparato volador. Yo soy el comandante Luis Arana, jefe de todo esto y del otro que se mece en las aguas del lago. ¿Cómo te llamas tú y qué eres?

—Yo me llamo Murt Fang, pero no tengo mando en ningún sitio. Soy un simple ciudadano de Bakaida, el país subterráneo. Mi país es un país desgraciado y yo intenté cambiar su suerte. Quería que saliésemos a vivir en la superficie, en la claridad y que la administración fuese más clara y esto me perdió, pues me vi perseguido y si no hubiese huido rápidamente me hubiesen destrozado y echado a los dragos.

—¿Qué son los dragos, Murt Fang?

—Unas bestias feroces, pero que están amaestradas. Hacen servicio de vigilancia y les gusta demasiado la carne humana…

—¿Y qué es lo que deseas de nosotros, Murt Fang?

—Que me deis asilo. Ellos no pararán hasta hallarme y si pueden me matarán.

—Lo malo es que cuando se enteren que estás aquí vendrán a buscarte y si no te entregamos nos matarán a todos…

Arana realizaba su comedia a perfección, simulando al final un temor que se hallaba lejos de sentir. Y Murt Fang respondió con una carcajada estentórea.

—¿Mataros ellos a vosotros cuando si queréis con mover un solo pie los podéis aplastar? Vos otros, los hombres que voláis y lanzáis rayos de muerte, sois invencibles. Ellos lo saben y os temen. Ellos saben que habéis destrozado a los turasai, que también poseían rayos de muerte y eran mucho más numerosos que vosotros…

—¿Hace mucho que has salido de Bakaida?

—¡Mucho!. El sol se ha puesto tras las montañas desde entonces veintidós veces justas.

—Has corrido mucho.

—¡Sobre el hielo se puede correr mucho si se lleva un buen trineo

y equipos de recambio y sólo he descansado cuando era de noche! Al final fui reventando todos los animales.

—¿Cómo no se te ocurrió ponerle un motor a tu trineo? Te hubiese ayudado y no hubieses reventado a los animales.

—Te he oído dos veces esa palabra motor. ¿A qué te refieres?

—¿Jamás has visto uno?

—No puedo decirte si lo he visto o no, por que no sé lo que es.

—Un motor es algo que se pone en una canoa o en unos carros que llevan ruedas o simplemente unas esferas y hacen que se muevan rápidamente de un lugar a otro sin necesidad de enganchar en él ningún animal. ¿Has visto alguno? ¿Sabes ya lo que es?

—No. No lo he visto.

—¿Cómo van en Bakaida las canoas?

—A fuerza de remos e impulsadas por la fuerza de la corriente. Pero si viviésemos en la superficie podríamos cruzar los lagos sin esfuerzo alguno poniendo velas a las embarcaciones. Los patines también pueden llevar vela y no son necesarios los animales. ¿Es a eso a lo que tú llamas motor?

La expresión de Murt Fang era de ingenuidad y orgullo a la vez, pero tan bien expresado que, a no conocer Arana lo que conocía sobre Bakaida, a no haber visto el grado de civilización en que vivían, hubiera resultado engañado; pero así no pudo contenerse, y saltando de su asiento se expresó con cierta violencia:

—¡Eres un embustero, Murt Fang! ¡Has entrado mintiendo y no estoy dispuesto a tolerarlo! ¿Qué es lo que buscas aquí? ¡Habla claro y pronto, antes de que te lo tenga que decir yo, porque su tal caso será bastante peor para ti!

Arana no pudo saber la impresión que sus palabras causaron en Murt Fang. Este pareció continuar su comedia y sus ojos giraron en las órbitas con temerosa expresión, yendo sus miradas de Arana a Oramas y de éste a aquél, mientras se cogía a los brazos del sillón en que se hallaba sentado como si ellos pudiesen protegerle.

—No sé lo que quieres decir. Yo sólo he dicho la verdad, y si no me crees pueden arrojarme aunque mis compatriotas me maten...

—¿Crees que voy a ser tan tonto que te eche libremente de aquí una vez has visto que has fracasado? ¿Por qué no me hablas de vuestro ejército, de vuestros cañones, de las ondas ultrasonoras, de los submarinos? Yo lo he visto todo por mis propios ojos y no puedes engañarme.

Creyó Arana que aquellas palabras bastarían para vencer a Murt Fang, pero no fue así, continuando éste su comedia, apareciendo en su rostro una expresión de comprensión.

—¡No conozco esas cosas de que hablas, pero también yo he oído hablar de ellas porque las poseen en un país lejano, y tú tal vez nos

has confundido con ellos. O tal vez las has visto en el inaccesible país de los turasai y ello te lleva a confundirte...

—Eres un cínico, Murt Fang, y para que reflexiones te voy a encerrar en un calaboso y despídete de ver la luz hasta que no me digas la verdad.

¡Pero si yo te he dicho la verdad! ¡Puedes creerme! Eres tú el que estás confundido porque tal vez hayas recibido informes falsos. Mi pueblo es más instruido que el de los hombres grises, pero no puede compararse con los turasai o los otros que te he dicho...

¡Basta!

La voz de Arana se expresó con tal violencia que el arúe calló instantáneamente, cesando en sus protestas, y Arana se dirigió entonces al sargento Daoiz:

—Encierre a este hombre en el calabozo más oscuro que tengamos, sargento, en un lugar donde no pueda ver la luz del sol, donde se convenza de que ha perdido todas sus posibilidades...

Adelantó el sargento Daoiz hacia Murt Fang, y éste se levantó del asiento que ocupaba con perezoso ademán y resignado gesto

—Vamos, amigo, sígame,..

Pero no había terminado Daoiz su frase cuando la fingida pereza de Murt Fang se tornó en rápida y violenta acción, atacándole con un duro golpe al rostro. Daoiz apenas si tuvo tiempo para iniciar la esquivada, saltando de lado para salirse de la trayectoria del golpe; mas, pese a la rapidez de su acción, aún fue alcanzado, saliendo lanzado con fuerte ímpetu contra una de las paredes de la cabina, contra la que golpeó de cabeza, cayendo luego al suelo conmocionado.

Volvióse entonces el arúe contra Arana, pero éste, al ver la agresión de que hacía objeto a Daoiz, habíase preparado, y el puño de Murt Fang se perdió en el aire sin hallar su objetivo. Arana vio el momento, y con la precisión que le caracterizaba, atacó, asiendo a Murt Fang por una de las muñecas, retorciéndosela violentamente hasta que los huesos del arúe crujieron, haciendo lanzar a su dueño un aullido de dolor. Tiró entonces el arúe fuertemente de su miembro lastimado, y por su gran corpulencia dio la sensación de que iba a arrastrar tras sí a Arana, pero éste, en impecable posición de pies, resistió firme para atacar seguidamente con un duro golpe de pie a uno de los tobillos de su contrincante.

Pese a la protección del traje de malla metálica de Murt Fang, el fuerte dolor le obligó a levantar la pierna lastimada, perdiendo estabilidad y el momento fue aprovechado por Arana para girar sobre sí sin soltar la muñeca del arúe, aplicándole una llave de lucha con la que lo volteó sobre su espalda para lanzarlo disparado por el aire contra una de las paredes de la cabina, chocando violentamente de cabeza con ella y aterrizando de bruces sobre el suelo. Arana temió

por unos momentos que la cabeza del prisionero había quedado deshecha, pero su sorpresa fue grande al ver que el arúe se levantaba, aunque con paso vacilante y expresión un tanto extraviada, pero dispuesto a continuar la lucha, luciendo en su rostro una expresión salvaje, aterradora...

Arana echó mano a su pistola eléctrica, dispuesto a contener al agresivo prisionero, pero ya Daoiz se levantaba también medio repuesto del golpe, saltando seguidamente como un tigre contra su agresor, haciéndole volverse bruscamente primero para luego acertarle con un golpe en «crochet» en el que el sargento descargó toda su ciencia boxística y sus 78 kg. de peso, haciendo que el arúe se derrumbara fulminado.

—¡Caramba, Daoiz, ignoraba que tuviese usted tanto genio!

—Creo que jamás me lo habían puesto tan a prueba como en esta ocasión...

—¿Y no le habrá causado demasiado daño?

—No, señor. Ese tipo es duro como un coriáceo, y a no ser porque usted lo había ablandado ya, hubiera encajado el viaje como si le hubieran dado con merengue. ¡Mírelo! ¡Ya se mueve! ¡Nos mira con rencor, pero parece darse cuenta de que está ya vencido! Y ahora le voy a pedir un favor, comandante. Déjeme que lo interrogue yo....

—¿Confías en poder sacar partido?

—Sí —respondió el sargento arrastrando las sílabas, mirando con fijeza no exenta de crueldad al caído, que trataba de levantarse—. Antes de ingresar en la Policía Exterior, pertenecí a la Policía Gubernativa y hube de hacer algunas prácticas..., y llegué a hacer responder a un leño. Sí, ya sé que no es muy elegante, pero en la vida práctica, a veces debemos olvidarnos de la ética y todas esas cosas. A los seres nobles se les debe tratar con la mayor nobleza, pero a los reptiles de este tipo que ha querido meterse entre nosotros con el engaño, debemos darle su merecido... Si consideran que ustedes no deben enterarse de estos procedimientos, pueden salir y dejarme solo con él.

—¿No temes que pueda revolverse?

—No. Antes me sorprendió y, además, estaba entero. Ahora es muy diferente.

Mientras Arana y Oramas salían, dejando al sargento Daoiz solo con el prisionero, aunque dispuestos a no alejarse por si su presencia era necesaria, el sargento tomaba al prisionero con afectuoso ademán, ayudándole a levantarse primero y acompañándole después hasta el mismo sillón donde había estado sentado.

—Vamos, amigo. Usted es fuerte y eso no ha sido nada. Es como una broma para que se convenza que aquí no valen extravagancias... Pero yo le aprecio y no se volverá a repetir.

Mientras hablaba, Daoiz había hecho sentar al arúe en el sillón, y sin dejar de emplear con él su tonillo afectuoso, lo había esposado por los brazos a los brazos del sillón, imposibilitándole prácticamente para todo conato de resistencia.

—Así estará más cómodo y desechará ideas que podrían costarle caras. Yo sé cuidar a la gente que me es simpática y usted me lo ha sido. Y ahora, cuente. ¿A qué ha venido usted aquí? Porque, entre nosotros, eso que ha contado es pura «filfa»... Yo también he visto sus cañones y he percibido las ondas ultrasónicas y no me puede engañar...

Murt Fang alzó su vista, clavándola en el rostro de Daoiz que le contemplaba a su vez con expresión escrutadora, y trató de reanudar la comedia.

—Ya les he dicho que padecen un error... Mi pueblo desconoce esas cosas...

Pero Daoiz no le dejó terminar, alzando su mano y descargándola con terrible rapidez en las mejillas del prisionero con un movimiento de abanico que la hizo oscilar a un lado y a otro brutalmente, desconcertándole, atontándole. Al cesar la sucesión de chasquidos, Daoiz volvió a interrogar con bondadosa expresión:

—¿No te has convencido aún? A mí me desagradan estas cosas, pero tú eres un terco y al fin no lograrás nada. Sabemos más de lo que imaginas. Tu misión de espionaje para conocer nuestras defensas, el ataque que tenéis dispuesto... ¿Hablas?

Murt Fang sentíase mareado y hubo de hacer un llamamiento a su resistencia, a su voluntad de vencer y apretó la boca como si quisiese impedir que le traicionara, alzando los ojos con expresión desafiadora; pero Daoiz se hallaba dispuesto a vencer la obstinada resistencia rápidamente y atacó de nuevo en la misma forma que lo había realizado antes, haciendo que la cabeza de Murt Fang girase vertiginosa a un lado y a otro, dando la sensación de que iba a ser arrancada de su sitio, obligando a su propietario a cerrar los ojos para tratar de resistir, haciéndole percibir la sensación de que el cerebro golpeaba, suelto de su sitio, en las paredes del cráneo.

—¡Bas...ta! ¡No puedo más...!

Las últimas palabras salieron precedidas de un gemido, y la cabeza de Murt Fang colgó hacia adelante con los ojos cerrados, tal que si hubiese perdido toda noción de vida.. Mas Daoiz lo tomó del pelo, sacudiéndolo brutalmente hasta hacerle abrir los ojos.

—¡Déjate de comedias, estúpido! Habla de una y ganarás. Ten en cuenta que estás a nuestra merced y que los tuyos no podrán ayudarte... ni vengarte, porque serán arrollados si se deciden a atacar. Quien te dio esta misión te hizo un flaco servicio, debe ser uno de tus mayores enemigos...

Daoiz no conocía los sentimientos de rivalidad del Ras Hamura para Murt Fang y disparó al azar. Sus prácticas de policía, el conocimiento de las disensiones entre los hombres que trabajan juntos, que sirven una misma causa, le había demostrado que a veces tales tiros daban en la misma diana y aquella vez acertó. Murt Fang se estremeció visiblemente, acusando el golpe, fijando sus ojos muy abiertos en los de Daoiz, que, dándose cuenta de lo que sucedía en el ulterior de su antagonista, movió la cabeza afirmativamente, como si estuviera al cabo de la calle de todo.

—Sí, amigo, sí. Es tu peor enemigo y es justo que le correspondas. El te ha enviado a una muerte segura, pero nosotros estamos dispuestos a que él fracase en sus designios y en que vayáis por la senda de la paz. ¿Hablarás?

Murt Fang, vencido, hizo un gesto de asentimiento, y el sargento Daoiz se dirigió con paso mesurado hacia la puerta, abriéndola y dirigiéndose a Arana y a Oramas.

—Ya pueden pasar… Es un buen chico, bastante comprensivo y no me ha sido difícil convencerle…

CAPITULO VI

COMBATE EN EL AIRE

EL comandante Luis Arana, satisfecho de la rápida evolución que se iba produciendo en los hombres acorazados desde que habían afincado en Turasai, dentro del Gran Cráter, de comprobar lo bien que iban adaptándose a la civilización que los turasai habían alzado, estrechó la mano de Doc-Lam, trepando luego a la carlinga de la «zapatilla volante» que le aguardaba. Y antes de salir hizo una advertencia al veterano jefe:

—Es posible que las tierras en torno a la «montaña sagrada» sean invadidas y que el pueblo de los bakaidos, que viven muy lejos, nos ataque y se mantenga cercándonos, tratando de apoderarse de nuestros dos navíos voladores…

El jefe de los hombres acorazados interrumpió a Arana con ademán severo, majestuoso.

—Sois nuestros aliados y amigos, y vuestros enemigos son también nuestros enemigos. Si os atacan, nosotros caeremos sobre ellos y los destrozaremos y no permitiremos que os estorben en vuestros trabajos.

—Eso es lo que no quiero que hagáis. No quiero que tu pueblo derrame una gota de sangre y mucho menos que el curso de la civilización, que tan bien vais asimilando, se detenga. Quiero que si ellos vienen permanezcáis encerrados aquí dentro y que únicamente si os atacan, os defendáis. Diez hombres te bastarán para defender la entrada del gran pasadizo, y si peligraran esos hombres, harás que se retiren y volaréis la entrada, cegándola y ya la volveremos a abrir.

—Pero yo no puedo permanecer aquí de brazos cruzados mientras vosotros corréis un peligro.

—El verdadero peligro sería extender la guerra a vuestro pueblo y que se perdiera lo que habéis ganado. Prométeme que no saldrás a menos que yo te lo diga…

El leal Doc-Lam dudó por unos momentos, pero al fin respondió:

—Te lo prometo si por tu parte prometes que en caso de necesidad me avisarás…

—Prometido —respondió Arana solemnemente—. Y ahora, hasta pronto, amigo mío.

—Hasta pronto, hermano…

Cerró Arana la carlinga sobre su cabeza, y a una orden suya, la

«zapatilla voladora» despegó silenciosa, elevándose rápidamente y desapareciendo por la circunferencia de nevadas montañas que formaban el Gran Cráter. Una vez realizada su misión sentía una verdadera inquietud, deseoso de hallarse entre los suyos, dispuesto a dirigir la defensa ante el inminente ataque de los habitantes de Bakaida. Murt Fang había hablado y revelado la parte que conocía de los planes del Ras Hamura, y aunque había costado, se le habían sacado bastantes datos, algunos de ellos como la existencia de una aviación, totalmente ignorados por los hombres de la Tierra. Murt Fang había hablado también de los motivos que el Ras Hamura y su favorito Tod Dongo ponían como pretexto para justificar la agresión, y Arana le había respondido sarcástico:

—¿Y os habéis tragado ese anzuelo? Yo me he acercado con ánimo de conoceros y ofreceros mi ayuda para salir del difícil momento que se nos presenta a todos, pero que yo puedo salvar con facilidad, elevándome y alejándome de vuestro planeta; pero a mí me duele dejar a tanto ser a expensas de lo que puede suceder, condenados a una horrible muerte casi segura. Y esto se podría evitar con sólo pedir auxilio por radio al planeta Tierra. ¿Conoces el alcance de vuestras emisoras?

—No estoy seguro de que puedan atravesar la capa atmosférica que nos envuelve aunque se realizan ensayos para lograrlo. Pero Ras Hamura procura mantener secretos esos adelantos. Toda esa cuestión la dirige su ministro Tod Dongo y lo guardan celosamente como «secreto estratégico», con pena de muerte para el que descubra algo…

—Es que si las emisoras que poseéis tienen potencia suficiente para atravesar la totalidad de capas atmosféricas que envuelven el planeta, con poca más potencia pueden llegar a la misma Tierra, y si no a la Tierra, a las aeronaves siderales que continuamente cruzan el espacio o las islas interplanetarias. Y logrado esto, no tardarían en acudir en nuestro socorro, y antes de que llegara el momento peligroso, todo vuestro pueblo, el pueblo de los hombres acorazados y más que hubieran, estarían establecidos en otro planeta que pertenece a nuestro sistema y que os ofrece unas seguridades y unas posibilidades inmensas. ¿Por qué no vuelves a tu pueblo y les dices esto?

Murt Fang sonrió amargamente:

—No conoces a Ras Hamura. No me daría la menor posibilidad. Si la tuviera no vacilaría; en exponer, en sacrificar mi vida por ella, pero no la tengo. No me dejarían siquiera pisar terreno de Bakaida. En cuanto vieran que había abandonado el puesto de combate que me han asignado, me acusaría de traidor y cobarde y haría que se me ejecutase aun antes de llegar a Bakaida. No dejarían que me pusiera al frente de mis legiones de «bárbaros», porque les podría hacer temblar.

Ellos temen la simpatía de que gozo en Bakaida y más desde que soy el prometido de su bella hermana Yio Pai, tan buena como él malo y amada por todos…

—¿Y no podríamos llegar hasta Yio Pai?

—Ella no os creería. Ella cree que su hermano es bueno, que son los alrededores los que lo estropean. El fraternal cariño que le tiene la mantiene ciega en este punto y ni aún a mí me tolera la más leve insinuación en ese sentido…

Después de tal conversación, Arana había realizado febrilmente los preparativos de defensa, advirtiendo luego a los hombres acorazados, señalándoles el camino a seguir; y tras realizar la gestión, sintióse aliviado al divisar la isla planetaria, posada tranquilamente en la orilla del lago y un kilómetro escaso de ella el *Escorpión Azul*, dispuesto a actuar a la menor señal de peligro.

Una llamada insistente le arrancó de la placidez de sus pensamientos. Era la señal de llamada y la contraseña de la isla interplanetaria, y a poco la voz de Oramas llegaba a su oído.

—¡Atención, señor! ¡Teniente Oramas desde el puesto de mando de la isla interplanetaria a comandante Arana en el «E. V. —5»! ¡Mucha atención!

Arana comprendió que el temido momento se cernía ya sobre ellos y respondió serenamente:

—Le atiendo, teniente Oramas. Aquí comandante Luis Arana a bordo del «E. V. —5», en viaje de regreso. ¿Qué sucede?.

—La patrulla número dos comunica por medio de la cadena que una masa de aviación de más de quinientos aparatos ha salido de las bases de Bakaida en esta dirección. La velocidad que llevan, ligeramente superior a los cuatro mil kilómetros por hora, les permitirá cubrir la distancia en poco más de cuatro horas. Aguardo instrucciones…

—Que las patrullas de vigilancia regresen velozmente y que los puestos de la cadena continúen su misión sin moverse ni dejarse ver. Y dispongan la pista de aterrizaje, pues ya llego…

Y al llegar a la isla le aguardaba al comandante Arana una desagradable sorpresa. Don Damián Naranjo se hallaba en el puesto de mando conversando con el teniente Gramas, y tanto sus ademanes como su expresión revelaban una tribulación poco corriente.

—¿Qué sucede? ¡Me imagino que debe ser alguna cosa descabellada de Sarita… Perdón, no he querido molestarle…

—Aunque me moleste, no tengo más remedio que reconocer que tiene usted razón, comandante. Durante los últimos días he observado en ella algo extraño, pero no le hice demasiado caso. Sus arranques nerviosos, producto del exceso de mimos que se le han dado, han llegado a acolcharme un poco… Pero parece que esta mañana ha

salido apenas se hizo de día y aún no ha regresado ni nadie sabe dónde está. Se han enviado exploradores por tierra y por el aire y no se la encuentra. Varios hombres acorazados y varios hombres sintéticos, especializados en seguir huellas, han tratado de hallarla y también han fracasado… Y estoy desesperado, y su madre me va a volver loco, y para colmo de males me ha informado el teniente Oramas que no tardará en desatarse el primer ataque por aire de las gentes de Bakaida.

—Así es, señor Naranjo. Siento lo que ocurre casi tanto como usted. Ya sabe lo mucho que su hija significa para mí. Sin embargo, tendremos que olvidarnos de ella por el momento. No puedo exponer a nadie a que quede fuera durante el ataque, a merced del enemigo y de sus bombas…

—¡Yo mismo saldré!

—No se lo permitiré, señor Naranjo… Cuando sea el momento de salir a buscarla, lo haré yo personalmente, y en adelante le prometo que no le daré ocasión a que pueda ocurrir algo así…

La voz de Arana era dura, colérica, y el señor Naranjo musitó tratando de calmar su ánimo:

—Yo lo lamento, pero debe comprenderme… Es mi hija.

—Le comprendo perfectamente y me agradaría ofrecerle una solución inmediata. Se lo merece usted, pero es imposible.

—¿Han disputado ustedes últimamente?

—Sí. Ella me censuró porque me preocupaba la salvación de los pobres habitantes de este planeta…

—Lleva una temporada que no tiene más idea que volver cuanto antes a Madrid. Es como una obsesión… Siente el ansia de volver a su mundo, de sentirse segura a su lado. Ella no comprende la responsabilidad que pesa sobre usted…

—Le aconsejo que vuelva a su puesto, señor Naranjo, y procure que el trabajo le haga olvidar lo demás. Así el tiempo se le pasará sin sentirlo y ya llegará el momento de preocuparnos de ella. Ahora le ruego que me perdone.

Las radio-teléfono comenzaron a funcionar continuamente al quedarse solos el comandante Arana y el teniente Gramas, recibiendo del *Escorpión Azul* instrucciones precisas y recibiéndose en el puesto de mando a cada momento noticias sobre la aviación enemiga que volaba y que había sido incrementada con nuevos núcleos que se le habían unido en diversas partes del territorio, saliendo de sus aeródromos subterráneos.

—Vamos a tener sobre nosotros una fuerza aérea que oscilará entre los mil doscientos y los mil quinientos aparatos. Ignoramos sus tácticas de guerra, pero es de suponer que si tratan de apoderarse de la isla interplanetaria y del *Escorpión Azul*, procurarán estropearlos lo

menos posible. Tratarán de emplear las ondas ultrasónicas y es bien poco lo que podemos oponer a ellas.

—Pero según los informes que ha dado Murt Fang, las ondas ultrasónicas que emiten los aparatos tienen bastante menor alcance que las proyectadas por ellos para su defensa en Bakaida.

—Sí. Y ya he contado con ello. El *Escorpión Azul* no corre peligro alguno, ya que tiene protección suficiente de rayos «G-Z», pero la isla sólo cuenta con un emisor instalado recientemente, y aunque la cubre totalmente, por algunos puntos se nos pueden acercar lo suficiente para que nuestra integridad corra peligro... Y hay que contar con que, si comprenden a lo largo de la lucha que no van a poder lograr su objetivo, no vacilarán entonces en destrozarnos con sus bombas y sus ametralladoras...

La espera fue transcurriendo cada vez más angustiosa a medida que se iban recibiendo noticias le la proximidad de la inmensa flota aérea, viviéndose en toda su intensidad la incertidumbre propia de tal situación. Las escuadrillas de vigilancia, compuestas de veloces «zapatillas volantes», regresaron también a la base, recibiendo inmediatamente repuesto de energía y cambiando sus tripulaciones, agotadas por el excesivo número de horas de vuelo, por tripulaciones frescas, quedando todos concentrados en el *Escorpión Azul*.

Las últimas estaciones que formaban la cadena acusaron el paso de la flota enemiga a menos de mil kilómetros, y Arana, junto con Oramas como auxiliar, después de echar un vistazo a todo, ocupó su sitio en el puesto de mando de la isla, pendiente de las comunicaciones que podía recibir y del movimiento de las saetas de su cronómetro que, con sus leves movimientos, le iban indicando que el peligro se acercaba inexorable.

Los detectores ultrasónicos y de «radar» acusaron la presencia de la formación enemiga, señalando su altura y su formación compacta, haciéndolo notar Arana a Oramas.

—¡Fíjese, teniente! Piensan arrollarnos seguramente sin encontrar gran resistencia, gracias a la proyección de sus ondas ultrasónicas, y avanzan en formación compacta, seguros de que nos van a desbordar rápidamente.

—Así es. El fracaso de la labor de Murt Fang debe haberles puesto furiosos, y su Ras Hamura, a quien tengo ganas de echar la vista encima, debe haber perdido la cabeza...

—Pues nosotros vamos a procurar que cuando la encuentra sea ya tarde... De la forma que vienen creo que podemos permitirnos el lujo de dedicarles un par de proyectiles dirigidos de nuestro famoso «ADI».

Rápidamente estableció contacto Arana con el *Escorpión Azul*, y en la pantalla del «visófono» apareció la imagen del teniente Prast, quien saludó a su jefe con una sonrisa amplia, optimista.

—Ya los tenemos ahí, señor, y tengo la corazonada de que les vamos a dar su merecido...

—Haremos lo posible por dárselo. Que las «zapatillas volantes» estén dispuestas para salir tan pronto yo lo ordene y dispongan dos «ADI» en los tubos lanzatorpedos de proa.

—Sí, señor. A la orden.

Al quedar establecida la comunicación entre los dos navíos siderales, Arana escuchó desde su puesto cómo el teniente Prast daba las órdenes y cómo rápidamente la tripulación le daba la respuesta de: ¡«ADI» dispuesto!

Y pudo observar Arana alegría en tal respuesta. Sabía la confianza que su gente tenía en tales proyectiles autodirigidos, y tras seguir por unos instantes la proyección en la pantalla de radar de la formación enemiga, dio muevas órdenes:

—¡Atención, teniente Prast! ¡Dispongan los tubos lanzatorpedos en ángulo de cuarenta y dos grados!...

La orden fue repetida en el *Escorpión Azul*, llenando la nave sideral con la animación propia de los momentos de lucha, mientras en la isla interplanetaria manteníase un silencio casi absoluto, oyéndose únicamente el palpitar de la maquinarla en actividad.

Arana, pendiente de la pantalla de «radar», dio la orden:

—¡Tubo número uno, fuego! ¡Tubo número diez, fuego!

La estela de los proyectiles dirigidos se perfiló en la pantalla, trazando la línea de su avance silencioso!. ¡Pudo comprobar Arana que el primer proyectil entraba en contacto con la masa de aviación enemiga, situándose debajo de ella, según habían sido dirigidos por el propio teniente Prast desde su cabina y que el segundo de los proyectiles alcanzaba la cabeza de la formación, siendo ligeramente rebasado por ésta. Era el «segundo Cero», y las dos formas ahusadas explotaron con espantosa violencia, pudiéndose apreciar la lividez del fogonazo, pese a la luz del sol. El estruendo de las explosiones fue registrado por los detectores acústicos, y apenas desvanecido el humo, aparecieron dos espantosos claros en la compacta formación de aviones, mientras el aire se llenaba de menudos fragmentos, restos de los aparatos, y buen número de aparatos que, aunque conservando su estructura, resultaron seriamente afectados, se precipitaban en el espacio, describiendo trágicas trayectorias, que fueron terminando en la tierra en medio de fuertes explosiones, en tanto en el aire producíanse nuevas explosiones de las dotaciones de bombas de algunos aparatos, que explotaban a consecuencia del excesivo calor producido por las dos primeras.

Un estentóreo «¡Hurra!» brotó de las gargantas de los seres de la Tierra, presos de viva euforia ante tan fácil victoria; y Arana, sin dejarse arrastrar de un fácil optimismo, cursó nuevas órdenes a tiempo

que observaba que la aviación enemiga, después de la dura experiencia, se dispersaba.

—¡Atención, teniente Prast!

—A la orden, señor.

—Dé salida a las «zapatillas volantes» y que se eleven por encima de esa masa. Que empleen la nueva energía desintegradora sin temor, pero que se protejan con los rayos «G-Z». Ordéneles, además, que no se acerquen más de lo preciso y que no quiero locuras. Es mucha la cantidad de enemigo que tenemos delante y se habrá de combatir durante algunas horas. Una escuadrilla deberá permanecer siempre de reserva por encima de donde se luche. Que tengan en cuenta nuestros pilotos que los aparatos enemigos deben tener bastante menos «techo» que los nuestros y que, por tanto, deben tirar de ellos hacia arriba, donde les será bastante más fácil batirlos.

—¡Sí, señor. A la orden.

Sabía Arana que todos los pilotos se hallaban suficientemente curtidos y que posiblemente ninguno de ellos necesitaría tales instrucciones, pero después se darlas se sintió más tranquilo y se dispuso a presenciar la lucha tras ordenar que se iniciase la emisión de rayos «G-Z», formando una barrera protectora con ellos sobre la isla.

Las «zapatillas volantes» fueron proyectadas al espacio desde el *Escorpión Azul*, y tanto Arana como Gramas siguieron su vuelo con expresión de ansiedad, viendo, con la ayuda de sus potentes gemelos, cómo se remontaban, ganando rápidamente altura hasta llegar a dominar por la misma a la formación enemiga, dividiéndose entonces para caer como halcones sobre la presa relativamente fácil que eran los aviones de Bakaida, que, aunque veloces, no podían competir con los de la Tierra.

Pronto se llenó el espacio de humo y llamas producidos por los aviones heridos de muerte, pero la reacción no se hizo esperar, y por cada «zapatilla volante» se vio en lucha un grupo completo de aviones bakaidos tratando de rodearlas, de envolverlas, de destrozarlas, aunque por su parte hubiesen de pagar un elevado precio, y por unos instantes percibió Arana que la angustia le atenazaba la garganta. Hubiérale gustado, en vez, de mantenerse allí, haber tomado parte directa en la lucha, pilotando una de las veloces «zapatillas»...

El brusco ataque da los aviones bakaidos pareció poner en peligro a un par de «zapatillas», que por unos instantes quedaron envueltas, mientras el resto tornaban a remontarse; pero el peligro fue prontamente despejado por las que habían quedado en reserva, dos de las cuales lanzaron sus emisiones de rayos desintegradores, a tiempo que descendían en auxilio de sus compañeros, despejándoles el campo.

Arana, satisfecho a medias, vociferó por medio de la radioteléfono, conectando con las «zapatillas»:

—¡Atención, «V. E. —7»! ¡Aténgase a las instrucciones recibidas y no se acerque tanto para atacar al enemigo! ¡Use el alcance de los rayos desintegradores, que los sabios han estado luchando en los laboratorios por darles a ustedes una mayor seguridad en la lucha!

—Sí, señor. A la orden...

Pese a la protección de los rayos «G-Z», los detectores fueron registrando la proximidad de las ondas ultrasonoras emitidas por los aviones enemigos, y por unos instantes las vibraciones producidas por ellas llegaron a percibirse en la cubierta y en uno de los flancos de la isla planetaria, haciendo que toda la estructura de la misma se estremeciera y que algunos hombres comenzaran a sentir los síntomas precursores de la nociva acción.

Arana, atento a todo, acudió al «visófono», conectando con la sala de máquinas:

—¿Qué sucede con el emisor de rayos «G-Z»? El sector oeste de la isla está acusando la proximidad de las ondas ultrasónicas y esto puede producir una verdadera catástrofe.

Él alerta de Arana produjo un eco de angustia en los ánimos de los que permanecían al margen de las actividades de lucha, angustia que subió de punto al producirse la respuesta por el altavoz:

—Padecemos una avería que no podemos localizar, señor, pero que reduce las posibilidades de emisión a poco más de la mitad.

—¡Aplique inmediatamente el detector «GAB»!

Un nutrido grupo de aviones enemigos, al comprobar que sus descargas de ondas ultrasónicas comenzaban a producir efecto sobre la isla y al no sentirse frenados por la emisión de rayos «G-Z», avanzaron valientemente, logrando que las vibraciones aumentasen de frecuencia, y Arana hubo de ordenar una nueva acción:

—¡Atención, sección B! ¡Emisión de rayos desintegradores i ¡Ángulo de proyección veintidós hasta cuarenta y cinco grados! ¡Fuego!

Los rayos, invisibles a la luz, surgieron, chocando contra las proas de las naves aéreas, produciendo entonces un espantoso fulgor, seguido de una serie de detonaciones que hicieron estremecer la tierra, desapareciendo como por arte de magia las primeras líneas de los aviones atacantes mientras las formaciones que les seguían viraban rápidamente para evitar ser blanco de los destructores rayos, tan efectivos a aquella distancia.

Pero los aviones enemigos, aprendida la lección, sometieron a un intenso bombardeo de ondas ultrasónicas a la isla interplanetaria, pero manteniéndose a una distancia prudencial donde no podían ser alcanzados por los rayos desintegradores, pero sí podían ir castigando la estructura de la isla.

Los aviones, sin cesar en sus maniobras, iban sustituyéndose unos

a otros, formando otros una especie de cubierta para evitar que llegasen las «zapatillas volantes», las cuales continuaban luchando con singular denuedo, derribando muchos aparatos pero viéndose continuamente semiasfixiadas por la enorme superioridad numérica, ya que, a reemplazar a los aparatos caídos, fueron llamadas nuevas formaciones que se incorporaron a la lucha.

Los aviones, en sus evoluciones, comenzaron a emplear sus pequeños cañones de proa y sus ametralladoras de grueso calibre, disparando contra la transparente cubierta de la isla con la esperanza de abrir brecha en ella para facilitar a las ondas ultrasónicas su labor; pero la aleación de metal transparente de que la cubierta de la isla estaba construida, y que era apta para resistir el choque de los meteoros, no sufrió el menor daño de los impactos, resbalando los proyectiles para ir a morir en las aguas del lago o en la tierra.

Pero no por ello disminuyó el peligro, y viendo Arana que el emisor de rayos «G-Z» no restablecía totalmente su emisión, hubo de llamar en auxilio de la isla al *Escorpión Azul*, el cual aproximándose a la isla, la cubrió con la emisión de sus rayos.

Domo Range, jefe de las Legiones Especiales de Bakaida, en quien tanto el Ras Hamura como su ministro Tod Dongo tenían puesta su confianza, dirigía desde su avión la operación y comenzaba a desesperarse al ver que sus intentonas, que sus tanteos, iban siendo reducidos uno tras otro mientras los efectivos que había puesto en juego quedaban diezmados, e hizo avanzar un grupo de aviones-torpedos, haciendo cesar entonces la emisión de ondas ultrasónicas para lanzar a los aviones sobre el objetivo.

Eran pequeños aviones, superveloces y cargados de un alto explosivo y a los cuales se vio descender como flechas en busca del objetivo dispuestos a estrellarse contra él, destrozándose pero destrozándolo. Eran conocidos con el nombre de aviones-suicida y requeríase en verdad un valor suicida para tripularlos, ya que el piloto, por el choque de una onda que emitía el aparato con el objetivo, salía proyectado al aire automáticamente con su cabina al llegar a una distancia de cincuenta metros de aquél, convirtiéndose la cabina en un paracaídas, con lo que, si el piloto tenía la suerte de ser respetado por la onda explosiva y la metralla, tenía ciertas posibilidades de salvarse.

Lanzados los aviones suicidas, por un instante se recibió la impresión de que iban a ser capaces de vencer la barrera de rayos «G-Z» y estrellarse contra el objetivo, atravesando la cubierta de la isla para hacer explosión dentro de ella. La potencia de penetración de tal arma logró una extrema comprensión de los rayos, pero finalmente éstos lograron resistir la fuerte embestida y los aviones explotaron metros antes de chocar contra el objetivo, librando a éste su propia

dureza y los rayos «G-Z» de la penetración de la metralla, pero quedando destrozados los pilotos y los aviones suicidas que fueron llegando atrás.

Domo Range, al ver que su arma favorita le fallaba, se sintió vencido y por unos momentos pensó retroceder. Pero en su mente aparecieron los acusadores rostros del Ras Hamura y de Tod Dongo. Sabía que si regresaba fracasado perdería todo su favor y acaso la vida, todo ello dentro de la vergüenza de la derrota, y no quiso sentirse humillado cuando aún le quedaba alguna probabilidad.

Ordenó entonces el avance sobre el objetivo de los aviones de bombardeo superpesado, verdadera maravilla de la ingeniería aeronaval, y ordenó que lanzasen su poderosa carga. Confiaba en el peso de las bombas para lograr algunos impactos, si no directos, sí lo suficientemente cercanos para que iniciaran la labor demoledora, y ordenó también a los aparatos productores de ondas ultrasónicas para que estuviesen dispuestos.

Una verdadera nube de gruesos proyectiles comenzaron a descender, dando la sensación de que iban a cubrir irremediablemente a la isla interplanetaria y al *Escorpión Azul* y Arana ordenó a su vez la emisión de rayos desintegradores con el ánimo de destrozar las granadas, haciéndolas explotar en el aire.

Por unos instantes, los alrededores de los dos navíos siderales quedaron convertidos en una verdadera bola de fuego, formada por incesantes explosiones que rarificaron el aire tornándolo irrespirable, dando la sensación de que había llegado el final de todo lo existente en un par de kilómetros a la redonda, y muchos de los proyectiles, lanzados fuera del objetivo y que no encontraron la barrera de rayos «G-Z» ni los rayos desintegradores, explotaron contra la tierra, produciendo enormes cráteres, lanzando al aire toneladas de tierra y piedras, envolviéndolo todo en hamo y tierra, otros explotaron en el agua, levantando verdaderas trombas del líquido elemento, haciendo cabecear al *Escorpión Azul*, dando la sensación de que se iba a llegar a un rápido final. Pero la tormenta fue resistida, y al minuto después de haberse iniciado, Arana que no había perdido su sangre fría, comprendió que había ganado la batalla.

Desesperado, Domo Range sintió también que lo que había considerado como victoria segura, se le había ido de las manos; pero sabiéndose perdido, lanzó entonces contra los objetivos una verdadera nube de paracaidistas, confiando que pudiesen llegar a colocar los paquetes explosivos de que iban provistos en los costados de las naves o que pudieran emplear contra ellas las emisoras ultrasónicas de tipo personal, pero pronto perdió la esperanza al ver que eran barridos, desintegrados en el aire, pese a la protección que les prestaban los mismos aviones que los habían lanzado.

Aquel era su último coletazo, y comprendiéndolo así, Arana se puso en contacto con el teniente Prast.

¡A la orden, señor!

¡Elévese con el *Escorpión Azul* y embista contra los restos de esa gente y destrócelos de una!

—¡Pero no podré maniobrar, señor!

—¡Ya lo sé y no se preocupe! Cuando vea que se aleja demasiado, haga máquina atrás…

Segundos después, el *Escorpión Azul*, por primera vez desde su llegada al planeta errante, se elevaba en el aire, dominando el espacio, embistiendo a los aviones que aún trataban de lograr algún impacto contra la isla, destrozándolos al chocar contra ellos, diseminándolos y poniéndolos en huida, mientras el tripulado por Domo Range, en un intento suicida, quedaba desintegrado en el aire, sobre la invencida isla…

Un «¡Hurra!» atronador surgió de las entrañas de la isla, y un grupo de seres, en cuyos ojos brillaba la más loca alegría, corrió al encuentro de Arana que, con rostro sonriente, salía de la cabina de mando dispuesto a comprobar si se había producido algún desperfecto.

CAPITULO VII

FELONÍA

LOS hombres de la Sección G-3 del ejército de Bakaida consideraron que habían tenido mucha suerte y que la presa lograda valía la pena de ser conducida ante Tod Dongo, el cual premiaría el buen servicio logrado. Y Sarita Naranjo, que se había alejado de la isla interplanetaria ansiosa de vivir con libertad, de demostrar a Luis Arana que podía vivir sin su ayuda y sin su protección, que había cobrado algunas piezas de cierto valor, se vio metida de lleno en la aventura y sin posibilidad alguna de decidir por sí la conveniencia de seguirla o de abstenerse. Un veloz avión la trasladó a la capital del extenso imperio subterráneo, y pese a lo que conocía por los relatos de los hombres que habían acompañado a Luis Arana en su expedición, se sintió presa del mayor asombro al ver por sus propios ojos la meticulosa organización y las extrañas peculiaridades del reino que podía haberse llamado de las tinieblas a no ser por la abundante luz artificial que existía por doquier, producida por los numerosos saltos de agua, caídos desde la superficie del planeta.

Pero no llegó Sarita Naranjo en buen momento, ya que el Res Hamura había recibido hacía escasamente media hora la noticia del estrepitoso fracaso de su flota aérea que había regresado dispersa, trayéndole la noticia de la muerte de su jefe el generalísimo Domo Range. Se había perdido un gran soldado, adicto en sumo grado, quedando las Legiones Especiales sin dirección, y lo que era peor, se había perdido una batalla y con ella lo más granado de sus fuerzas aéreas.

Las dos princesas, Yio Par y May Roana, no se atrevían a alzar la vista del suelo, mientras el Ras Hamura se desahogaba paseando arriba y abajo, soltando improperios contra todos.

—¡Farsantes! ¡Inútiles! Presumir de capaces cuando no es necesario ponerlo a prueba, es fácil, como es fácil arrastrar el espadón por los salones lucientes de metales... Pero derrotar a un enemigo inferior... eso no es tan fácil. Pero la culpa de la derrota es mía y sólo mía por fiarme primero en Murt Fang. Me agradaría saber lo que ha hecho allí: seguramente traicionarme, descubrir al enemigo nuestras intenciones, porque está claro que esperaban bien preparados. ¡Ah!, si hubiese hecho caso de los hombres de la Sección G-3, que me advirtieron a tiempo lo que podía suceder. Pero Domo Range estaba

demasiado seguro de triunfar, de aplastarlos... Las ambiciones..., quieren poder hablar conmigo de igual a igual. Menos mal que supongo que los extranjeros ejecutarán a Murt Fang y así me librarán de tenerlo que hacer yo...

Al hablar, miraba el monarca a su hermana Yio Pai, pero ésta no acusó el golpe, mostrando, al menos aparentemente, una serena indiferencia.

En tal momento de amargura para el Ras Hamura, hizo su aparición Tod Dongo, el cual después de inclinarse ceremoniosamente delante de las dos princesas, mirando un poco como cosa suya a Yio Pai, ya que a Murt Fang lo consideraba como eliminado, se acercó al Ras Hamura, y después de saludarle dignamente, mantuvo con él un aparte bastante sostenido, durante el cual los ojos del Ras brillaron alegremente unas veces, codiciosamente otras, con salvaje expresión las menos.

Cuando la conversación hubo terminado, el Ras se dirigió a las dos princesas:

—Os ruego que me dispenséis, pero debo quedarme solo con Tod Dongo. Hemos de interrogar a un prisionero. Sí, no os extrañe, un prisionero. No todo había de salir mal forzosamente y los hombres de la Sección G-3 han demostrado que saben estar en su sitio.

Levantáronse las dos princesas, disponiéndose a salir, y el Ras Hamura se dirigió a Tod Dongo:

—Haz entrar al prisionero.

Y Sara Naranjo penetró, vistiendo su traje masculino de zirconio y protegida la cabeza por la escafandra transparente, lo que lejos de restarle atractivo, se lo aumentaba por la nota de exotismo que representaba.

Las dos princesas se detuvieron unos instantes curiosamente en la puerta para contemplar a su sabor al prisionero, y sólo cuando su curiosidad estuvo satisfecha, se alejaron.

No pudo evitar Sarita que el temor que sentía al verse ante el Ras Hamura se reflejase en su rostro, pese a que el Ras había dispuesto su mejor talante, inclinándose cortésmente ante ella.

—No debe considerarse como nuestra prisionera, sino como nuestra amiga. Comprendo que usted habrá pensado que se las iba a tener que ver con unos salvajes trogloditas, pero verá que no hay nada de eso. Me agradaría verla sonreír y que esa expresión de susto desapareciera de su lindo rostro. Y si lo desea, puede desposeerse de la escafandra. El aire llega a nosotros filtrado y purificado de residuos tóxicos, y el respirarlo naturalmente no le perjudicará lo más mínimo.

Sintióse satisfecha Sarita y se desposeyó de la escafandra, quedando al aire su lustrosa cabellera, que se derramó sobre sus hombros, como una cascada, atrayendo las codiciosas miradas del Ras;

pero ella no pareció darse cuenta de tal detalle, manteniéndose en pie, sonriente. Por unos momentos pensó que tal vez no le resultara difícil convencer al Ras Hamura de lo equivocado de su actuación respecto a los hombres de la Tierra y que, con un poco de suerte, podría volver a la isla con una victoria entre sus manos, victoria con la que procuraría humillar a Luis Arana que no había sabido lograrla, demostrándole que ella, en algunas facetas, podía aventajarle.

—¿Puede darme noticias de uno de mis súbditos que se fugó hace bastantes días y que según noticias buscó refugio entre ustedes?

No esperaba Sarita que el Ras Hamura se interesara por el prisionero; sin embargo, deseó aprovechar la ocasión para derivar la conversación cuanto antes al terreno que a ella interesaba, y respondió:

—¿Se refiere al general Murt Fang, jefe de vuestras Legiones Bárbaras? Si es él, se halla prisionero, pero no deben temer por su vida. Está bien tratado y confío en que no tardarán en enviárselo en señal de amistad. Mis coterráneos se hallan bien dispuestos a favor de ustedes y desean ayudarles. Ellos conocen el próximo y trágico fin que aguarda a este planeta, comprenden perfectamente la angustia de ustedes y quieren unir sus esfuerzos a los de ustedes para salvarles.

El Ras Hamura cambió una mirada de inteligencia con Tod Dongo, y poniéndose repentinamente serio, respondió:

—Sí. Ya tengo pruebas de la buena voluntad de sus coterráneos hacia nosotros. No hace mucho más de dos «pods» llegaron los restos de mis aviones destrozados por ellos. Mis mejores escuadras aéreas han sido abatidas cuando les hacían una visita de cortesía…

Sarita sintió como si le golpearan con un mazo en la cabeza, y respondió tan pronto se hubo rehecho:

—¡No puedo creerlo!

—¿Quiere usted decir que miento? —preguntó el Ras con expresión en la que se adivinaba dureza.

—No he querido decir eso, perdone. Pero debe haber habido alguna mala interpretación. Tal vez ellos pensaron que ustedes iban a atacarlos…

—No podían pensar tal cosa. Avisamos y nuestra actitud era pacífica. Usted misma se convencerá hablando con el coronel Fuss Amur y luego conversaremos de nuevo. Acompáñala tú mismo, Tod Dongo… Vaya con él.

El acento del Ras era imperativo, y Sarita hubo de seguir al astuto ministro, saliendo con él del palacio a cuya puerta les aguardaba uno de los vehículos eléctricos que tanto le habían llamado la atención. Pero apenas si había tomado asiento en él cuando percibió una extraña sensación, un leve silbido, como el que ya percibiera en Turasai al iniciarse la emisión de las ondas ultrasónicas, y las piernas

comenzaron a flaquearle, sintiendo al mismo tiempo extrañas vibraciones en la cabeza, vibraciones qué fueron pasando a todo el cuerpo mientras su temperatura se elevaba y percibía una penosa sensación de ahogo. No le impidió todo ello observar que Tod Dongo no llegaba a sentarse y que su rostro expresaba el mayor espanto mientras saltaba del vehículo a tiempo que le tendía la mano a ella para ayudarla a saltar. Pero fue torpe y en vez de ayudarla la hizo tropezar, yéndose entonces ella de bruces, chocando su cabeza contra el suelo con ruido sordo, perdiendo la noción de la vida.

El ministro del Ras, al verla en el suelo, se inclinó sobre ella, comprobado que se hallaba desmayada, volviéndose entonces hacia uno de los departamentos de 1a planta del palacio, haciendo una imperiosa seña y la emisión de ondas ultrasónicas cesó instantáneamente.

Varios servidores que se hallaban previamente dispuestos, salieron a tiempo que, igual que Tod Dongo, se libraban los oídos de unos pequeños instrumentos que permitían resistir la emisión de ondas en los primeros momentos, y a una indicación del favorito del Ras, tornaron a la muchacha entre sus brazos, volviéndola a conducir a la antesala del Ras, de donde la tomó Tod Dongo, penetrando con ella en la pieza en que aguardaba impaciente el Ras.

—Todo ha ido perfectamente, señor —aseveró el favorito dejando el desmayado cuerpo de la muchacha en un amplio sillón.

—Está bien. Di a las princesas Yio Pai y May Roana que las aguardo. Quiero que sean ellas las que la atiendan y le administren la droga. Mi hermana Yio Pai es quien mejor la conoce y sabe dosificarla. Es necesario que esta mujer nos diga lo que Murt Fang no ha sido capaz de descubrir…

Cuando minutos más tarde entraron las dos princesas seguidas por Tod Dongo e instruidas por éste sobre los deseos del Ras, mostrábanse ambas contrariadas, y si May Roana no se atrevió a decir nada, Yio Pai se enfrentó valientemente con su hermano.

—Eso que vas a hacer con esa muchacha es indigno y no estoy dispuesta a ser yo quien le administre la droga.

—Tú le administrarás la droga porque yo lo ordeno —respondió el Ras con dureza—. Necesito saber qué es lo que ha dicho Murt Fang a los extranjeros y cuál es el secreto de que éstos nos hayan vencido pese a su inferioridad numérica. ¿O es que temes sus revelaciones? Piensas seguramente que tu dios va a tambalearse en el pedestal donde lo has puesto y quieres que al menos yo lo ignore.

—No temo nada. Sabía que lo enviabas a la muerte porque te estorbaba y me resigné a perderlo. Y celebro que haya sido capaz de no caer en una trampa tan burda como la que tú y Tod Dongo le habéis tendido.

—Es mejor que no hables tanto, Yio Pai y que actúes antes de que ella recobre el conocimiento. Y te aseguro que saldrás ganando. Ya sabes que te quiero y te reservo un brillante porvenir…

—Hasta hace poco sí creía en ti, y si alguien me señalaba tu doblez, pensaba que los cegaba la envidia de verte tan alto, pero ahora he comprendido que tenían razón. Pero sé que estoy en tus manos y debo obedecer, aunque pienso que no fue este camino el que te señaló nuestro augusto padre al morir…

Sin añadir palabra más, la princesa preparó la pócima que se le pedía y con mano temblorosa se acercó a Sarita que comenzaba a dar señales de vida, entreabriendo los ojos y mirando en torno a ella con vaga expresión.

—Tome esto, querida. Le hará sentirse mejor…

Al hablar, Yio Pai había tornado entre sus manos la cabeza de Sarita, apoyándola luego en su brazo diestro mientras con la mano libre le alargaba la copa, apoyándosela en los labios y ayudándole a beber.

Sarita sorbió el líquido, primero con desmayo, luego con avidez y no tardó en incorporarse en su asiento, contemplando a los que la rodeaban con extraña expresión, tal que si no recordase lo que había sucedido.

—¿Qué ha sucedido? .

—Nada. Un pequeño accidente. Las aeronaves de sus coterráneos que han aparecido sobre nosotros y ha habido que contenerlas con una emisión de ondas ultrasónicas. Y ha sucedido todo tan rápidamente que no hubo tiempo de dar la alarma y prevenirles —respondió el Ras.

—Quiero que disculpe mi torpeza —se apresuró a intervenir Tod Dongo—. Por mi culpa se ha dado usted un golpe en la cabeza…

—Sí. Ahora recuerdo… ¿Y para qué habrán venido las aeronaves? Tal vez me están buscando.

Imaginarán que me tienen ustedes aherrojada en una mazmorra… Es para reírse… Y sin embargo…

Sarita comenzó a sonreír, mostrando cierta estupidez en la expresión, y las dos princesas hubieron de apartar la mirada para que la joven no adivínase sus expresiones de disgusto y pena. El Ras tomó asiento junto a Sarita y le habló en tono suave, afectuoso:

—Y sin embargo, estoy seguro que a nuestro Murt Fang no lo habrán tratado con excesivo cariño y que hasta lo habrán torturado…

La droga comenzaba a hacer su efecto en la joven, impulsándola a hablar sin tino, y respondió prontamente a tiempo que reía estúpidamente:

—¡Je, je! Eso no lo puede saber nadie porque el jefe lo ha llevado en el más completo secreto. Si acaso lo sabrá alguno de sus

colaboradores más directos. Pero no me extrañaría que lo hubieran maltratado porque se está volviendo violento y cruel…

El rencor que había anidado en el subconsciente de Sarita en aquellos últimos tiempos afloraba a la menor ocasión propicia, apenas perdida la consciencia a consecuencia de la droga injerida.

—Seguramente lo habrán maltratado porque Murt Fang es duro y se habrá resistido a darles información…

—Es posible, pero ellos se la habrán sacado. Ahora recuerdo que a raíz de la llegada de Murt Fang comenzó allí una actividad inusitada y que el jefe, que suele preocuparse poco de mí, desde entonces se preocupó menos.

Las dos princesas, como mujeres, sintieron la tragedia íntima de Sarita y miraron con expresión de vivo reproche a los dos hombres, pero éstos no se dieron por aludidos, y el Ras continuó su interrogatorio:

—Sin embargo, les admiro. Poseen adelantos extraordinarios y saben servirse de ellos. Nosotros, comparados con ustedes, estamos por civilizar. Son ustedes tan superiores que con sólo mover un dedo nos desharían. Por eso les tememos.

—No lo crean. Son los rayos «G-Z» los que nos dan la superioridad en la lucha porque no les permite acercarse. Oí que discutían eso. Les aventajamos también por la velocidad de nuestras aeronaves… Eso es todo. Porque luego, nosotros poseemos los rayos desintegradores, pero eso queda compensado por sus ondas ultrasónicas, sus maravillosas ondas ultrasónicas. Yo les tengo verdadero pánico. Existen otros detalles, pero en realidad no tienen importancia. Yo creo que todos deberíamos ser amigos y así ustedes se salvarían y podrían ir a residir en un mundo mejor. Oí que él decía esto…

Pero el Ras Hamura no deseaba que las dos princesas escucharan tales cosas y lanzándoles una mirada de inquietud, cortó la verborrea de la muchacha.

—Está bien, pero no hable tanto, porque le fatigará. Acompáñala, May Roana y tú, Tod Bongo. Que descanse y se tranquilice y vigilad bien su sueño para que nadie lo turbe ni pueda escucharla…

Obedeciendo los dos personajes aludidos por el Ras y al quedarse frente a frente éste y su hermana, aquélla le contempló con expresión de viva inquietud:

—¿Qué piensas hacer, Hamura? No me agrada lo que leo en tu mirada…

—Eres muy sagaz, Yio Pai y serás siempre mi mejor auxiliar. Te aseguro por mi parte que no lo perderás. Así que puedes preparar el otro brebaje.

—¡No! Es un crimen, un verdadero crimen y no estoy dispuesta a ser tu instrumento.

—Lo serás. Y no seas tonta, hermana. Estoy dispuesto a compensártelo bien. Puedes pedirme a cambio lo que quieras...

—No quiero nada, porque no lo haré.

—Sí lo harás. En cambio, estoy dispuesto a echar un borrón sobre la traición de Murt Fang y que nadie sepa nada de ella. Puede él volver a su puesto y hasta ocupar la jefatura de las Legiones Especiales. Tiene capacidad sobrada para ello.

—¿Y crees que podrás convencer a Tod Dongo para que olvide?

—Tod Dongo hará lo que yo le pida y si no, peor para él.

—¿Y crees que me olvidará a mí? He leído en sus ojos que me tiene ya como cosa suya... y no estoy dispuesta a consentirlo.

—Déjalo que crea lo que quiera. Ya se apeará del burro y si no, lo haremos apear nosotros. ¿Aceptas el trato? Creo que el premio, bien lo merece.

—Acepto el trato —respondió Yio Pai con ronca voz, sintiendo como si algo se rompiera dentro de ella y teniendo que salir precipitadamente de la pieza para que su hermano no viera aflorar las lágrimas a sus ojos.

* * *

Sarita Naranjo daba la impresión de ser un autómata por la forma de producirse, de mirar, de hablar y el Ras Hamura, antes de que la muchacha subiera al avión, cuando tenía puesto el pie en el primer peldaño de la escalerilla, tornó a remacharle las consignas para que quedaran quebradas en su cabeza, de la que en realidad no era dueña debido a una segunda droga suministrada, droga que anulaba todo vestigio de voluntad.

—No lo olvides. El te odia, desea deshacerse de ti y si no tienes cuidado te matará. Debes atacar tú antes de que eso ocurra y matarlo. Pero no te detengas ahí porque sus compañeros te ejecutarán. Debes volver con nosotros que te protegeremos, pero antes debes destrozar las centrales productoras de rayos «G-Z», esos rayos de que me has hablado. Deberás hacerlo primero en el *Escorpión Azul* y luego en la isla interplanetaria. Y para que no pueda entorpecer tu labor deberás servirte de esos trajes invisibles de que me has hablado. No quiero que te arriesgues... Luego nos iremos todos donde tú quieras y viviremos libres y felices...

Mientras el Ras hablaba, empleando su más persuasivo acento, la muchacha hacía afirmativos movimientos de cabeza, incapaz de razonar ni de comprender nada que no fuera lo que le dictaban. Y el Ras continuó:

—Y ahora sube. Mi hermana te acompañará para protegerte y siempre tendréis cerca mis mejores hombres para lanzarse en vuestro

socorro a la menor señal de peligro. Hasta pronto…

—Hasta pronto —respondió Sarita mecánicamente, a tiempo que se encajaba la escafandra.

Como un autómata subió a la carlinga, sentándose en uno de los asientos, contemplando desde él a los monstruosos bárbaros que se movían en torno al aparato, desviando luego sus miradas para contemplar las piedras que cerraban el horizonte, las luces que daban la sensación de hallarse en pleno día.

La princesa Yio Pai, ataviada de una forma similar a como iba Sarita, saltó de un vehículo recién llegado y se adelantó hacia el avión, viéndose detenida en el camino por su hermano, al cual ocultó el gesto de contrariedad que su presencia le producía,

—No olvides mis instrucciones Tu papel junto a la muchacha, es fácil Basta con que le recuerdes continuamente lo que debe realizar. Podrías hacerlo tú, pero ello te expondría a un contratiempo mientras que ella podrá acercarse fácilmente, sin despertar sospechas, a los lugares donde deben producirse los sabotajes. Y cuando todo esté realizado, que se las arreglen con ella como puedan, aunque no les daremos demasiado tiempo para actuar. Tan pronto el sabotaje esté preparado, debes salir de allí, a ser posible con Murt Fang, sin aguardar a que se haya producido porque podrían deteneros. Los hombres de la Sección G-3 estarán aguardando para comunicar la nueva e inmediatamente, nosotros, que estaremos preparados, nos lanzaremos. Confío en tu habilidad para que todo salga bien y no vaciles en prometer, ni en hablarles de mi buena disposición para con ellos, lamentando no habernos conocido antes. Les puedes anunciar mi próxima visita, cosa en la que no les mientes y en señal de amistad, ofrecer el canje de la muchacha por Murt Fang. No vacilarán en aceptar y así encontrarán plausible que tú la hayas acompañado.

—Descuida. Sé muy bien lo que debo hacer. Me lo has repetido miles de veces y sólo quiero que luego cumplas tú lo que has prometido. El punto más difícil es que se traguen la píldora sobre el estado de la muchacha. Una vez resuelto eso, lo demás no me preocupa lo más mínimo. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta pronto y suerte!

No escuchó Yio Pai las últimas palabras de su hermano; sentía repugnancia de él, de sí misma y en aquel momento de crisis en que sus sentimientos eran sometidos a una tan dura prueba, no estaba muy segura tampoco de su cariño por Murt Fang, al que, en su fuero interno, por mucho que al principio había intentado disculpar, había comenzado a tachar de débil y cobarde, Sólo esperaba ver cómo reaccionaba en su presencia, sobre todo cuando le informase de la maniobra que por encargo de su hermano debía dirigir.

Lentamente subió la escalerilla, penetrando en la carlinga del

avión y una vez en ella se dejó caer en el asiento, junto a Sarita, a la cual dirigió una mirada a tiempo que le acariciaba la espalda, atrayéndola luego cariñosamente hacia si.

—¿Cómo te encuentras, querida?

—Me encuentro perfectamente, aunque noto todo esto extraño. Jamás había visto casa igual.

—¡Porque estás, acostumbrada a vivir al aire libre. A mí también me gustaría vivir así y es posible que en el futuro podamos hacerlo. Y me agradaría perder de vista a estos horribles monstruos que son los hombres bárbaros. Obsérvalos un momento.

Alguno de los bárbaros que trabajaban en torno al avión, habían venteado la carne humana y miraban hacia las dos muchachas con expresión inquieta, haciendo que Sarita buscara refugio en el brazo de Yio Pai.

—No temas. Estando conmigo no se atreverán a nada. Y apenas lo intentasen caerían los dragos sobre ellos y los destrozarían. Estos bárbaros son antropófagos, pero saben que están bien vigilados y no intentarán nada.

—¿Y cómo pueden existir unos seres así? ¿Por qué no se les educa?

—Porque a los que dirigen Bakaida y hacen guerras les interesa conservarlos así. Cuando hay lucha basta mantenerlos con escasa comida para que estén hambrientos y lanzarlos luego. No hay nada que les detenga, porque el hambre no les deja reflexionar. Ellos no ven al enemigo como lo podría ver un ser normal y aborrecerlo o compadecerlo; querer luchar o no querer hacerlo. Estos sólo ven en el enemigo presas que les aplacará el hambre, comida, la más apetitosa para ellos, de la que normalmente se ven privados. Y jamás chaquetean, ni sienten compasión ni odio. Sólo buscan destrozar y destrozar, cazar presa tras presa para repartírselas luego...

—¡Pero eso es horroroso!...

—Tú lo has dicho. Horroroso... —El avión comenzó a trepidar al ser puestos sus motores en marcha y el piloto se volvió en dirección a la princesa, aguardando que ésta diera la señal de partida, señal que Yio Pai se apresuró a dar, deseosa de ponerse en camino cuanto antes.

Con verdadero asombro vio Sarita cómo la capa de rocas que tenía delante se abrió, partiéndose por el medio y corriendo hacia ambos lados hasta dejar la abertura suficiente para que el avión, de gran envergadura, pudiera salir. Inmediatamente se inició la marcha, deslizándose la aeronave sobre el piso metálico y al llegar a la puerta, las pasajeras recibieron la sensación de que la aeronave daba un salto, viéndose en el espacio avanzando a una velocidad que parecía mucho mayor de lo que realmente era, por ir próximos a la superficie del planeta. Sarita se volvió a tiempo para ver cómo las rocas volvían a

quedar encajadas, no presentando la menor fisura que pudiera denunciar lo que guardaban en sus entrañas. Y se dio cuenta también, que la salida quedaba a cierta altura del piso, en una masa roquera para evitar que los aviones, al perder el contacto con la pista, pudieran destrozarse contra las rocas.

Yio Pai, un tanto obsesionada con las ideas que la atormentaban, deseando apartarlas de sí, reanudó la conversación interrumpida por la salida del avión:

—Según parece, hace centenares de años, estos seres no eran así. Eran aproximadamente como esos hombres grises que viven en las estribaciones de la montaña sagrada. Seres primitivos que vivían construyendo tribus, que luchaban contra las fieras por su existencia, que cazaban y que, en ocasiones, guerreaban entre sí por los terrenos que consideraban necesarios para su sustento. Fueron estos seres los que nos echaron, mejor dicho, los que echaron a nuestros antepasados de los terrenos próvidos donde vivían y desarrollaban una civilización bastante adelantada ya. Pero como nuestros antepasados eran minoría y estaban divididos por luchas intestinas, sucumbieron en su mayoría y un grupo reducido hubo de refugiarse en una serie de cuevas, en terrenos pedregosos, teniendo por vecinos a los hielos inclementes y a los pocos animales que viven en ellos y de los cuales hubieron de alimentarse al principio. Lentamente, la rueda de la civilización se puso de nuevo en marcha y pensaron que debían tener una servidumbre y capturaron a algunos de los que eran sus enemigos, sometiéndolos a esclavitud, adiestrándolos en las tareas rudas, y también lentamente, por medio de injertos, de una alimentación adecuada y de un severo entrenamiento, fueron cambiando su naturaleza hasta convertirlos en estos terribles seres que has visto, auténticas fieras racionales, pues, aunque te parezca mentira, son bastante inteligentes y razonan, si bien se les mantiene al margen de toda instrucción elemental, sumidos en el analfabetismo, instruyéndoles únicamente en aquello que resulta indispensable para que den un rendimiento. Los varones, normalmente, son destinados al servicio de las armas mientras tienen juventud y las mujeres y los viejos son dedicados a las tareas del campo, a la carga y a la descarga y a otras labores rudas. Y así hasta que mueren, aunque no alcanzan un buen nivel de vida debido al hacinamiento en que se les tiene. Y como guerreros son inapreciables, pues además del valor y la fidelidad, son invulnerables a las armas primitivas por la dureza que se les ha conseguido dar a sus escamas, las cuales detienen flechas y armas de ese tipo e incluso, gracias a una especie de caucho natural que tienen debajo de las escamas de la misma forma que nosotros tenemos la grasa, no llegan a penetrarles los proyectiles de fusil ni de pistola. Y el caucho les hace invulnerables a los rayos eléctricos, pues

les sirve de aislante. Por eso ellos pueden ir a pie por la red de pistas metálicas que cruzan el territorio de Bakaida mientras nosotros tenemos que ir en vehículo o vestir ropas especiales…

—¿Y no teméis que un día puedan rebelarse y devoraros?

—No, porque viven separados por puertas de mallas metálicas que no son capaces de traspasar y porque los dragos, sus terribles enemigos, que son esos animales de tipo reptilesco que has visto, nos protegen. La experiencia de la rebelión de los hombres de piedra de Turasai nos sirvió de lección a nosotros, aunque ya habíamos tomado nuestras medidas. Y aquí tal prueba les resultaría imposible. Antes de llegar a nosotros quedarían reducidos a nada y podrían ser dominados con facilidad…

Sarita pareció meditar unos instantes para decir luego lentamente:

—La verdad es que no sé cuál de las dos razas es más fiera, si la de ellos o la vuestra…

Yio Pai pareció, por unos instantes, a punto de estallar en cólera, sintiéndose lastimada en su orgullo de raza, pero tras reflexionar, respondió dulcemente :

—Hace muy poco tiempo me hubiese ofendido y te hubiese castigado, pero actualmente comprendo que tienes razón. Las verdaderas fieras somos nosotros…

CAPITULO VIII

EL ESPEJO GIGANTE

EL comandante Luis Arana contempló con verdadero asombro el avión que, por medio de radioteléfono, y lanzando la contraseña correspondiente a la isla, como si tratase de dar a conocer sus pacíficas intenciones, pedía pista en la isla, para aterrizar. Lo hacía en idioma arúe, tan parecido al turasai, y, al apercibirse de que no obtenían respuesta llegó a oídos de Arana una voz harto conocida: la de Sarita Naranjo. El comandante experimentó una viva emoción y ya iba a responder afirmativamente, disponiéndose a dar órdenes para que abriesen una de las compuertas, cuando la reflexión le contuvo. ¿Y si era una simple añagaza y se valían de Sarita para que les abriera brecha? Y volviendo atrás, respondió:

—Continúen volando, describiendo círculos en torno a la isla hasta que se les ordene.

—¿Es que no me conoces, Luis?

—Te he reconocido inmediatamente, pero debo tomar mis medidas. Que continúen volando según he dicho, reduciendo la velocidad al mínimo hasta que podamos daros entrada...

Arana dio órdenes al telegrafista para que se pusiera en contacto con los puestos de observación, para que informasen si se había producido algún movimiento, pero uno por uno, todos los puestos respondieron negativamente y el comandante español, tranquilo en este sentido, requirió la ayuda del alférez Sacristán y el sargento Santi, tomaron cada uno un motor personal y el último un detector de explosivos y se lanzaron al espacio por una de las compuertas de la isla, volando en dirección al avión bakaido, advirtiéndoles primeramente de sus intenciones.

Los tres hombres de la Tierra pasaron en pleno vuelo al interior del avión y mientras Arana y Sacristán saludaban a Sarita y a la princesa Yio Pai que les fue presentada, el sargento Santi, acompañado por uno de los aviadores arúes, hacía un minucioso reconocimiento del avión hasta estar bien seguro de que no ocultaba nada que pudiera perjudicarles. Al terminar el reconocimiento se dirigió al comandante:

—A la orden, señor. No hay novedad alguna.

—Está bien, gracias, sargento. Comunique con la isla para que nos preparen la pista de aterrizaje número dos...

Apenas llegado al avión de los bakaidos había notado Arana que

Sarita no era la misma. No le había recibido con la efusión de otras veces y tal cosa no era propia del carácter desigual y apasionado de ella, incapaz de guardar rencor a nadie, y a él menos que a nadie. Habíala notado también como si se hallase ausente de sí misma, sin tomar parte en la conversación más que con simples monosílabos, despreocupada por todos, sin tan siquiera preguntarle por los padres y tal actitud llegó a hacerle sentir una viva inquietud. ¿Qué podía haberle sucedido durante aquellas horas de ausencia en que había sido hecha prisionera por los bakaidos, si bien éstos, actuando de una manera desconcertante, se apresuraban a devolverla?

Esta parte de la incógnita fue la primera en quedar despejada, tan pronto como, una vez llegados a la isla y mientras Sarita corría al encuentro de sus padres que habían sido previamente avisados, el comandante Arana y la princesa Yio Pai celebraron una entrevista sin testigos en el puesto de mando de la isla.

—¿En qué puedo servirle, princesa? Porque su venida a este lugar no ha sido por satisfacer una mera curiosidad, sino por cubrir un determinado objetivo.

Los ojos de Arana se fijaron en el rostro de la princesa tal que si tratase de descubrir sus menores pensamientos y ella, poco acostumbrada a sentirse escrutada, vaciló unos momentos, temiendo que aquel hombre de aspecto sencillo e imponente a la vez, pudiese descubrir el complot tramado. Tratando de ocultar el desasosiego que la dominaba, respondió aparentando tranquilidad:

—Va usted derecho al objetivo, comandante, y e aseguro que no me desagrada su franqueza. Contra lo que usted pueda pensar, sentía viva curiosidad por conocerles. La sentí desde que el primero de sus aviones voló sobre nuestro territorio de Bakaida. Pero tiene usted razón, no es ese mi principal objetivo. Usted ha pensado que no se regala un prisionero, máxime después de una derrota y quiere saber el precio, aunque no ha querido ofenderme planteando la cosa con esta claridad.

—Por favor, princesa. Sé que en el mundo quedan aún almas hermosas...

—Y yo bien quisiera ser una de ellas y haberle traído a su prometida sin compensación alguna a cambio, pero la necesidad me obliga a no ser tan desinteresada. Quiero un cambio de prisionero por prisionero. Sí, ya sé que Sarita no debiera ser considerada en realidad como prisionero, ya que fue raptada en el territorio que ustedes dominan y que, sin embargo, Murt Fang trató de sorprenderles en su buena fe...

—Así es. Y nos hubiera sorprendido a no haber realizado yo una expedición por el interior de su subterráneo país, lo que me permitió descubrir desde el primer momento que mentía. Me basta con que

usted comprenda que no debiera ser así para que yo acceda al canje. Pero antes de entregarlo quisiera estar seguro de que él desea irse con ustedes, que desea regresar a Bakaida, sobre lo que tengo mis dudas...

—¿Y por qué no va a querer regresar? El que haya fracasado en su difícil misión no va a mermar lo más mínimo su prestigio y por su espíritu de sacrificio ha sido ascendido, pasando a ocupar la plaza más codiciada del Ejército de Bakaida.

—Es posible, princesa, pero tal vez él no lo crea así. No quiero adelantar una respuesta que únicamente él debe darle, pero para que pueda usted comprobar que actúo con lealtad yo lo haré venir a él, y usted, que estará escondida, escuchará directamente su respuesta. Para que no crea que yo lo preparo, no me moveré de aquí y daré delante de usted la orden para que lo traigan.

Pulsó Arana un zumbador, apareciendo en la puerta del puesto de mando el sargento Santi, que se había quedado allí de guardia por orden del comandante y éste ordenó escuetamente, en idioma turasai para que pudiera entenderle la princesa.

—Traiga al prisionero, sargento.

—Sí, señor. A la orden.

Desapareció el sargento y Arana señaló a la princesa un sillón que quedaba oculto por una especie de biombo, y en el cual solía reposar el radiotelegrafista de guardia.

—Siéntese ahí, princesa. Podrá ver y oír todo sin ser descubierta. Sea cual sea la respuesta de Murt Fang, le agradeceré que se abstenga de salir. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo, comandante.

Transcurrieron unos minutos hasta el regreso del sargento Santi conduciendo al prisionero, el cual, libre de ligaduras, quedó ante Arana en actitud arrogante, casi desafiadora.

—¡Siéntese, general. Lo he hecho venir para darle una buena noticia. Es usted libre. Cuando quiera puede abandonar este lugar, bajo promesa de que no actuará contra nosotros durante el tiempo que nos queda de estar en este planeta y que no será muy largo. Y quedaría relevado de tal promesa si nosotros atacásemos a su país, cosa que no pienso hacer, pese a la agresión de que hemos sido objeto. Así, estoy dispuesto a devolverlo a Bakaida.

Luis Arana había hablado lentamente, empleando el idioma de los turasai para que la princesa Yio Pai pudiera entenderle bien y Murt Fang, al escucharle, permaneció silencioso, mirándole fijamente, tal que si no hubiera entendido o no creyera las palabras del hombre de la Tierra.

Pero no tardó en reaccionar, poniéndose lentamente en pie, dominando casi a Arana con su imponente estatura.

—¿Volver a Bakaida? No. Yo no quiero volver allí. Me asesinarían

posiblemente antes de llegar.

—¿Y si yo le garantizo su vida?

—Es absurdo pensar en eso, pero de todas formas no deseo volver. Ni tampoco deseo ir a parte alguna de este planeta. Están todos condenados a una muerte cierta y yo quiero vivir. Deseo quedarme entre ustedes, aunque me consideren su prisionero y marcharme cuando ustedes se marchen. Yo puedo ser útil en su país.

—¿Y no sería mejor que volviese con los suyos e intentase volverles a la razón? Tal vez, si les convence, pueden aún salvarse todos...

—Usted no conoce aquello y por eso habla así y yo no quiero exponerme. Mi vida vale para mí más que todo eso... Deseo continuar siendo su prisionero y que me lleven en el rincón más oscuro de esta isla. Todo es preferible a volver a aquel reino de las tinieblas...

La voz de Murt Fang pareció quebrarse y Arana, comprendiendo la tensión a que Yio Pai debía estar sometida, dio por terminada la conversación, llamando al sargento Santi para que se llevara al prisionero.

—Está bien, general. Vendrá usted con nosotros, si bien siento tener que mantenerle encerrado como medida de precaución. Pero tan pronto nos hayamos elevado será usted libre...

—Gracias, comandante...

Apenas hubo traspasado Murt Fang la puerta de salida, cerrándola Santi tras ellos, el comandante Arana llegó hasta donde la princesa Yio Pai se hallaba. La princesa se había puesto en pie y su rostro denotaba una viva agitación interna, pese a los esfuerzos que realizaba por permanecer serena.

—Siento haberle dado este mal rato, princesa, pero ya lo ha oído. No quiere volver con ustedes, quiere salvarse. Es muy lógico. Pero no quiero valerme de esto para que la señorita Naranjo nos sea devuelta sin pagar rescate y espero señale lo que desea. Si está en nuestras manos pagarlo, lo pagaremos.

—Naturalmente que está en sus manos, porque se la regalo. No creo que ella valga mucho más que Murt Fang y éste, corno habrá visto, vale bien poco. Todo se derrumba ante mí —continuó con expresión de amargura, tal que si hablase consigo misma—, y es porque hemos vivido de una forma ficticia, de espaldas a la realidad. El miedo y la ambición desmedida han sido los motores que nos han movido y la crueldad uno de nuestros procedimientos para conseguir unos fines poco justos y comenzamos a pagarlo... En cuanto a Murt Fang, celebro haberle conocido a tiempo. Le creí distinto, pero es como los demás, egoísta y cobarde...

—Yo lo lamento...

—¿Y por qué ha de lamentarlo? Tal vez ustedes se beneficien con

todo esto.

—¿Y por qué nos habríamos de beneficiar? No hemos venido a este planeta en plan de conquista ni de dominio y me agradaría ayudarles a salvarse del triste final que les espera y que seguramente conoce, ¿no es eso?

—Sí. Pero ahora ya no me preocupa.

—Debe ser valiente, princesa. Si ustedes nos ayudan, empleando sus emisoras de radio, podríamos hacer llegar aquí navíos siderales e islas interplanetarias semejantes a ésta, suficientes para, en breves días, poderles arrancar a todos ustedes de aquí.

—¿Y cree usted que eso vale la pena, comandante?

—¡Naturalmente que sí! ¿Por qué no es usted nuestra mediadora con su hermano, el Ras Hamura?

—¿No pretenden llevarnos ustedes a otro lugar para esclavizarnos?

—¿Cómo puede pensar eso? ¿No ha visto cuál ha sido nuestra conducta desde que estamos aquí?

—Quiero pensar antes de decidirme. Si nos lo permite, nos quedaremos aquí un par de días que aprovecharé para visitar a los hombres grises de Doc Lam para pactar con ellos y antes de marcharme le responderé. Pero dígame, comandante —¿Qué haría de no acceder a sus pretensiones?

—Posiblemente recurrir a la fuerza. No estoy dispuesto a que los hombres grises, como ustedes los llaman, perezcan teniendo su salvación al alcance de mi mano…

* * *

Sarita Naranjo hallábase con la princesa Yio Pai, en el camarote que le había sido designado a ésta y sus manos se tendían, quedando ocultas por un par de trajes invisibles, los cuales ofreció a su amiga.

—¡Mira! ¡Son trajes que tienen la virtud de hacer invisibles al que los lleva, aunque esto parezca increíble. Nuestra civilización ha llegado en muchas cosas a conquistas que vosotros no os atrevéis a imaginar. Es un tejido de una fibra sintética, absolutamente negro, por lo cual no refleja la luz corriente y nuestros ojos no son capaces de percibirlo.

—¡Ahora comprendo! Eran trajes de este tipo los que llevaban vuestros expedicionarios cuando lograron penetrar en Bakaida. ¡Fueron muy listos y por eso no pudieron darles caza, pese a haber empleado las ondas ultrasónicas! Pero esto es maravilloso!… Ahora podernos estar seguras de que triunfaremos y de que nuestro odio quedará satisfecho… Pero no lo matarás como habías pensado. Nos lo llevaremos y así disfrutaremos de una agonía lenta. Nos lo llevaremos

a él y a Murt Fang, ese traidor, cobarde...

—Tengo miedo... —murmuró Sarita como en sueños.

—¡No debes temer nada. Yo te protegeré siempre si eres obediente. Tú continúas odiándole, ¿no es eso? Le odias y le desprecias.

—Sí. Le odio y le desprecio.

—Pues con eso basta. Vamos. Ponte tú un traje y yo otro... Nuestro centro de operaciones será nuestro propio avión...

—Pero no podrá salir.

—Saldrá. Confía en mí.

En silencio, terminaron las dos mujeres de vestir los trajes invisibles y juntas, cogidas de la mano, salieron del camarote, llegaron hasta el avión de Bakaida, donde mientras Sarita aguardaba, Yio Pai ordenó a uno de los pilotos:

—Comunicad a mi hermano que disponga el ataque, que ya inicio la operación y estad dispuestos para salir tan pronto el trabajo esté realizado.

—Sí, Alteza. Seréis obedecida inmediatamente.

Deslizáronse entonces las dos mujeres hacia el camarote de Luis Arana, pero sufrieron la contrariedad de que se hallaba cerrado, sin que, pese a sus esfuerzos, pudieran abrirlo y Yio Pai ordenó a Sarita:

—Haz una señal o llámalo para que se dé cuenta de que eres tú y te abra. Yo me encargo de lo demás...

Sarita dio la impresión de que vacilaba, pero Yio Pai ordenó:

—¡Vamos, es preciso!

Movió entonces Sarita el picaporte, dando unos suaves golpecitos a la puerta a tiempo que llamaba:

—Abre, Luis. Soy yo...

Pasaron unos segundos de incertidumbre al cabo de los cuales se abrió la puerta, apareciendo en ella Luis Arana, quien al no ver a su prometida hizo un gesto de extrañeza. Pero no tuvo tiempo para más, ya que Yio Pai, actuando con impresionante rapidez, le lanzó una ampolla de gas tóxico a la cara mientras ella se retiraba de nuevo El comandante español se debatió por unos instantes bajo la influencia del gas, tratando de asirse a la puerta y pedir auxilio, pero la princesa bakaida le dio un violento empujón, haciéndole caer en el interior del camarote, penetrando luego con Sarita y cerrando por dentro.

—Ya tenemos uno —exclamó con salvaje alegría—. Ahora lo amarraremos bien e iremos por el otro.

Pero de nuevo Sarita pareció vacilar. El pálido rostro de Luis, desmayado por la influencia del gas, tenía algo de conmovedor, despertando en ella ecos que se hallaban dormidos por la influencia de las drogas que le habían sido suministradas. Y se rebeló:

—¡Es Luis! ¡Es mi Luis y no toleraré que se le haga daño alguno...!

Yio Pai alzó la cabeza asombrada y en la expresión de Sarita leyó que la conmoción sufrida por ésta al ver a Luis en tal estado la había enajenado a su dominio. Comprendió que estaba perdida si no actuaba con rapidez y arrojó una nueva ampolla de gas al rostro de la muchacha. Esta pareció que iba a saltar, reflejándose la angustia y el furor que sentía, pero vencida por el tóxico, se desplomó sobre el cuerpo de Arana.

—¡Estúpida! Rebelarse a última hora. Tal vez sea mejor así…

Con precisión da movimientos, desposeyó a la muchacha del traje invisible, lo vistió a Arana y tras dejarla a ella atada y amordazada para cuando despertara y escondida debajo de la litera para que no la descubrieran, tiró del cuerpo de Luis, arrastrándolo fuera del camarote. Tras cerrar éste, tiró nuevamente del cuerpo de Arana y arrastrándole penosamente lo llevó hasta el avión.

—Haceros cargo de él y subirlo. Tú, Rol Frang, deberás vestir ese traje invisible y ayudarme…

Desechó Yio Pai por improductiva y peligrosa la idea de llevarse a Murt Fang y decidió terminar el trabajo cuanto antes. Acompañada de su piloto y portando las cargas explosivas, llegó hasta el emisor de rayos «G-Z» de la isla y depositó en lugar adecuado una de las cargas.

—Este emisor quedará inútil dentro de dos horas. Ahora vamos por lo más difícil: los del otro navío.

Yio Pai había sido bien instruida por Sarita durante las muchas horas de inconsciencia de ésta y sirviéndose de la invisibilidad, logró apoderase de dos motores invisibles. Y no resultó difícil, aprovechando la salida de una de las patrullas de vigilancia, salir al exterior de la isla. Pero hubieron de aguardar largos minutos antes de que una de las compuertas del *Escorpión Azul* se abriera para dar salida a una escuadrilla de «zapatillas volantes». Aprovechada la ocasión, los dos seres se deslizaron hasta llegar a los productores de los rayos «G-Z», repitiendo el trabajo hecho en la isla con las cargas explosivas.

Pero no podían abandonar el navío sin que su acción fuese notada y acurrucados en cubierta, dominados por espantosa angustia, hubieron de dejar transcurrir el tiempo hasta que la entrada de una nueva patrulla les dio la posibilidad de salir. Quedaban pocos minutos para que las explosiones se produjeran y sin penetrar en la isla, Yio Pai se puso en comunicación con los pilotos que habían quedado en el avión.

—Vuestro Real hermano se ha puesto ya en camino y llegará a la vista del objetivo al despuntar el día…

—Está bien. Aguardad a que se produzcan las explosiones y apenas esto haya ocurrido para estar seguros de nuestro éxito, salid. Atacaréis con los emisores de rayos desintegradores que os he dejado

y la cubierta abrirá espacio suficiente para que salga el avión. No vaciléis un segundo. Nosotros nos uniremos a vosotros en el aire...

El tiempo transcurría lento para los bakaidos, pendientes de las explosiones, mientras los hombres de la Tierra, ajenos a la traición de que habían sido objeto, realizaban sus servicios de vigilancia con meticulosidad, aunque un tanto adormecidos por la costumbre, aguardando que despuntara el día para reanudar el trabajo que les acercaba a la liberación, a la salida del planeta errante. Y Luis Arana, recobrado ya del efecto de los gases tóxicos, pero amarrado, totalmente inutilizado para actuar, sentía pasar el tiempo con verdadera angustia, sin saber qué era lo que se iba a producir, pero comprendiendo que la traición les preparaba un golpe de gracia. Y lo que más le dolía era que Sarita había tomado parte en ello, porque indudablemente, era ella quien había llamado, quien había logrado que le sorprendieran... Sí, era ella, a la cual había notado totalmente cambiada desde su regreso..., Y también Sarita, inutilizada, escondida, consciente del papel que había desempeñado, aunque contra su voluntad, gemía bajo la mordaza temiendo por Luis y por todos a los que sabía bajo una terrible amenaza. Y aunque tardíamente, lamentó su arranque que la había llevado a caer en manos de los bakaidos

De improviso se oyó una terrible explosión en el *Escorpión Azul*, sonando inmediatamente las sirenas de alarma y no había hecho Oramas más que levantarse de su asiento para ponerse en comunicación con el navío sideral, dispuesto a saber lo sucedido para enviar ayuda si era necesaria, cuando en el interior de la isla se produjo también la explosión y en la pantalla del visófono apareció un rostro contraído por un gesto do alarma y sorpresa.

—¡Señor! ¡Ha sido destrozado el proyector de rayos «G-Z»!

A la mente de Oramas acudió inmediatamente la idea del sabotaje. Aquello no podía ser obra más que de las gentes de Bakaida que habían albergado aquellos días. Era el precio por la devolución de Sarita Naranjo, un precio demasiado elevado...

Requiriendo el subfusil de rayos desintegradores corrió Oramas hacia el lugar donde se hallaba el avión de los bakaidos, pero apenas había salido de la cabina vio que la inmensa mole rodaba por la pista de despegue dispuesta a embestir contra la cubierta de la isla mientras desde su interior disparaban una serie de rayos desintegradores que fueron abriendo brecha para dar lugar a la salida.

El furor cegó a Oramas por unos instantes y apuntó su emisor de rayos desintegradores contra el avión. Aún lo podría alcanzar antes de que saliera y al menos los saboteadores podrían ser ejecutados. Pero una voz femenina le cortó la acción:

—¡Cuidado, teniente Oramas! En el avión va el comandante Luis Arana y si toca usted el avión o a alguno de nosotros a él le costará la

vida. Debe usted resignarse ante lo irremediable…

Era Yio Pai, invisible pero presente, la cual, acompañada por Rol Frang, se disponían a tomar en pleno vuelo el avión, que una vez lograda la brecha, trasponía la cubierta de la isla interplanetaria, saliendo al aire libre. Estaba segura la princesa bakaida que no les perseguirían. El comandante Arana era un buen escudo y además, sobrada trabajo quedaba tanto en la isla corno en el *Escorpión Azul*, si querían reparar los importantes destrozos que habían realizado.

Sin embargo, el teniente Oramas no había perdido la cabeza y una vez organizado el trabajo para la reparación del trozo de cubierta, se dirigió a los puestos de vigilancia y a las patrullas en ruta. Presentía que no tardaría en desencadenarse el ataque y quería que no le píllase desprevenido.

Para cerciorarse de que Yio Pai no le había mentido y que llevaban a Arana consigo, corrió al departamento de éste, vio el desorden que existía en él y divisó a Sarita Naranjo debajo de la litera, que se esforzaba por salir, por llamar la atención. Desatada, quitada la mordaza, se arrojó en brazos de su madre que había acudido.

—¡Yo he sido la culpable de todo y debiérais ejecutarme! ¡Se lo han llevado a él! ¡Se lo han llevado y lo matarán o le ocurrirá aún algo cien mil veces peor!

—Calma, jovencita. Aún tengo cuatro horas para rescatarlo antes de que lleguen con él a Bakaida. Y hará bien en tomarse un calmante y no hablar de esto con nadie… —recomendó Oramas.

Y tras hacer llevar a Sarita a su departamento con orden de que la mantuviesen aislada, se encerró en el puesto de mando con el teniente Prast, los alféreces Sacristán y Nuñez y don Damián Naranjo, con los que celebró una breve, pero sustanciosa conferencia.

Las pequeñas emisoras de los puestos de vigilancia funcionaron febrilmente. Las fuerzas aéreas de Bakaida, en considerable número iban acumulando su ejército de tierra, bien pertrechado de tanques, artillería, etc., bien cerca del objetivo. Las legiones bárbaras, aerotransportadas, sólo aguardaban el momento de ser lanzadas al ataque.

Después de emitir informes, los helicópteros recibieron orden de replegarse a su base de la isla en espera del nuevo día que despuntaba cargado de funestos presagios…

* * *

El Ras Hamura, desde su avión, contempló satisfecho su numeroso y brillante ejército y dio la orden de avance, viendo cómo las legiones motorizadas se ponían en marcha, desplegándose incontenibles, salvando con suma facilidad los obstáculos que se les oponían al paso.

En aquella ocasión, los temibles rayos «G-Z» no podrían oponerse a su avance y tanto el navío sideral como la isla interplanetaria caerían en su poder, junto con sus técnicos. Su victoria estaba asegurada y pronto tendría aeronaves suficientes para salvar a sus escogidos y a parte de sus legiones, para, con ellas, lanzarse a la conquista de nuevos mundos más seguros que aquel en que habitaban, cumpliendo el sueño de su vida…

En menos de dos horas llegaron las fuerzas terrestres a la proximidad del objetivo y el Ras Hamura, que dirigía personalmente la operación, yendo y viniendo en su avión, dando órdenes sin que se le escapara un solo detalle, dio la orden de avance a su aviación. Las ondas ultrasónicas no encontrarían aquella vez resistencia y pronto los defensores de los dos navíos siderales quedarían a su merced. Sería el momento de lanzar sus legiones especiales, reservando las legiones bárbaras para cubrir el flanco por donde podían aparecer los hombres grises.

Y el Ras Hamura vio cómo sus aviones avanzaban y los detectores le indicaron que las ondas ultrasónicas habían sido puestas en funcionamiento…

De improviso se elevó en el lago una poderosa masa, era el navío sideral y el Ras Hamura sintió una leve inquietud al pensar en los destrozos que en la anterior batalla había realizado en su flota aérea. Pero pronto se tranquilizó pensando que esta vez no estarían presentes los temibles rayos que vencieron a sus ondas ultrasónicas.

Algo de tamaño gigantesco que iba sujeto a la quilla del navío sideral, brilló con fuerza cegadora, obligándole a cerrar los ojos. ¿Qué podía ser aquello? ¡Un espejo! ¡Un espejo de dimensiones gigantescas y de varias caras, que recogía la luz del sol, concentrándola y devolviéndola con terrible fuerza!

Desde su puesto vio el Ras Hamura cómo el rebrillar se iba convirtiendo en irresistible y cómo un intenso calor llegaba hasta donde él estaba. Pero ¿qué hacían sus aviones de ondas ultrasónicas que no detenían aquéllo? En medio del espantoso calor y, a pesar de que los cegadores rayos estorbaban su visión, vio que una escuadrilla aérea comenzaba a caer en masa y sintió un pánico inmenso al comprender el fenómeno que se le enfrentaba. En su mente, enturbiada por el terror y la sorpresa, recordó la teoría de Sim Docto «Un espejo gigantesco que regulando la orientación de sus caras para concentrar el calor solar sobre un punto, elevaría instantáneamente la temperatura a 250 ó 300 grados, aniquilando ciudades, ejércitos, lo que pillara a su paso, en pocos momentos.» ¡Y era aquella arma terrible la que los hombres de la Tierra esgrimían ahora!

Dio orden de retroceder. Se hallaba desesperado, frenético. Tuvo tiempo de entrever cómo su ejército se dispersaba. Pero los fatídicos

rayos lo iban alcanzando inexorablemente, aniquilándolo. El mismo se sintió envuelto por la ola de calor y perdió la noción de la vida mientras su avión y los aviones que le rodeaban, faltos de dirección, se precipitaban en barrena, chocando unos contra otros, destrozándose...

Era el final de la crueldad y la barbarie...

* * *

Yio Pai, tras entrevistarse brevemente con su hermano, había reanudado su viaje a Bakaida. No le había dicho que llevaba al odiado comandante Arana, al cual ella se reservaba... Le había agradado aquel hombre audaz, resuelto y deseaba convertirlo en su esclavo. Sería su venganza por lo que había hecho con Murt Fang, envileciéndolo...!

Las compuertas roqueras se abrieron ante el avión y éste descendió penetrando por ellas hasta detenerse en el aeródromo. Cesó el zumbido de los motores y los pilotos se levantaron dispuestos a ayudar a la princesa. Pero apenas se habían alzado, se sintieron atacados, golpeados brutalmente hasta caer exánimes, sin lograr ver a sus agresores. Yio Pai quiso gritar, pero una mano, cubriéndole la boca, se lo impidió, a tiempo que una voz conocida para ella, la del teniente Oramas, ordenaba con sequedad.

—¡Quieta! Su vida responde de la nuestra. Además debo informarle que en estos momentos, los ejércitos de su hermano están siendo aniquilados. Eso es el precio que nos cobramos por su traición. Ya sé que ahora no me cree, pero habrá de rendirse a la evidencia.

Los compañeros de Oramas habían liberado al comandante Arana y éste apremió:

—¿Qué hacen aquí cuando todo corre peligro? Mi vida es lo que menos importaba...

—Todo importa, señor y a todo hay que atender. El espejo gigante ha sido montado en el *Escorpión Azul* y en estos momentos estará dando buena cuenta de los ejércitos bakaidos. Pero vamos Aquí hemos de realizar otra labor igualmente importante.

Oramas se dirigió entonces a la princesa Yio Pai y le ordenó secamente:

—Va a conducirnos rápidamente a la emisora más próxima... No necesito decirle más...

Obediente Yio Pai a la amenaza de Oramas, cumplió sus deseos, atravesando una parte de la semidesierta Bakaida, donde sólo habían quedado las mujeres y los niños.

Y minutos después, la contraseña del *Escorpión Azul* era radiada, atravesando el espacio, saliendo de la órbita del planeta errante. Pero hubieron de transcurrir angustiosos minutos antes de recibir la

primera respuesta desde una de las islas interplanetarias.

Los reunidos en la emisora sintieron que les faltaban las fuerzas para hablar al escuchar las lejanas voces.

—¿Pero es posible que seáis los del *Escorpión Azul*? Os creíamos perdidos para siempre. Conectamos con Madrid. El general Lomas aguarda...

No tardó en oír Arana la voz emocionada del general. La pregunta angustiosa:

—¿Es posible?

En el aire flotaba la angustia, sin atreverse a preguntar más.

—Sí, es posible, señor. Sus familiares viven y casi todos nosotros... Y mucha más gente que fue rescatada... Pero caminamos en un planeta errante hacia la destrucción segura si no nos auxilian...

Seguidamente, Arana dio la posición en que se hallaban, explicó sus planes para liberar a los desgraciados seres del planeta...

—Estáte tranquilo, hijo mío. Tendrás todo eso, Lo has merecido... Pero, ¿os habéis casado ya tú y ella?

—¡No me hable de eso!

Pero inmediatamente se corrigió:

—Bueno. Supongo que lo haremos tan pronto lleguemos a esa... Si no la he matado antes... Siento no tenerla ahora a mi lado, pero podrá escucharla pronto...

FIN

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

Títulos publicados y en existencia que puede usted adquirir solicitándolo a su habitual proveedor,

1 . —Los hombres de Venus, *George H. White.*

2 . —El planeta misterioso, *George H. White.*

3 . —La ciudad congelada, *George H. White.*

4 . —Cerebros electrónicos, *George H. White.*

5 . —Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*

6 . —La Horda amarilla, *George H. White.*

7 . —Policía sideral, *George H. White.*

8 . —La I. P n.º 3. en peligro, *Alf. Regaldie.*

9 . —Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*

10. —Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*

11. —La Abominable bestia gris, *George H. White.*

12. —La Conquista de un Imperio, *George H. White.*

13. —El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*

14. —Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*

15. —Salida hacia la Tierra, *George H. White.*

16. —Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*

17. —Guerra de Autómatas, *George H. White.*

18. —Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*

19. —Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*

20. —El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*

21. —Trágico destino, Alf. Regaldie.

«En el mundo del cual procedemos, hace miles de años se produjo una de estas terribles colisiones. Un planeta de menos peso chocó espantosamente contra otro mucho mayor. Al primer golpe se quebró como una fruta madura, haciéndose en varios pedazos que, a su vez, sin fuerza para salir de la órbita del planeta mayor, fueron destrozándose a golpes...»

«En cuanto al planeta mayor, quedó extinguida también la vida en él casi por completo hasta que pasaron centenares de años...»

Es la apocalíptica visión que se plantea aterradora, angustiosa, a los habitantes del planeta errante desplazado de una remota galaxia en

SI LOS MUNDOS CHOCAN...

Constituye el más emocionante relato de lo que puede suceder..., de lo que tal vez ha sucedido, y que el notable escritor

ALF. REGALDIE

describe con su habitual maestría y vitalidad.

SI LOS MUNDOS CHOCAN...

es la más alucinante narración del futuro, apasionante y emotiva, que aparecerá en el próximo número de

Colección
Luchadores del Espacio

y que usted debe apresurarse a adquirir.

TIP. ARTÍSTICA Precio 5 pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques de conversión con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Véase «Errantes en el Infinito», de esta misma colección.